

INTERPRETACIÓN TOPOANALÍTICA SOBRE LA CASA Y SUS
CORRESPONDIENTES SIMBOLISMOS, A PARTIR DE *LA POÉTICA DEL
ESPACIO* DE GASTÓN BACHELARD

ANDREA CATALINA SALAS MUÑOZ

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2012

INTERPRETACIÓN TOPOANALÍTICA SOBRE LA CASA Y SUS
CORRESPONDIENTES SIMBOLISMOS, A PARTIR DE *LA POÉTICA DEL
ESPACIO* DE GASTÓN BACHELARD

ANDREA CATALINA SALAS MUÑOZ

Trabajo de grado presentado como requisito para optar el título de Licenciatura en
Filosofía y Letras

Asesor:

Profesor. JUAN PATRICIO CALDERÓN

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2012

NOTA DE RESPONSABILIDAD

Las ideas y conclusiones aportadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor.

Artículo 1^{ro} del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966 emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación

Firma del
presidente del Jurado

Firma del Jurado

San Juan de Pasto, Octubre de 2012

AGRADECIMIENTOS

Esencialmente a todos los ancestros que traigo sobre mi rostro, que alguna vez fueron de carne y hueso, vivientes cuando abandonan el silencio de su mismidad. Aquí, en cuerpo y sombra, los convoco. En dirección hacia el más remoto de los secretos. A los presentes les agradezco por su sincero apoyo, brindo este tejido de palabras como corona de alas. En general, a los seres amados por su darme ánimos y acompañarme a lo largo de este proceso. También a mi asesor, por ser lazarillo durante este viaje hacia la remembranza, donde he traspasado un oceánico espejo.

DEDICATORIA

A mi madre, que me protege a diario. Su sombra me seguirá aunque levante los pies.

CONTENIDO

	pág.
RESUMEN	10
ABSTRACT	11
INTRODUCCIÓN	12
1. LA IMAGEN DE LA ENSOÑACIÓN	14
1.1 “Entre el suelo y el cielo hay algo...”	17
1.2 Las intrigas celestes y subterráneas	22
1.3 Las ensoñaciones femeninas	33
2. TOPOANÁLISIS DE LA CASA ENSOÑADORA	37
2.1 La bifurcación del yo	43
2.2 La dialéctica de la intimidad y la totalidad	51
2.3 El espacio onírico	58
2.4 De la ensoñación a la concha	70
2.4.1 Paradojas de la felicidad	75
2.4.2 La sombra de mamá	80
3. EL ÁRBOL DEL EDÉN	86
3.1 Un sentido evolutivo ensoñador	96
3.2 Nidos y pájaros	98
3.3 La genealogía del poeta	104
3.4 Las casas evocadas en la infancia	114
3.5 El principio de grandeza	122
CONCLUSIONES	125
BIBLIOGRAFÍA	127

ÍNDICE DE FIGURAS

	pág.
Figura 1. La ilusión del presente	14
Figura 2. Casa de campo	15
Figura 3. La casa unidad de imágenes complejas	17
Figura 4. El barril de amontillado	21
Figura 5. Astrología de sombras	22
Figura 6. Astrología de luz	23
Figura 7. Exterioridades	25
Figura 8. Codornices en pétalos de rosas	33
Figura 9. Convergencia alquímica	35
Figura 10. El casillero del ser	38
Figura 11. Ojos abiertos, la otra ventana	39
Figura 12. La terquedad de la vida	40
Figura 13. Resurgido del rincón	42
Figura 14. Sincretismo y reflejos	43
Figura 15. El espejo de Narciso	46
Figura 16. La comunidad del armario	51
Figura 17. El uno complementado	52
Figura 18. Espacio heterogéneo	54
Figura 19. El hermetismo del mundo	55
Figura 20. La casa que desborda su techo	59
Figura 21. El sol del instante	70
Figura 22. El recodo del recuerdo	72
Figura 23. Galaxias de coral	76
Figura 24. La concha – semilla	78
Figura 25. Los paraísos florales	81
Figura 26. La sombra desencadenada	82

Figura 27. La conciencia alcanzando a los objetos	83
Figura 28. La sombra que surge a la luz del recuerdo	85
Figura 29. El árbol de la inmensidad	86
Figura 30. La palma triste	90
Figura 31. Hermandad	94
Figura 32. El árbol de capulí	97
Figura 33. Un sorprendente hallazgo	98
Figura 34. El arte de hacer nidos	100
Figura 35. El nido humano	102
Figura 36. Un trabajo de dos	102
Figura 37. El vuelo del inmigrante	103
Figura 38. Primeros pasos	114
Figura 39. Philosopher's desk	122
Figura 40. Fantasma	123

RESUMEN

La casa agrupa los primeros mundos surgidos de la imaginación que configuran una estructura síquica, que a la vez está poblada por múltiples yoidades. A la luz del recuerdo renace en algún instante el espejismo del yo, de ahí se extiende un microcosmos de ensoñación, otorgando un sentido de profundidad al ser en la intimidad. El topoanálisis desglosa las intimidades como un despliegue fenomenológico desde lo profundo de la ensoñación hacia la inmensidad del universo. Es la casa un espacio viviente; lugar de reposo para los antecedentes de la existencia humana. Habitar la casa mantiene al ser humano en un lugar intemporal, entre el sueño y la vigilia, desde el cual se expresa en imágenes arquetípicas que reconstruyen el siquismo humano, en un espacio poético enriquecido de símbolos que evocan la llama de lo vivido. En ella se fundamentan los principios imaginarios discernidos de la ensoñación; la imagen poética. El habitante es soñador de espacios y, en el soñar, constructor de casas.

ABSTRACT

The house brings together the world's first emerged from the imagination to form a psychic structure, which in turn is populated by multiple selves. In light of memories reborn at some moment the illusion of self, there extends a microcosm of reverie, giving a sense of depth to the being in private life. The topoanalysis itemizes private affairs as a phenomenological deployment from deep reverie into the vastness of the universe. The house is a living space; a place of rest for the history of human existence. Inhabiting the house keeps the human being in a timeless place, between sleep and wakefulness, from which is expressed in archetypal images that reconstruct the human psychism, in an area rich poetic flame symbols that evoke the flame the times we had experienced. Discerned imaginary principles of reverie are based on it, the poetic image. The inhabitant is a dreamer of spaces and, in the dream, home builder.

INTRODUCCIÓN

En este ensayo se destacan los rasgos más profundos y ambivalentes del ser humano como la ensoñación en el espacio, tanto real como ideal, los cuales, muchas veces, sobrepasan los límites de su propia existencia.

Para estructurarlo, se tuvo en cuenta, como referente teórico y praxis en el desarrollo fenomenológico, el topoanálisis bachelardiano. El concepto central se basa en la ensoñación como agente de exteriorización de todas las cosas y gestor del espacio social: la casa. Para que las ensoñaciones puedan cumplir con un ciclo vital dentro del universo, se interpreta a la casa como un principio cosmológico.

La realización del topoanálisis se lleva a cabo dentro de la casa, como eje de ensoñación, para que las imágenes expresen una y otra vez un ser humano y un espacio viviente, inmerso en sus recuerdos, que reconstruye su ontología íntima en antecedentes cosmogónicos.

Dichos antecedentes moran dentro de la casa, son imágenes de una realidad onírica compuesta por una amplia gama de evocaciones coadyuvantes para un objeto y lugar encaminados a generar espacios de creación hacia futuros universos literarios.

Esta reconstrucción fenomenológica se deposita en la imagen poética al interior de su principio cósmico, donde se despliegan diversidades relacionadas con el origen de un ser poético, heredero de un saber primitivo. El antecedente es un saber anterior al ser, basado en los fenómenos que involucran imágenes, producto de una acción quimérica de la imaginación que deviene en los estados evolutivos del alma para la elaboración de conocimientos alquímicos que conducen a lo que se conoce como inspiración. El poeta es un fenomenólogo y un alquimista de la imaginación al reconstruir imágenes que transmutan en versos y éstos, a su vez en un universo poético.

Se entiende la casa como un espacio donde se desenvuelven dinámicas estructurales y simbólicas entre hombre-universo, de relación entre el lugar y quienes lo habitan; la investigación pretende conocer y analizar las transformaciones que se dan entre ambas partes en los usos, costumbres e incluso los aglutinantes simbólicos, como los códigos y lenguajes propios de la casa, con quienes la habitan.

De esta manera se realiza un estudio topoanalítico, que, en términos de Bachelard, se centra en la evocación de las emociones complementadas con determinados lugares íntimos; el ser del rincón encuentra protección en espacios como: esquinas, armarios, baúles, buhardillas, ya que en esos ocultamientos no pierde sus principios y carácter humanos que tienden a estar en medio de la complejidad, su alma está en resonancia con las otras subjetividades que habitan dentro del recuerdo, por ello en la casa residen los grandes indicios del ser humano. En la infancia están los antecedentes del ser, y al evocar sus ensueños, alegrías y nostalgias, éstos pueblan su alma con recuerdos pasados, que son habitados por múltiples seres. No propiamente con carácter mítico, sino que son seres con los que encuentra la resonancia el alma, que está compuesta por las

subjetividades que habitan dentro de una determinada casa, renacen por el más mínimo indicio cuando se las recuerda, por medio de ensueños, evocan sentimientos y temores personales. El recuerdo más íntimo, de un ser querido del pasado, y que ahora habita en cada persona.

“En el topoanálisis, el espacio lo es todo porque el tiempo ya no es el que anima a la memoria. Ya no tiene tiempo. Despojar a la historia de su tejido temporal conjuntivo, sin acción sobre nuestro propio destino¹”.

El topoanálisis exterioriza el comportamiento subjetivo proyectado a través de ensoñaciones acerca de los espacios y objetos que son atraídos por un mismo centro de intimidad. Examinar esos espacios, que la imaginación evoca del pasado y que permanece en el presente, es lo conducente para poder habitar en nuevas casas, vivir otras vidas. Dar un destino externo al ser desde dentro. Caminar de la subjetivación hacia la exteriorización del habitante.

La casa es un organismo viviente, no deja de ser partícipe en la realidad, para quien vive en ella; la casa se interioriza por el hombre, hace parte de él como su propia alma; por eso se dice que una casa tiene una subjetividad sincrética, cargada de destellos y sombras que sugieren, aún más, el valor de los lugares y los objetos presentes en la casa. Su alma está compuesta por subjetividades muertas, de quienes la han habitado y seguirán habitando.

¹ BACHELARD, Gastón. La poética del espacio, México: Fondo de cultura Económica, 1957, p. 39.

1. LA IMAGEN DE LA ENSOÑACIÓN



Figura 1. La ilusión del presente.

La ventana abre sus ojos hacia el horizonte. Los colores vibran a través del viento que encierra el arco montañoso. Un aroma vuela por aquellos lugares mezclados y perfectos, que atraviesan las paredes donde se sugieren miradas humanas sobre la pared, las sombras alargadas y anchas que llegan hasta el techo. El alma practica el vuelo de reconocimiento con el universo debajo de sus alas; levemente su tránsito dibuja el cielo cálido y dulce con sus alas. Los dioses del aire asumen el lugar en su reinado, mientras los recuerdos toman la forma en manos de la ensoñación y regresa al suelo ese olor a cera que perfuma y despierta el fresco aroma del pino recién cortado y se precipitan en la memoria de cofres, baúles y armarios conservadores de un mismo legado.

El brillo del piso refleja, como el agua, todo lo que está a su alrededor y puede verse claramente el mundo en ese solo espejo profundo. Las fragancias prominentes de la tierra que se comunican con el cielo entran al interior del hogar, en cuyas paredes reposa cada una de las épocas representadas por un color distinto. Mientras la memoria va reconstruyendo vivencias inolvidables, se abre infinitas veces la caja china donde al parecer algo grande y profundo ni siquiera cabe en cada una de ellas. La primera imagen de la hierba verde crece junto con las flores que se funden afuera entre los matorrales, donde continúan los espíritus con su lánguido transcurso.

La casa envuelta de misteriosa aurora. El niño que engrandece al mundo debajo de una mesa, reemplazando ventanas por sillas, impide la entrada del enfurecido gigante en espera de que no entre. Para un niño, la casa equivale al mundo; en ella encuentra

protección, alimentación y amor, valores fundamentales; al principio será terrible perder ese centro de valores, como: estabilidad y protección, donde los privilegios cambian estando lejos de ella.

La reunión de intimidades establece el paso de la infancia a la juventud; la historia de la familia guardada en cofres y baúles es fuente geométrica de la intimidad que proporciona un recuerdo cargado de emoción. La madera es un elemento muy importante para que estas emociones perduren en la piel.

Por ejemplo, los tesoros más sencillos, desde la rosa seca hasta la carta y las fotos del verdadero amor, comparten un mismo espacio, junto con un finísimo juego de collar, aretes y pulsera de oro y perlas, guardados dentro de un bello cofre que parece haber pertenecido a la abuela y que sobresale por sus extrañas figuras en cada uno de sus cuatro lados, que son sus eternos vigilantes.

Una gran cantidad de polvo se levanta como una columna de aire hirviendo que distrae y tiene un aspecto de advertencia que pretende ahuyentar los deseos y la curiosidad. El secreto no va a emerger sólo con abrir la cerradura, porque, anteriormente, ya se había trastornado el sentido del tiempo que se esparce lentamente a través de los cuatro elementos, por los que devienen los seres vivos.

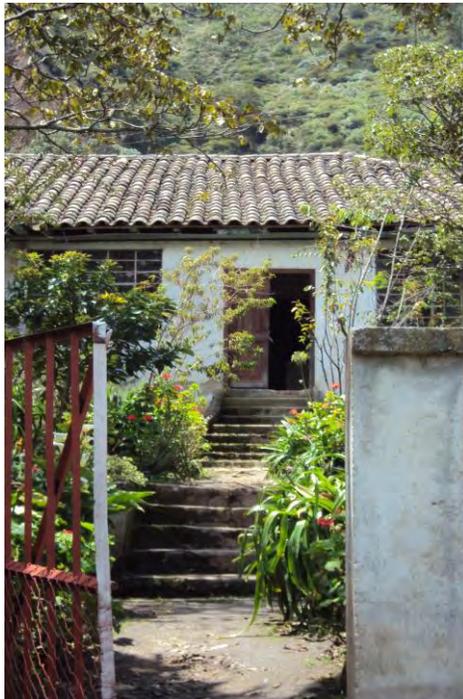


Figura 2. Casa de campo.

XII LA VIDA ANTERIOR

Habitaré largo tiempo en pórticos grandiosos por los soles del mar teñidos de cobalto, y que con sus pilares, altos, majestuosos, semejábanse, a veces, a grutas de basalto.

La olas reflejaban imágenes del cielo,
mezclando con solemne y mística manera
los potentes acordes - ¡oh incomparable vuelo!-
al color del ocaso, fantástica vidriera.

Allí he vivido yo en venturosas calmas,
en medio del azul, de oleajes, de esplendores,
de desnudos esclavos impregnados de olores,
que en la tarde oreaban mi frente con sus palmas, y en donde todo mi cuidado consistía en
ahondar el secreto en que languidecía².

Por eso mismo, Bachelard, viviendo en la ciudad de París, manifiesta su deseo de retornar al núcleo viviente de la infancia; evocado por medio de imágenes poéticas, logra establecer una conexión de formas inmateriales. Accede al momento exacto que se concibe la pequeña semilla; la idea también evoluciona a la par con el mundo a partir de la ensoñación infantil. Hoy en día se tiene en cuenta al espacio como un orden al cual las personas tienen que aprender a adaptarse; esta idea reduce la calidad de vida encaminada hacia la unifuncionalidad. Es así como Bachelard desprestigia a este tipo de arquitectura moderna porque en esas cajas apiladas se suprimen todos los momentos felices a cambio de una falsa comodidad, convirtiendo sus pequeños excesos en inocuos ornamentos. El anacronismo excesivo advierte un cambio en el sentido vertical de la funcionalidad moderna. El soñador no se encuentra a gusto dentro de la casa; estando mayor parte del tiempo fuera de ella: se refugia en su sitio de trabajo para apartarse de sus recuerdos y fantasmas.

El origen de la poética del espacio, en gran parte, se debe a los largos paseos campestres, que el mismo Bachelard efectuaba en torno a su vivencia, en particular dentro de un terreno pre-industrializado, y opta por la nutrida lectura de poetas que, a su vez, son transmitidos a sus estudiantes como una imagen poética auténtica y autora de tales experiencias ensoñadoras.

Significa un reto nuevo para contraer el hábito que incluye la ensoñación como un modelo paralelo al proceso vital de toda realidad. Dicho hábito, en el que encontraba agrado por atar la naturaleza original de la imagen, está relacionándola directamente con el surgimiento de las palabras, y, por consiguiente, el desarrollo cognoscitivo del lenguaje, al manifestarse como una acción natural de los seres humanos, que permite el ejercicio pleno de su libertad a lo largo de sus vivencias poéticas. Esta afición nace antes del nacimiento, cuando sus elementos todavía no han tomado una forma de expresión verbal que abra el camino hacia un desarrollo desde sus orígenes particulares, con otros enfoques y capacidades para la creación que sean capaces de reunir en

² BAUDELAIRE, Charles. Las flores del mal. Madrid: EDAF, 1968, p. 45.

extensas magnitudes, paradójicamente, las causas que produzcan abiertas y discontinuas visiones del universo.

Antes de abordar el papel del soñador, es necesario atraer ese pasado desde su profundidad más cercana. Bachelard se ha fijado en los valores de la casa natal como esa primera unidad psicológica de imágenes y ensueños, donde se transforma la esencia hallada en lo profundo del ser. El tiempo del hombre marca las horas y los días para realizar sus actividades continuas. El soñador asume un tiempo distinto en el cual, además de la temporalidad real, se adhiere a un imaginario: el soñador habita en el mundo.

“Nuestro inconsciente está "alojado". Nuestra alma es una morada. Y al acordarnos de las "casas", de los "cuartos", aprendemos a "morar" en nosotros mismos. Se ve desde ahora que las imágenes de la casa marchan en dos sentidos: están en nosotros tanto como nosotros estamos en ellas”³.

La casa profiere un intercambio de fuerzas que se complementan en un mismo núcleo, que supera las diferencias que existen tanto dentro como fuera; teniendo en cuenta que desde el interior se germina todo principio cósmico, las ensoñaciones recrean la esencia hallada en las casas más sencillas, como son las chozas, valoradas cuando ya se las ha abandonado.

1.1 “ENTRE EL SUELO Y EL CIELO HAY ALGO...”



Figura 3. La casa unidad de imágenes complejas.

“La casa es, sin duda alguna, un ser privilegiado, siempre y cuando se considere a la casa a la vez en su unidad y complejidad, tratando de integrar todos sus valores particulares en

³ BACHELARD, Gastón. La poética del espacio, México: Fondo de cultura Económica, 1965, p. 23.

un valor fundamental. La casa nos brindará a un tiempo imágenes dispersas y un cuerpo de imágenes”⁴.

La casa natal es el hogar primigenio del hombre despojado del paraíso y al que, solamente, se lo podrá hallar bajo las profundidades del ensueño, donde aquellos guardianes protegen el secreto material, cuyo primer calor, a medida que anima al germen vivo, se va formando poco a poco hasta llegar a su plenitud de ser.

“La casa natal es más que un cuerpo de vivienda, es un cuerpo de sueño. Cada uno de sus reductos fue un albergue de ensueños”⁵.

La choza se invade por una soledad extrema y es el reflejo de una imagen que se concibe desde su interior, contiene al fuego de la chimenea que no se extingue a pesar de que afuera la furia de la naturaleza ataca sin piedad. Mientras la pequeña luminosidad de la vela lucha contra el espantoso invierno que por momentos la logra espabilar, sabe cómo esquivarlo con la luz de su voluntad; pero el viento rechina abriendo ventanas y puertas. La casa siempre permanece habitada aunque ya no se viva de cuerpo presente, pero cada alma que sueña guarda consigo una parte fundamental de ella.

En la naturaleza majestuosa, rodeada por un exuberante bosque, la imaginación del soñador disfruta del mundo sin restricciones, se deja llevar sólo por los recuerdos, expandiendo así su voluntad ensoñadora. Toda casa es onírica y remite así a la imagen de la “choza” primitiva que ha nutrido, desde los tiempos más remotos, el sueño de todo habitar.

“Las imágenes princeps, los grabados sencillos, los ensueños de la choza son otras tantas invitaciones a imaginar de nuevo. Nos devuelven estancias del ser, casas del ser, donde se concentra una certidumbre de ser. Parece que habitando tales imágenes, imágenes tan estabilizadoras, se volviera a empezar otra vida, una vida que sería nuestra, que nos pertenecería en las profundidades del ser”⁶.

El niño agazapado sobrevive ante la furia de la naturaleza y en su corazón permanece encendida la llama de una vela. Sueña en la choza demostrando su estado primitivo a pesar de tener una casa grande y cómoda. En nuestros adentros permanece en la memoria la casa natal como un refugio de los primitivos imaginarios, incluso contemplando sus rincones. Al fin y al cabo, también se es feliz en la pobreza. A pesar de estar escondidos como animales, siguen siendo invaluable aquellos privilegios de habitar bajo un techo de paja y paredes hechas de barro o sus pisos de madera; lo valioso proviene de lo más sencillo y es más si está hecho a mano con un esfuerzo enorme de la voluntad humana.

⁴ *Ibid.*, p. 33.

⁵ *Ibid.*, p. 36.

⁶ *Ibid.*, p. 49.

“La casa es lo que sostiene al ensueño a través de las tormentas de la vida”⁷.

La sencillez de la choza da firmeza a las raíces que sostienen la infancia, para que soporte los climas más extremos, el frío y el calor que son abundantes en la tormenta de la vida. Sola se enfrenta a la furia del aire, tierra, fuego y agua. Son cimientos que la enaltecen gracias a la experiencia ensoñadora, al estar en estrecho arraigo con su lugar de nacimiento. Lo elemental de la célula da la vida y hace que en la ensoñación se tenga una visión más cercana a las potencialidades y valores que construyeron la casa ensoñada. Cuando se recurre a ellos, las perspectivas del mundo se amplían. En la sencillez de la casa natal se refleja la grandeza de un mundo futuro, y hace que la ensoñación enaltezca las potencialidades de la miniatura donde subsisten todas las cosas pequeñas en su esplendor.

En cada uno de sus rincones, el ermitaño se encuentra consigo mismo estando solo con sus múltiples facetas; el no y el sí conforman el yo, pero en diferentes etapas de la vida. Las dimensiones del sujeto se han dividido en el plano onírico: el ermitaño se encuentra más a gusto en una vieja choza, alguna vez en la furia de una violenta tormenta que intenta arrasarse a la choza. Mientras tanto, el solitario invoca al poder del fuego cavernario. Al sentir la horrible sensación de perder algo muy valioso guardado celosamente en alguna parte, este incómodo desasosiego se había proyectado a través de la insondable sombra, había tizado el color de la pared que se fue desvaneciendo, que queda reducido a una capa de pintura, recuerda que era aceitoso, pero, sin embargo, ese no-yo oscuro y visible permanece allí, recordando los mantos indestructibles de la memoria. La ensoñación poética hace consciente al hombre de su propia existencia en el mundo; en sus manos la imaginación tiene una materia a la que sabe moldear. La casa natal ofrece esa materia a través de imágenes concebidas en recuerdos inmediatos, donde se conserva el fuego primordial vivo. Y es el soñador quien lo fertiliza, sigilosamente, dentro de la choza. Por tal motivo, se destaca en la casa natal al niño solitario que representa en la mayoría de los ensueños al ermitaño, porque es la encarnación del espíritu solitario que se niega a estar sometido al mundo. En el siguiente texto, Bachelard cita a Milosz como ejemplo para exaltar la imagen del rincón, y la choza relata la experiencia de un soñador ermitaño.

“¡Qué llamamiento a la unidad escucha el soñador en su rincón! El rincón niega el palacio, el polvo niega el mármol, los objetos usados niegan el esplendor y el lujo. El soñador, en su rincón, ha deshecho el mundo en un ensueño minucioso que destruye uno a uno todos sus objetos. El rincón se convierte en un armario de recuerdos. Habiendo franqueado los mil pequeños umbrales del desorden de las cosas polvorientas, los objetos-recuerdos ponen el pasado en orden. Se asocian a la inmovilidad condensada los más distantes viajes a un mundo desaparecido. En Milosz, ¡el sueño va tan lejos en el pasado que llega como a un más allá de la memoria! "Todas estas cosas están lejos, bien lejos, ya no son, no han sido nunca, el pasado no las recuerda... mira, busca y asómbrate, estremécete... tú mismo ya no tienes pasado." Al meditar las páginas del libro se siente uno arrastrado en una especie de antecedente del ser, como en un más allá de los sueños”⁸.

⁷ *Ibid.*, p. 37.

⁸ *Ibid.*, p. 178.

La casa natal se relaciona con el nido, a la vez que la choza aglomera en su calor íntimo la sombra donde pequeñas criaturas encuentran un sitio ideal para construir su nido. Surgen pequeñas vidas y también está el niño jugando en secreto en el rincón.

La casa natal conjuga en cada rincón un espacio de ensoñación íntima, en el que se irá descubriendo una doble función de la memoria emotiva e histórica, creando una unidad de imaginación con los recuerdos; se extienden las dimensiones del tiempo en realidades espaciales. Por ejemplo, si se habla sobre la casa, lo primero que se evoca puede ser la niñez y los juegos compartidos en un lugar secreto. La casa natal está sujeta por el cielo y la tierra, por el sótano y la buhardilla. En el primer sector se encuentran las fuerzas invisibles de la oscuridad que permanecen ocultas bajo la luz de la luna, en contraste con la buhardilla que, según Bachelard: “representa a la entrada de la luz y del día, en la cual se arrasa con los miedos de la noche”⁹. La primera noción de lucidez, que el techo da a un espacio trascendental, forma un arco hacia donde la mirada se proyecta en el cielo.

La casa está compuesta por un cuerpo de imágenes, que le permiten al soñador recorrer de abajo hacia arriba palmo a palmo, entrando y saliendo para reconocer su intimidad en la profundidad de los ensueños; cada lugar guarda su misterio. La parte inferior de la casa, las fibras verticales crean las bases que sostienen a los que sobreviven en ella; se genera de este modo un juego poético entre luces y sombras. En la parte superior de la casa se induce al cultivo y a las actividades del pensamiento, encuentran aquí su punto cumbre de luminosidad y armonía de sentido entre sótano y buhardilla, se mantiene erguida la casa en una continuidad cósmica a lo largo y ancho de su historia.

La luz atraviesa al espacio cubriéndolo todo; así como las sombras salen a su encuentro. En cuanto a la ubicación de los objetos, permite que muchos de ellos sean reconocidos. La oscuridad, que asume la reserva de su intimidad, es un aspecto del inconsciente que se logra identificar con las formas del lugar.

La casa conserva una estrecha relación con la tierra que sostiene el devenir encargado de forjar las primeras formas de vida. El sótano, por ejemplo, fue, en otros tiempos, una mazmorra donde se torturaba tanto a prisioneros de guerra, como a los herejes. En las historias fantásticas, se solía tener prisionero a un dragón o a una bestia titánica (Kraken); el encierro conserva el mismo aire para las casas de estos tiempos, porque allí se urde el destino. El alma encuentra tranquilidad en el cajón hecho de madera, conserva la forma primordial del vientre materno, brindando al cuerpo el retorno a su establecimiento aéreo. El destino hace que la casa sea ambivalente, ya que el calor ofrecido en su interior favorece la maduración de las semillas, que conduce al renacimiento de la vida y de la muerte.

El sótano, oscuridad tangible debido a su cercana relación con la tierra, fue, durante varias épocas, utilizado como una especie de bodega para almacenar las cosechas del vino, para conservar su sabor dentro de sus barriles. También cueva que sirve de acceso a una mina, de donde se extrae oro y piedras preciosas. Se dice que las generaciones más

⁹ *Ibid.*, p. 50.

antiguas ocupaban un lugar en el mausoleo familiar. En sus entrañas, la tierra concentra las mayores riquezas minerales que constituyen el sostenimiento del hogar. En este recinto subterráneo, muchos se niegan a bajar por un miedo incierto, a la oscuridad o a la muerte.



Figura 4. El barril de amontillado, en:
<http://elbustodepalas.blogspot.com/>.

Edgar Allan Poe, se refiere al sótano en estos términos: “la cripta era pequeña, húmeda y desprovista de toda fuente de luz; estaba a gran profundidad... Evidentemente había desempeñado, en remotos tiempos feudales, el siniestro oficio de mazmorra, y en los últimos tiempos el de depósito de pólvora o alguna otra sustancia combustible”¹⁰.

El sótano puede llegar a soportar el pasado, donde sus semillas persistentes descienden y ascienden de la sombra, vida y muerte reunidas naturalmente.

Sustancia negra que hace evidentes algunas regiones inhóspitas del inconsciente dentro de la vasta imaginación humana. De cara a la luz, recoge la clarividencia e inteligencia que la penumbra guarda en zonas solitarias. A través de la ensoñación las sombras encuentran su luz, con la que puede abarcar hasta los parajes más lejanos del universo. La mirada del soñador desencaja la esencia del espíritu clandestino e invisible que se presenta a través de los espacios oníricos. El ascenso (ligero y lábil) dado por la imaginación coexiste en aquellos sitios pletóricos de la creación.

La casa cobra su real importancia mediante el continuo enfrentamiento de sus opuestos, tanto dentro como fuera, entre luz y sombra. Los enriquece de significados y en su nombre se constituyen las grandes alianzas donde se fabrican las representaciones arcaicas del universo; aunque sus ocupantes se vayan, la vida vegetal invade cada pared carcomida por la humedad; mientras tanto sus cimientos permanecen firmes sobre la tierra. El pasado primitivo cobra vida mediante la ensoñación; la intimidad se unifica con el universo, para convertirse en una parte vital de su esencia. La casa ahonda en los

¹⁰ POE, Edgar Allan. Cuentos Completos. Traducción Julio Cortázar. Vol. 1, 19ª ed. Madrid: Alianza, 1992, p. 330.

sombríos recuerdos que pertenecen a esa intimidad guardada en el rincón; a la noche que termina y el amanecer que comienza para cumplir con su ciclo habitual.

La buhardilla o desván se ubica, por lo general, en la parte superior de la casa; colindante entre el techo y el cielo, es el “escondite donde los temores se racionalizan fácilmente”¹¹. Con la llegada de la luz, según el orden de los días en el calendario, se borran los miedos de la noche anterior. El tiempo en el desván transcurre según el sentido vertical del eje “Y”, que representa al ideal de la conciencia de sus habitantes, por donde entra luz solar que derrota los sueños pesados y elimina las pesadillas.



Figura 5. Astrología de sombras.

“Veo en mi cuento una antipatía por los juegos de luz y de sombra, y el deseo del Éter claro, cálido y penetrante”. Esta necesidad de penetrar, de ir al interior de las cosas, al interior de los seres, es una seducción de la intuición del calor íntimo. Donde el ojo no va, o la mano no entra, el calor se insinúa. Esta comunión con lo interior, esta simpatía térmica, encontrará en Novalis su símbolo en el descenso por el hueco de la montaña, en la gruta y en la mina. Allí el calor se difunde y se iguala, se difumina como el contorno de un sueño. Novalis ha soñado la cálida intimidad terrestre como otros sueñan la fría y espléndida expansión del cielo. Para él, el minero es un “astrólogo invertido”¹².

El sótano se ubica en la parte inferior de la casa, en la cual residen los seres nocturnos de la tierra, que también subsisten en regiones apartadas. En esos túneles y socavones donde permanecen ocultas aquellas posesiones milenarias que alimentan las ensoñaciones que yerguen la casa.

La propiedad vertical del sótano es la profundidad, que dinamiza el eje de sostenimiento de la casa. El suelo está confinado a permanecer pese a su caída; la línea de profundidad se invierte a medida que el soñador hace su recorrido. La profundidad puede implicar también un ascenso; una llegada a la luz, de un más allá, que redimensiona la afinidad

¹¹ BACHELARD, *op. cit.*, p. 50.

¹² *Ibid.*, p. 60.

entre cielo y tierra. En la penumbra se fundan los primeros despertares de la vida para regresar a una cuna de barro; más precisamente, a la tierra de donde provienen los animales terrestres que abarcan a la totalidad de la creación: “De la cueva fallada en roca al subterráneo, del subterráneo al agua estancada, hemos pasado del mundo construido al mundo soñado... la tierra profunda encuentra una totalidad por la profundidad”¹³.

Una libertad que siempre ha hablado desde los límites; las palabras del filósofo al filo del ocaso, quien habla más allá, albergando un profundo dolor en su alma. Sus palabras conducen a una conversación¹⁴ en la intimidad de su casa, el lugar perfecto para la reflexión. La buhardilla se adapta perfectamente como un sitio donde se urden las ideas anteriores al pensamiento. Una biblioteca que limita con el techo, que desemboca en la continuidad de un tiempo sublime donde, finalmente, deja como resultado la obra ensoñadora.

“La casa natal -perdida, destruida, arrasada- sigue siendo el cuerpo del edificio para nuestras ensoñaciones de infancia, los refugios del pasado acogen y protegen nuestras ensoñaciones”¹⁵.

Los pensadores modernos y postmodernos se consumen al calor de la escritura, derrotados por un nuevo discurso. En el desván de su pequeña casa, se da origen a las ideas y reflexiones. La casa en su totalidad contribuye al entendimiento y elaboración de poesía. Arriba se forman las ideas, para que después salgan materializadas en lo escrito por la puerta principal.

1.2 LAS INTRIGAS CELESTES Y SUBTERRÁNEAS



Figura 6. Astrología de luz.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ <http://youtu.be/WP2Egxyozjc>.19/01/2010safaafathy

¹⁵ BACHELARD, *op. cit.*, p. 207.

“Empujaríamos con el mismo gusto la puerta que rechina, iríamos sin luz hasta la buhardilla lejana. El menor de los picaportes quedó en nuestras manos”¹⁶.

Bachelard habla de regiones que simbolizan diversos estados del alma. Por ejemplo: al sótano le corresponde acoger la parte inconsciente, y en la buhardilla se cultiva razón y pensamiento. El jardín es una especie de santuario donde se respira un ambiente limpio y lleno de tranquilidad, donde el espíritu se conecta de manera inmediata con su ser interior.

La casa, templo del ensueño, conserva intactas las propiedades inmateriales del inconsciente, que controla desde abajo las inquietudes de los primeros niveles donde se prepara el tránsito al sueño de vuelo. Esto quiere decir que el estado de consciencia se relaciona, directamente, con una evolución del ser en su interioridad y es el transformador de la materia universal. Una alianza entre la imaginación y el ensueño colma de voluntad al pensamiento e incrementa, velozmente, el deseo onírico que precipita la parte emotiva de la memoria.

En la casa natal, yace el fuego de una intimidad intuitiva que hace posible la gestación de la primera imagen concebida en la infancia. Los primeros valores establecidos por un núcleo familiar prolongan el bienestar, unión y protección de sus miembros viejos y jóvenes. La casa se convierte en columna vertebral o pilar fundamental que le da continuidad a la vida, que aspira a la trascendencia de su espíritu.

La felicidad adquiere un significado profundo en cada rincón donde el cuerpo permanece inmóvil. En la intimidad, se hace a los objetos más vividos, se ponen en movimiento las fórmulas geométricas, para ser intuitas sobre las aristas que sostienen a la casa con los objetos en su interior. Como referencia está el horizonte, línea continua de una circunferencia infinita. Entre las líneas horizontales y verticales, donde el pensamiento del poeta, amparado por la imaginación, permite que la realidad abra una brecha hacia el origen misterioso de la vida y la creación del universo; ve en su punto de encuentro las profundidades inmemoriales que se integran en la casa natal. En la imagen poética se juntan imaginación y pensamiento, creadores de un mundo imaginado, pensado y soñado.

Bachelard defiende a los soñadores, quienes sobrepasan los límites geométricos que el techo y las paredes les imponen para acogerse de nuevo a los valores privilegiados del amor fraterno. El verbo amar se articula en el ensueño del poeta, que toma conciencia creadora mediante la escritura, encauzado por el camino de la creación a plenitud. Se conjugan imaginación y pensamiento en la imagen poética; esto quiere decir, entonces, que la casa evoluciona conforme con sus necesidades habituales y, gracias al ensueño, éstas se independizan del universo.

¹⁶ *Ibid.*, p. 50.

Los ensueños del sótano y la buhardilla sintetizan las riquezas naturales llevadas a cabo por la mente humana; adquiriendo un poder inmediato, en la expresión más pura de su carácter inconsciente, hacia arriba manifestando su deseo de voluntad ensoñadora. El principio de individuación de la ensoñación inicia como un germen donde surge la pregunta por un Yo, coherente con el instinto de conservación de la vida, donde solamente el soñador se encuentra rodeado por un círculo de protección maternal. El sótano se entiende, en estados complejos de la vida íntima, como un albergue del ser inconsciente, quien crea, en la soledad, fabulosas historias que se conjugan al interior de la realidad familiar.

Al soñar, la conciencia se entrega al universo de la ensoñación transformadora. El soñador crece verticalmente y el desván sublimiza la imagen poética que trasciende gracias al sostenimiento que cumple el sótano. En la casa se presenta una extraña confusión entre el antes mencionado con la buhardilla. El movimiento invertido hace que se genere una dualidad de la psique humana representada por el niño que habita en la parte de arriba, frente a otro que altera el sentido ascendente del zarzo; la soledad se ha transformando en una especie de conciencia, mientras que el sótano busca usurpar su privilegiado estado sublime y, por ello, se encuentra menos vulnerable ante la perversión. El desván, con el sótano, impulsan al vuelo del alma. Los dos cohabitan dentro de la casa equilibrando el destino de la ensoñación; y se encuentran en el rincón próspero para superar los miedos; el fuego sirve como guía para vencer las sombras de la noche.



Figura 7. Exterioridades.

En la buhardilla, los objetos son visibles ante la luz solar; la oscuridad puede confundir las formas que se dejan ver; para los ojos del soñador, las sombras salen de la pared, con

el deseo de alcanzar el fuego secreto de la vida donde el alma se integra con el objeto-cuerpo.

Los miedos de ultrasótano son la manifestación más primigenia del niño, sus temores infantiles se hacen realidad cuando ascienden a la parte superior de la casa “El lector se “entrega” a la lectura, oirá el gato maldito, signo de las faltas no expiadas, maullar detrás de la pared”¹⁷.

Cuando el hombre exalta, en la imaginación, el abismo de su pasado, a ojo cerrado, se regocija con el calor de la madera, viajando, durante el ensueño, a la casa solitaria con plena seguridad para alzarse sobre un terreno donde todos viven como simples miniaturas. La casa inspira poesía que abarca realidades y ensueños sin fin, donde el poeta produce la llama que enciende los principios del cosmos.

La imagen encapsula a esas partículas invisibles del pasado que se trasladan a un lugar imaginado, y encuentran lo amado en el gesto esperanzador de los ojos llenos de lágrimas de la abuela sentada que mira desde la ventana del desván y teje el velo de los pensamientos solitarios de la noche.

El eje retorna al dulce principio de la choza, se concede un perfecto hogar colmado de luz que mira hacia adelante. De la altura astral, la luz del sol entra con más intensidad en la buhardilla, mientras que la noche continúa reinando bajo el sótano. Estos dos extremos, que sostienen y equilibran el estado vital, la extensión de su historia presente y futura.

En las noches, el sueño inmóvil renace en la casa y, con ella, los recuerdos aumentan en la ventana abierta hacia las montañas. Afuera, el mundo transforma su intimidad, que se expande hacia una exterioridad equilibrada de subjetividades se transfiguran, se truecan unas en otras transfiriendo sus formas de habitar a través de vacíos y ensoñaciones.

Bachelard sostiene que en algunas novelas de Henri Bosco, la casa está fijada en un eje central es el tema de las intrigas subterráneas, lo que equivale a los sucesos ocurridos en ella, cuyas acciones denotan una característica propia de los seres humanos para reflejar dichas acciones de manera consciente o inconsciente.

Discretamente, ante la mirada del lector sorprendido, los seres subterráneos del sótano, en cautiverio, tejen los destinos de los personajes a través de los sueños; la casa es un escenario viviente en toda la extensión de la palabra.

Las diversas ensoñaciones se comunican entre sí; los seres del sótano, se apoderan de la casa recorriendo las escaleras. Baján y suben, entran y salen de las habitaciones. Estos seres confunden las nociones de arriba y abajo, y, en ocasiones, el afuera y el adentro como límite entre las habitaciones.

¹⁷ *Ibid.*, p. 50.

La escalera se convierte en columna vertebral que liga estados síquicos contrarios; el puente que atraviesa el río inconmensurable sin principio ni fin, hacia un lugar sin límites, donde lo único que importa es mantenerse a flote en cielo como en tierra, imponiendo pruebas al destino del soñador y enfrentando los obstáculos para sobrepasar las dificultades.

A la imagen de la casa, se adhiere el concepto de inmensidad, dado en el espacio, al prolongar la chispa primigenia del adentro. Por tiempo indefinido se sostiene el poder de la redondez que aguarda una experiencia íntima; mediante la ensoñación se proyecta un sentido cósmico, como si se tratara de esculpir al cielo mediante el reflejo del agua. El soñador siempre dirige su continua búsqueda hacia la casa natal y su chispa primigenia. Pretende encontrar su principio creador; debido a su inconmensurabilidad, el camino no tiene principio ni fin, forma círculos infinitos de insondable interioridad.

Usualmente, algo que se guarda permanece dentro de un cajón cuadrado. Un objeto redondo es protegido por la madera, en donde están resumidos los sucesos de una vida entera. El calor, que alberga en sí misma, se torna una especie de círculo protector que renueva las ensoñaciones recreadas por la memoria, una y otra vez. Cuando el embrión une los pies con sus brazos, refuerza la idea del vientre materno, que siempre tiende a retornar a la totalidad de una esencia vital. La chispa primigenia se aloja en la casa natal, en el corazón del soñador, es custodiado por la madera. Allí se concentran todos estos afectos que parecen lejanos o ausentes, y, sin embargo, su presencia se perpetúa en la voluntad del soñador para regresar a la casa natal donde todo se transforma constantemente por el fuego que en ella se fragua.

La redondez de las frutas conserva la forma que tienen los astros. La semilla constituye el principio que la va a generar más adelante como retoño del cosmos. La casa siempre va a preservar, en primer lugar, la semilla cálida de su intimidad, que conforma una gran fuente de alimento y de hospedaje, protegiendo a sus seres amados.

El sol ya no es inalcanzable dentro de la casa; mango dorado dulce o ácido, en sus formas astrales con el sentido cíclico de la vida universal, está disponible en el centro de la mesa para tomarse. Su piel verde exalta al color rojo que entre las manos es deshojada como la flor que fue y retoña al ofrecer su néctar.

La fruta por sí misma engendra su propio microcosmos: la inmensidad de una semilla que difunde sus dulces esfuerzos de conservación hace que la fruta tome su forma redonda, la pulpa se transforma por el calor en azúcar, la intimidad representada por la pulpa proporciona a la fruta en su totalidad un conjunto de valores redondos, que van, de la semilla a la fruta. Al morderla y fraccionar su redondez, vuelve a renovarse ahora en el cuerpo de quien se alimenta. Se lleva a cabo toda una experiencia conjunta entre cuerpo y alma, que ofrece experiencias múltiples de la intimidad reunidas con el vasto valor que otorga el fuego universal.

Las intrigas subterráneas en el fuego de la semilla le envían a la casa sus propios zumos balsámicos que se han urdido al fuego de la intimidad para crearla. Entonces, con Gastón Bachelard, se cita a Cyrano de Bergerac: "Esta manzana es un pequeño universo por sí mismo, cuyas semillas, más calientes que las otras partes, difunden en torno suyo el calor conservador de su globo, y ese germen, de acuerdo con esta opinión, es el pequeño sol de ese pequeño mundo, que calienta y nutre la sal vegetativa de esa pequeña masa"¹⁸.

Así mismo, la casa natal conserva ese pequeño sol que nutre de ella sus primeros brotes, así como las formas (adentro) que la luz del sol ha aprendido a modelar "Leer una casa; leer una habitación"¹⁹ es reconstruir las cosas dentro de su espacio onírico. Para Bachelard, en "La poética del espacio", el acto de leer conlleva un estado onírico al que se llega por medio de la imagen, en la cual el soñador se reconoce dentro de una etapa arcaica. Desarrolla sus habilidades comunicativas a medida que ha aprendido a enriquecer sus valores imaginativos. La lectura concede al soñador la clara y detallada ubicación de los lugares de ensueño, con las primeras existencias resplandecientes en su dulce evocación.

Bachelard ha dicho que la casa lleva consigo el poder ontológico que guarda una relación de intimidad con el alma, hace dinámico su propio espíritu de protección, se instala en cada habitación y captura un tesoro soñado llevado al tiempo presente en el que se encuentra el cuerpo en un punto de la realidad; los recuerdos vienen de diversas maneras, pero continúan siendo imborrables en cada soñador.

El simbolismo arquitectónico comparte un conjunto de imágenes que se restauran bajo la sombra íntima de la casa. El significado entre orden y caos se ha transmutado dentro, como fuera; una constante ambivalencia ha preexistido en la doble imagen de la casa, que cambia su concepción de estado en el mundo. Ania Teillard dice: "En los sueños, nos servimos de la imagen de la casa para representar los estratos de la psique"²⁰. Por ejemplo, la fachada corresponde al conjunto de los valores familiares, que son de conocimiento público. La pintura y el cemento comprenden la cara exterior, sería su parte más reconocida y que, al mismo tiempo, encubre las relaciones que se dan entre el grupo de personas que habitan. Parece estar en completa armonía; pero esto no es más que una máscara, con la cual se mantiene algo en el anonimato, la fuente de su propia existencia.

La escalera comunica las partes superiores e inferiores en conjunto con la casa, en su conjunto representa la verticalidad cuyos polos, consciente e inconsciente, manifiesta el doble siquismo del alma humana, la casa al igual que el árbol yergue en sus dos sentidos, bajada y subida. El desván y el sótano representan en una sola verticalidad una doble polaridad del siquismo humano; los escalones generan la sensación de doble

¹⁸ *Ibid.*, p. 187.

¹⁹ *Ibid.*, p. 70.

²⁰ CIRLOT, Juan Eduardo. Diccionario de símbolos. Barcelona: Labor, 1981, p. 120.

recorrido. Mientras el desván tiene una relación celeste, el sótano la tiene con la tierra, que engendra al germen vivo en expansión y transformación presente en todas sus formas. La escalera, que reposa entre las paredes o en el centro, conserva un principio geográfico; la cordillera que atraviesa diversos planos psicológicos que unen al norte con el sur.

Por otra parte, también existe una relación con respecto a la visión de: “la casa en el centro del mundo; la imagen del universo”²¹. Comprende todo principio de la creación, y se convierte así en el primer núcleo reconocido que separa y unifica las bóvedas celeste y terrestre. La casa surge como un microcosmos primigenio que simboliza la unión fraternal del soñador como creador del universo, que se puede llegar a proyectar a través de una imagen de la casa real. El mundo habita en ella como en la tierra vive una pequeña semilla, porque ella actúa como un eje que ayuda a armonizar a dichas bóvedas del cosmos.

Para determinar la fundación de la casa natal, es necesario remontarse a un principio de convergencia entre fuerzas uránicas y ctónicas, dispuestas de tal manera que los seres vivos dispongan de la naturaleza para buscar su propio beneficio.

En la casa se ha fundado la familia y en cada habitante está implícita la unión sexual por parte del hombre y la mujer, cuyas llamas fecundaron al cosmos. Directamente, en este punto de unión, se produce ese éxtasis cosmológico que permite la liberación de la energía sexual que va a dar origen al arquetipo cósmico que propicia una división del germen primordial.

Existe un principio creador homogeneizador de la especie humana que proviene de una energía vital encarnada por la gran madre tierra. Este principio se relaciona con lo femenino siempre ligado de algún modo al poder masculino, que contribuye a la naturaleza creadora de lo femenino; se reúnen estos dos con la finalidad de armonizar y renovar el ciclo vital del universo.

“Es verdad, pero no basta que la mujer sea igual al hombre: debe convertirse en la verdadera mujer”²².

La casa natal mantiene dicha unión simbiótica de la naturaleza creadora de lo femenino, que trasciende los límites del espacio objetivo para sumergirse en algo tan desconocido como el origen de la vida. La ensoñación prefiere la intimidad en el rincón, guardado en un objeto personal, que posee ese pequeño secreto que oculta al ánima femenina. De manera sutil está presente en los aromas a flores que comparten el interior de la casa para atraer a los pájaros que hacen menos frías las texturas de las paredes, el brillo del sol que contrasta con el piso; una casa natal siempre tendrá sus ventanas y puertas abiertas para que el mundo se compenetre y revitalice nuevamente en ella. Sobre todo, en aquellos sitios donde los olores de la cocina proveen los mayores misterios de la vida.

²¹ CHEVALIER, Jean. Diccionario de los símbolos. Barcelona: Herder, 1988, p. 257.

²² VAN LYSEBETH, André. Tantra el culto de lo femenino. Barcelona: Urano, 1990, p. 126.

“La casa es también un símbolo femenino, con el sentido de refugio, madre, protección o seno materno”²³.

Allí está el principio renovador de Shakti, el ánima presente en todo lo vivo y lo muerto, que atrae la atención del mundo solar que deviene por ella; concibe a las energías opuestas y las dinamiza de tal manera que es muy difícil precisar una diferencia que los distinga. La fuerza creadora de Shakti se aloja en su útero como ese lugar donde se suscita el misterio del universo, se refleja a través del calor materno con el que envuelve su estado más puro; durante la concepción un símbolo de unión y divergencia, un cúmulo de vida ha integrado al espíritu cósmico, donde juntos comparten un mismo lecho con el germen que los complementa y unifica.

“La mujer es la encarnación de una energía cósmica última”²⁴.

Para las mujeres que en la actualidad son madres, y que han aprendido de las grandes madres ancestrales, de la naturaleza y sus terrenos, las mujeres primitivas son seres humanos primordiales, llenos de saberes adquiridos que se han trasmutado en valores femeninos y se constituyen en el lecho de la casa natal, y contribuye a la fecundación femenina y la consecución de la especie humana; esto les ha permitido desarrollar una capacidad pre-perceptiva del mundo. El sol conquista a la tierra y, en el acto, la diosa terrestre da a luz plantas, animales y hombres, quienes, a su vez, construyen en el lugar más profundo del bosque una choza para albergar en ella el gran misterio del universo.

Para la mitología hindú, la madre Shakti ha procreado a la raza humana, mas no al padre, a quien se les han brindado todos los privilegios de la sociedad patriarcal. Lo anterior no quiere decir que se deba menospreciar el papel del padre en la estructura familiar; Shiva, en primer término, se lo podría referir como el representante del principio creador o espiritual del sol (Shivan) y rojo (shivappum), el sol naciente. Además, Shiva es reconocido como un dios que brinda a la humanidad primitiva la prosperidad, el bienestar, la rectitud y los buenos deseos. En síntesis, Shiva es dios absoluto (An) en el firmamento, cuyo emblema fálico hace que su fuerza despierte sobre la tierra deseos de fertilización.

Por otra parte, Shakti es la fuerza creadora femenina que se concentra en la profundidad de la tierra, donde se va a llevar a cabo la preservación de los mundos ctónico y uránico. Shakti concentra la energía de la naturaleza donde se cultiva la tierra madre, y, junto a sus semillas, la gran diosa que engendra a las ninfas en los troncos de los árboles silvestres, la fortaleza ha expandido su magia, que anima las cosas, aunque sea invisible.

El propósito unificador de los mundos se da en el lecho sexual (Shiva y Shakti); para ello, el preámbulo y el epílogo son de gran importancia para que este contacto se lleve a cabo entre los dos, dependiendo del uno como del otro. La tierra, la gran diosa de la fertilidad, está preparada para llevar, en último término, dicho encuentro de renovación,

²³ CHEVALIER, *op. cit.*, p. 259.

²⁴ *Ibid.*, p.123.

el rito de Shiva, como símbolo uránico que impone su superioridad divina, señala el ritmo de su tambor. Una danza cósmica rodea a la diosa, dormida; ha despertado de su tedioso sueño, el sonido de la música fecunda al cielo, una pluma cae lentamente hasta besar su piel oscura. La flor se levanta impulsada por la mano divina del rayo, mientras su montañoso relieve se estremece ante la presencia del amante imperial. El dios sol penetra a los abismos de la tierra, y, en lo profundo, sus entrañas rejuvenecen cuando ha traspasado la gruta y la luz conquista el tibio óvulo primordial e infinito que sostiene al universo con todos sus planetas girando y sus estrellas adheridas al velo celeste.

Entre ellos se libra una disputa, conflicto o discordia que los separa; la fuerza masculina frente a la naturaleza creadora femenina, a la cual no niega su existencia ya que las dos han ayudado a conformar y reafirmar, continuamente, a todas las formas vivientes. La fuerza masculina, como tiene el mandato supremo de los cielos, depende completamente de la fusión energética de los potenciales en una sola fuerza cósmica. En el lecho nupcial, se propicia la unión de dioses solares y naturalezas creadoras, que se irán estimulando mutuamente; mientras tanto, la semilla aparece como un símbolo de fecundación primigenia, dentro de la cual se reúnen varias oposiciones, que contribuyen a la creación plena de su conjunto. El caos primordial anterior a las separaciones genitales, cuyo embrión concentra ese estado original del hombre como un estado de perfección sin géneros, los separa y vuelve, poco a poco, a retomar el camino hacia un nuevo orden, sin haber perdido su naturaleza unitaria.

En la ensoñación se convoca, en el centro, fuerza y naturaleza que propician la regeneración del ciclo vital del universo, sintetizado en las formas vivientes de la tierra y, a su vez, en la casa natal. La cocina es el lugar donde el fuego primordial transforma las formas celestes en objetos de la naturaleza. Las formas y expresiones femeninas mantienen el calor y la luz inicial de la creación, que se consolida en sus valores íntimos como en sus potencialidades manteniendo la energía cósmica primordial. Las figuras primitivas se complementan unas a otras en el cielo y la tierra; sostienen a los seres vivos en su curvatura, pero, en verdad, es un círculo de protección que hace retornar a ese estado primitivo representado por el fuego humano.

Los valores antes mencionados: prosperidad, bienestar, rectitud, etc, constituyen la verticalidad, puesto que ella encarna aquel principio masculino que permite el equilibrio y sostén. La casa, firme como los árboles sobre los campos, que germina y extiende sus raíces a lo largo de la gran matriz de la tierra, brinda aquellos frutos inmortales del alma femenina. La casa natal seguirá vagando eternamente en recuerdos que han sido invernales por el presente inconstante; al mismo tiempo, integra la totalidad del cielo y la tierra.

De acuerdo con la tradición griega, la unión de fuerzas contrarias, que a la vez son su complemento inmediato, corresponde a la *syzygia*²⁵, pareja formada por los dioses arcaicos: el uno activo y el otro pasivo, que luchan por su autonomía. A estas fuerzas de

²⁵ BLAVATSKY, Glosario teosófico, p. 764.

la naturaleza las reúne un círculo que representa las formas armónicas del universo. También se forma una especie de grieta, que divide a las formas y seres vivos aéreos y terrestres.

Así mismo, tanto en el interior como en el afuera, la casa conserva un orden interno, mientras que en el universo abarca una inmensa complejidad que proviene del caos, o Big Bang universal, de la cual sobrevive una infinidad de microcosmos. En este caso, en específico: sótano y buhardilla representan esa reunión de fuerzas en las bóvedas terrestre y aérea, que, al estar una arriba y otro abajo han materializado una dialéctica entre lo divino y lo humano, más cercano a un aspecto psicológico. Como las dos polaridades de la syzigia, que subsisten la una para la otra, de igual modo se conservan estas condiciones antagónicas, del cielo y de la tierra, en algunos lugares de la casa (sótano y buhardilla) que la mantienen erguida. Han surgido otras ambivalencias, tanto dentro, como fuera, que dan paso a un tipo de dinámicas en las que predomina un estado de contrariedad, a pesar de su aparente armonía. La casa natal actúa como una semilla caliente dentro de una fruta, un centro que unifica al universo, vinculada con el primer hombre.

Todo acto de supervivencia implica ejercer la propia voluntad; esto quiere decir que la casa refleja una disputa entre comportamientos y valores humanos. Encarna el doble símbolo (syzigia), cercano a un dios primitivo; un hombre con rasgos femeninos o andróginos permanece en una dualidad sexual; el hombre primitivo habita bajo el amparo de la protección materna que, en la casa natal, personifica las complejidades del alma humana. Exalta la tranquilidad del ermitaño, cuya luz la lámpara preserva el fuego primitivo de la choza; transformando su ciclo vital, la llama carboniza los leños para que el humo salga por la chimenea.

La trayectoria cosmológica empieza con los ensueños; la casa alberga una soledad que está más próxima a la conciencia de su propia grandeza. La intuición de aquel fuego hace que el pasado adquiera una relevancia tan superior, como las soledades que recuerdan el ensueño feliz cuando se traen al presente.

Las ensoñaciones poéticas ayudan a la reconstrucción y renovación de los valores individuales constituidos desde la casa. Al comer el fruto de la poesía, hay un transporte hacia ese lugar paradisíaco que solo se puede hallar en los ensueños que habitan los recuerdos amados que viven en las profundidades mismas de cada ser. La ensoñación concede la esencia vital que constituye su estado primigenio como un habitante que emerge de la tierra y establece una relación ontogénica con el mundo y, a su vez, éste se transforma en un espejo de lo íntimo de cada ser, que ha sido revelado.

“El pasado viene a vivir por ensueño en una nueva casa. Transportamos ahí nuestros dioses lares”²⁶.

²⁶ BACHELARD, La poética del espacio, p. 35.

Los dioses lares son aquellos que viven dentro de la casa, son presencias antiguas que quieren evitar su olvido y deterioro. En primer término, la ensoñación se produce como una acción directa de los recuerdos que, a su vez, provienen del imaginar, y, hace que todo lo vivido se prolongue al interior de la casa, se presenten en forma de relámpago fulminante, o, en un instante aparecen como una ráfaga de viento que desaparece en la inmensidad; en su espontaneidad radica mayormente su eterna novedad.

Por eso: “La ensoñación es una propiedad de lo inmemorial, más allá de los antiguos recuerdos”²⁷. Con esto, Bachelard quiere decir que en la evocación moran las imágenes en sus sitios pletóricos, vigilados por los dioses Lares, portadores de la llama inmortal, los que custodian el orden cosmológico dentro de la casa. Los “manes desencarnados”²⁸ y adoradores del fuego dirigen el movimiento planetario, como el Dios creador del universo y sus astros. El hombre, al soñar, construye mundos infinitos que superan las proposiciones científicas, vuelven a una explicación fenomenológica dominada con la ciencia primitiva del fuego, que, al alcanzar su poder egregio, se une para formar el símbolo, con el cual se establece una estrecha relación: en y con la naturaleza. Las antiguas civilizaciones son recordadas por sus construcciones; la casa es un monumento que procura su permanencia en la memoria que guardan los dioses Lares.

El hallazgo del fuego está directamente relacionado con la evolución que ha tenido el hombre, por ejemplo, en sus labores de caza y agricultura. Con el tiempo fue contribuyendo a la realización de primeras herramientas de piedra, para mejorarlas con aditamentos en madera, y así cambiar a la construcción de objetos a base de metal. Todos los mencionados avances se dieron bajo un mismo precepto, el hallazgo del fuego, y así se dio pie al desarrollo de la sociedad y la cultura primitiva.

La casa se evoca con las presencias primitivas que los dioses Lares dejan ver y que transforman en presente y futuro. El fuego crece en la intimidad hacia una subjetividad sincrética, se expande para brindarle calor al resto del mundo. El poeta ha unificado a través de la imagen dos aspectos fundamentales relacionados entre casa y universo. Se representa una lucha a fondo, que debe librar el hombre y la manera cómo reacciona frente al riesgo de perder su lugar privilegiado en la memoria.

²⁷ *Ibid.*,

²⁸ BLAVATSKY, *op. cit.*, p. 358.

1.3 LAS ENSOÑACIONES FEMENINAS



Figura 8. Codornices en pétalos de rosas, en: <http://comoaguaparachocolate17.blogspot.com/>.

La cocina es el lugar ancestral donde la mujer desarrolla su auténtica ciencia, la agricultura que encierra los saberes maternos y el cuidado de la tierra; se despliega todo en un conocimiento intuitivo. La mujer es la única poseedora del misterio de la vida cósmica. Un sin fin de riquezas se conjuga en torno a la extraordinaria preparación de los alimentos; incluso en la siembra y recolección; se sabe de algunas culturas primitivas donde la mujer trabajaba la tierra y el hombre se dedicaba a la cacería. Son los diferentes estados de ánimo que conllevan su dulce nostalgia, que se logra materializar por la acción purificadora del fuego. Con cada preparación resurgen sentimientos muy profundos, que encuentran en la leña su lugar privilegiado, y justo allí está la tierna imagen de la casa madre.

“Tal vez la única salida que nos queda es rescatar el fuego civilizador y convertirlo nuevamente en el centro de nuestro hogar. Reunámonos junto a él para reflexionar sobre nuestra relación íntima con la vida.”²⁹ Laura Esquivel.

Los ingredientes a través del fuego anuncian el poder de los aromas familiares, cuyos vapores llegan al corazón. Los perfumes evaporados salen de las cerraduras, ventanas y puertas entreabiertas, para poder concebir la mezcla de sabores que se quedan dentro. Las paredes tratan de detenerlos, pero al final terminan cediendo y, así, se desplaza la llama extendiéndose por el mundo, para renovar la presencia del ser amado, del que se inspira a la hora de la preparación y disposición de los alimentos en la mesa.

²⁹ ESQUIVEL, Laura. Como agua para chocolate. México: www.e-libro.net, 2001, p. 4.

Los aromas tienen la gran habilidad de mezclarse naturalmente, con el recuerdo, que conduce a la imagen del ser amado; conducen directamente a su presencia. La preparación y presentación de la comida en la mesa se comparte con todos los miembros de la familia, la evocación sincrética de todos los seres amados. Evolucionada de una peculiar tradición, puede llegar a transformar el entorno histórico al interior de la familia. Se mantiene una intimidad dentro de la casa, igual como se han venido transmitiendo unas determinadas normas por cada generación. Las señoras que se encargan de las labores domésticas nunca revelan sus secretos con respecto al sabor y aroma de las recetas, como si con ellos guardaran para sí algunos amores perdidos de antaño. Cocinar es una labor muy antigua, tan antigua como el fuego; por eso se han venido descubriendo, al mismo tiempo, los secretos que estos dos han entrañado. Se remontan a prácticas tribales de la ciencia natural; su fuerza convoca un misterio universal. Las mujeres día a día prenden una mecha en medio de la leña seca que después está expuesta a los rayos del sol y el resoplar del viento para que los leños se mantengan encendidos. En el fondo de la olla, se han conservado antiguas preparaciones, y se fueron quedando en el aceite frío las chispas de pequeñas estrellas.

“Tita gozaba enormemente este paso, ya que mientras reposa el relleno es muy agradable gozar del olor que despiden, pues los olores tienen la característica de reproducir tiempos pasados junto con sonidos y olores nunca igualados en el presente. A Tita le gustaba hacer una gran inhalación y viajar junto con el humo y el olor tan peculiar que percibía hacia los recovecos de su memoria”³⁰.

El poder alquímico que encierra el verbo cocinar conmemora el ritual de la comida, que gira en torno a la conservación y bienestar tanto del cuerpo como del alma, que resume con una idea primitiva la prolongación de la vida y va sujeta a las costumbres. Los misterios alcanzan a provocar una sensación principalmente en el gusto, y así transmitidos a los demás sentidos y el cuerpo entero participan en la degustación de los alimentos que se transforman en su interior, y al mismo tiempo se imagina cómo ha sido preparada la receta en manos de estas Moiras, las cocineras.



Figura 9. Convergencia alquímica.

³⁰ *Ibid.*, p. 7.

Las madres, por lo general, asumen la dura responsabilidad de las labores caseras: cocina, limpieza y lavado. Dependen directamente de que su trabajo sea bueno o malo según su estado de ánimo; reflejan su feminidad poderosa o frágil. Comúnmente se dice que si algo está muy empalagoso, si una mujer está enamorada, o si, al contrario, la comida le queda demasiado insípida, es señal de decepción.

Las manos que friccionan las estatuas de porcelana, el paño que las roza, esculpen nuevamente su forma curvilínea que rebosan con sus cuidados y caricias. El aliento seco que dispersa el polvo que las había deteriorado, les da un aspecto de brillo.

La cocina, mediante los aromas, texturas y sabores logra transmitir diversos códigos, que se articulan a medida que se rompe con la esfera que los ha unificado; al ser de la casa natal para luego encontrarse con otra esfera más grande de fraternidad y protección, son los primeros valores de la casa natal que engrandecen al mundo entero. Las personas alrededor de la mesa integran esa fuerza cósmica de unión y armonía; por eso los hombres evocan imágenes transitorias de la casa, cuerpo de recuerdos edificados nuevamente que ingresan al fondo de esos objetos para encontrarse con una diminuta y vital parte del ser humano.

“¡Como si el complejo hogar, el hogar campesino, impidiese la ensoñación! De los ganchos de las llaves cuelga el negro caldero. La olla, sobre sus tres patas, sobresale por encima de la ceniza cálida. Soplando, con las mejillas hinchadas, en el cañón de la chimenea, mi abuela reanimaba las llamas adormecidas. Todo se cocinaba a la vez: las gruesas patatas para los cerdos, las patatas más finas para la familia. Para mí, un huevo fresco se cocía bajo la ceniza. El fuego no se mide con un reloj de arena: el huevo estaba cocido cuando una gota de agua, y muchas veces una gota de saliva, se evaporaba sobre la cáscara”³¹.

La casa cuerpo que atrae y concentra los viejos olores corresponde al lugar en que se ordenan los alimentos dentro de la alacena. En el centro de la mesa se tiene un punto de encuentro valioso para cada uno de los que se sientan a degustar los manjares expuestos generosamente. Frente a las miradas y bocas, se van mezclando el olor de la cera brillante del piso con los alimentos y texturas inciertas; así se hacen más evidentes los arabescos que adornan los muebles, mesas y cofres.

³¹ BACHELARD, Gastón. *Psicoanálisis del fuego*. Madrid: Alianza, 1966, p. 9.

2. TOPOANÁLISIS DE LA CASA ENSOÑADORA

La casa posee un verdadero principio de integración psicológica y fenomenológica cuyo método investigativo empleado es el topoanálisis; psicoanálisis y fenomenología propios de la casa y su espacio. Componen, estos dos, un cuerpo de doctrinas que permiten entender la inmensidad del mundo y los fenómenos cósmicos, en los principios subjetivos de la experiencia en el habitar. Esta integración la crea el soñador que permanece inmóvil en el rincón.

La realización del topoanálisis tiene como principal objetivo hacer un estudio psicológico más profundo sobre el espacio geométrico. Caminando más allá del origen mismo de la casa natal, se dirige hacia la reconstrucción de esa primera morada, en la cual la intimidad es un semillero forjador para las imágenes más destacadas de los ensueños felices. Dentro del colosal invernadero se alojan las representaciones pictóricas que se destacan generosamente en aquellos lugares donde el alma está en disposición para la ensoñación; encuentra paz y tranquilidad.

La casa genera paso a paso la transformación objetiva de dichos ensueños, que fortalecen la condición esencial de su existencia. Mientras el ser habite, va edificando, por el camino, su propio espacio onírico y aprende por sí solo a morar el mundo. Surge con esa necesidad de recuerdos para restablecer la intimidad como pilar fundamental que propicia el desarrollo onírico del ser humano. Para Bachelard, dicho desarrollo implica, además, el resurgimiento filosófico hacia una fenomenología del imaginario.

El topoanálisis, al igual que la fenomenología, reside con un mismo precepto modelador en la imaginación, donde el ser inconsciente añora acurrucarse. La casa onírica cobra vida a través de los recuerdos que genera la imagen poética. Se despliegan posibilidades ilimitadas de existencia, se multiplican, extienden y engrandecen para luego renovar un auténtico valor. Un territorio para las ensoñaciones, que tiene como centro la casa onírica, donde se conmemoran los dones del bienestar.

Ahora en el rincón reina una gran paradoja; por un lado, está el espacio feliz, donde el ser vive intensamente, y, por el otro, la aspiración de lo inabarcable e infinito universo. El espacio feliz vive en un estado de soledad; la intimidad es posible en las profundidades del ser mientras sueña, tiene mayores deseos de abarcar completamente al universo, corriendo el riesgo de perder (en el trayecto) su estado de intimidad más natural y volver al rincón donde el ser agazapado se encuentra al pie de una disyunción, donde el imaginario descuartiza el orden del espacio geométrico para generar posibilidades múltiples, que implican una apertura. En el rincón, la imaginación aprende a morar en su propia alma, un espacio donde la imagen produce ecos en los recuerdos, que se transmutan en el verbo habitar.



Figura 10. El casillero del ser.

“el rincón es el casillero del ser”³².

La casa es construida por quien la habita, quien no se adapta directamente; sino más bien se adhiere a las experiencias vividas de su habitante. El topoanálisis se enfoca hacia el estudio psicológico a través de lo que Bachelard entiende como “casa onírica”³³, donde se desarrollan todas las experiencias ensoñadoras del ser humano.

En la casa onírica, el ser vive agazapado en el rincón donde asegura el bienestar de su morada; el topoanálisis libera aquellas imágenes poéticas que desembocan de la intimidad, reservadas por el espacio. La casa onírica es un lugar donde la imaginación comienza a generar un desarrollo conceptual del habitar, creando territorios para la ensoñación y el recuerdo, donde el alma se recoge para que la imaginación se despliegue.

“Hay que vivir para edificar la casa, y no edificar la casa para vivir en ella”³⁴.

El siquismo humano se constituye dentro de la casa por la experiencia del habitante. El topoanálisis se enfoca, entonces, en los espacios íntimos que despiertan al devenir de dicho siquismo; la noción del verbo habitar el mundo, como la nueva morada para el hombre. El topoanálisis otorga, a los espacios íntimos, el poderoso devenir del habitar en la casa onírica que el soñador reconoce como la primera morada en el mundo.

Je suis l'espace où je suis
“[Yo soy el espacio donde estoy]”³⁵.

³² BACHELARD, La poética del espacio, p. 36.

³³ *Ibid.*,

³⁴ *Ibid.*, p. 141.

³⁵ *Ibid.*, p. 128.

La intimidad ahonda en las transformaciones más significativas para las cuales la casa onírica se encarga de remover las percepciones de estar dentro o fuera. El rincón otorga al Yo una estancia neutral, en la cual se depositan las soledades, los recuerdos como polvo de minerales que se esparcen y acumulan en los confines del laberinto de la memoria, de donde emergen las aguas intranquilas de la infancia.

Cada rincón oscuro alberga las soledades que permiten, al soñador, reconocerse a sí mismo, a través de los recuerdos de la infancia donde algún día encontró bienestar: “el rincón es un refugio que nos asegura un primer valor del ser: la inmovilidad. Es el local seguro, el local próximo de mi inmovilidad. El rincón es una especie de semi-caja, mitad muros, mitad puerta”³⁶. El espacio onírico otorga un bienestar en la intimidad y no un rechazo; brinda una estabilidad al ser que habita, por ello el espacio comprime al tiempo. Se puede seguir al modo schopenhaueriano: "el mundo es mi imaginación". En la medida en que se imagine, poseer más al mundo, tanto más cuanto mayor habilidad se tenga para miniaturizarlo.



Figura 11. Ojos abiertos, la otra ventana.

“por un minuto de vida breve
única de ojos abiertos
por un minuto de ver
en el cerebro flores pequeñas
danzando como palabras en la boca de un mudo”³⁷.
“Cuando me miras
mis ojos son llaves,
el muro tiene secretos,
mi temor palabras, poemas.
Sólo tú haces de mi memoria
una viajera fascinada,
un fuego incesante”³⁸.

³⁶ *Ibid.*, p. 172.

³⁷ PIZARNIK, Alejandra. Poesía obra completa. Poesía Completa: sergiomansilla.com/.../pizarnik__alejandra_-poesia_completa.pdf, p. 85.

³⁸ *Ibid.*, p. 133.

La miniatura es la ontología vital del espacio, por ello el ser permanece parcialmente reducido por el umbral del techo, cuyos ojos interceden en las esquinas vigilando desde las alturas al mundo miniaturizado y sometido ante el poder de su mirar agigantado. La miniatura solitaria e inmóvil se aferra a la soledad de su gruta imaginaria, donde habita un ser ermitaño que ha edificado y permanecido en un mismo lugar. En ese punto de intersección ante la amplitud del mundo, la miniatura se fija y, a la vez, se aparta del universo.

El soñador adquiere una conciencia de habitar en esos pequeños reductos de sí mismo (intimidad), abstrayendo la esencia en su sencillez, a través de los ecos leves y lo pesado de ciertos objetos que describen sutil grandeza en sonidos; aromas y ensueños trasportados por el viento. Aquellos rincones, habitados por múltiples seres, conforman un conjunto reservado para las grandes ensoñaciones, allí donde el soñador edifica un espacio aéreo, para elevar su intimidad. El ser agazapado es pequeño y a su alrededor el mundo es cada vez más ancho e inabarcable. El ser allí, heideggeriano, se ha trasladado a la ensoñación de los pequeños: “sí mismos”, seres introvertidos alojados en los rincones comprimidos donde se alberga un sin fin de vestigios anteriores a los humanos.

El ser miniaturizado descubre que el rincón es una puerta abierta que lo impulsa hacia la libertad y, a la vez, que está defendiendo el porvenir de su independencia alcanzada fuera del rincón. Ahora, estando en el exterior, allí en ese punto exacto había un mundo y su realidad, que fue el resultado de una continua apertura y entrada a un nuevo mundo. La apertura no es más que una entrada a un espacio cada vez más grande. Poco a poco la pequeña existencia sabe cómo darse a esperar con lentitud, cuando llegue el momento justo para entregarse por completo a la inmensidad exterior: todas las cosas pequeñas piden lentitud. Uniendo la sombra de lo que fue, cuerpo y alma se encuentran.

El rincón es la inmovilidad del ser, refugio y reposo del pensamiento; la imaginación concentra la soledad en los ensueños y el silencio. Una dialéctica de la intimidad se forja en los rincones, donde el alma localiza su escondite privado y apartado del mundo.

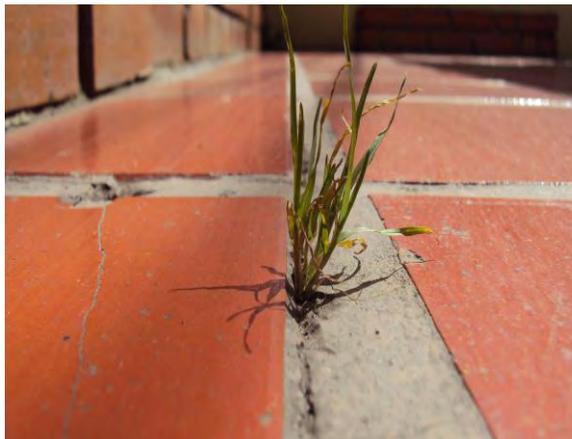


Figura 12. La terquedad de la vida.

“Así lo minúsculo, puerta estrecha, si las hay, abre el mundo. El detalle de una cosa puede ser el signo de un mundo nuevo, de un mundo, que como todos los mundos, contiene los atributos de la grandeza. La miniatura es uno de los albergues de la grandeza”³⁹.

Las casas olvidadas se sostienen en la meditación del rincón, donde está el alma. Dentro del ensueño, el ser inmovilizado en un rincón encuentra allí un mundo gastado para el cual, las esquinas abren el ancho mundo del muro. En él: “encuentra un rincón donde morar, en ese mundo del techo agrietado”⁴⁰.

Ahí se concentra una multitud de mismidades, para las sombras que forman rostros sobre la pared, cuya asociación permite conformar una alianza sólida entre techo y pared. De este modo se extienden los seres pasados, presentes y futuros unidos, manifestándose en cada uno de ellos.

En cada recoveco, habitan pequeñas comunidades, millones de ojos que vigilan el interior de la casa. Son seres agazapados los que viven en lo alto, solos, encuentran tranquilidad en medio de la luz y la sombra. En medio del rincón reposan los vestigios que permiten unificar a los moradores del pasado, presente y futuro. Las sombras han desaparecido de los muros, cuyo reflejo abandona un deforme perfil.

Cuando se quiere encontrar sosiego en el rincón, la imaginación conduce a esas casas ligeras a las que se traspasan aquellos pliegues sellados por la rigidez de los muros que, en los sueños, son ilimitados: un mundo se despliega en todo su esplendor e inmensidad.

En una habitación, una mujer cose en una máquina y una niña juega a darle un masaje a sus pies, apretando la masa muscular de sus dedos gordos, que cubre con una ruana gruesa.

La niña saca del regazo de la máquina una caja de herramientas, mientras la madre impulsa el pedal con sus corpulentos pies. La niña destapa, bruscamente, la caja y caen repuestos metálicos: agujas, dedales y bobinas. En medio del desorden, sobresale un broche dorado en forma de mariposa; lo toma con extraña atención y le atribuye poderes mágicos; lo transforma en un talismán.

Entonces, ella lo ensarta en el lado izquierdo de su pecho para evitar que salga volando por la ventana como los demás insectos. Saca, de la misma caja, un par de rollos: uno de cinta y otro de un encaje muy fino, con el que se amarra el cabello. De repente... la niña había desaparecido de la vista de su madre... ¿es acaso un recuerdo el que había emergido de su propia imaginación?... De cuarto en cuarto despierta con la extraña certeza de seguir soñando.

En cada uno de los rincones de la casa, el soñador se agazapa en medio de las paredes para recobrar aquellos recuerdos perdidos de la infancia. Los recuerdos ayudan a la

³⁹ BACHELARD, La poética del espacio, p. 192.

⁴⁰ *Ibid.*, p.179.

reconstrucción del pasado y se recupera lo que alguien ha sido. En los sueños habitan los seres que dejaron de existir, y los objetos que permanecen en su lugar habitual. El yo que se funde con el mundo de los ensueños regresa a la casa esperando con fervor a quienes ya se han ido. La casa mira y es mirada; ahora, desde el rincón, un telescopio vigila para escapar por un momento de su aposento.

Cerrando los ojos, en cada sueño, se recorren de nuevo sus pasillos. Se abren y cierran puertas, enmarañando un sistema complejo de entradas y salidas. En un cuarto, en la ventana cubierta por una tela fina, se ha interpuesto entre la casa y el universo. El piso de madera huele a cera recién brillada, el barniz hace resplandecer los muebles, cajones y mesas, cuyo esmalte castaño hace que estos utensilios sean realmente visibles. Su brillo le da un tono resplandeciente ante la luz del sol y las estatuas, expuestas sobre la repisa, adquieren presencia. Las sombras se convierten en paredes, bien sea terminadas en esquinas o en curvas. Cada ladrillo manifiesta los trozos nacarados transmutados para la vida de los seres humanos. Los rostros del pasado dejan sus sombras en las manchas de humedad en las paredes, mientras los misterios de la naturaleza ensayan la creación de nuevas especies.

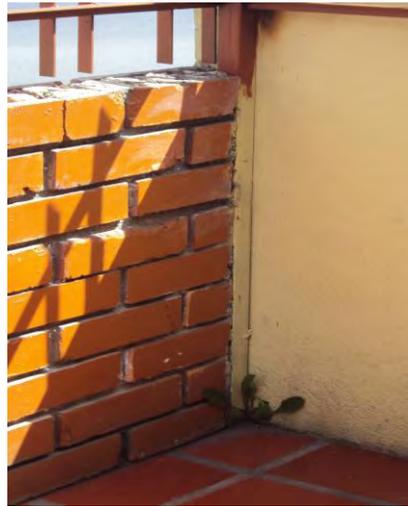


Figura 13. Resurgido del rincón.

“Estoy más a mi gusto en los mundos de la miniatura. Son para mí, mundos dominados”⁴¹...

...“En esos ángulos, es esos rincones, parece que el soñador conoce el reposo mixto del ser y el no ser. Es el ser de una irrealidad”⁴².

⁴¹ *Ibid.*, p. 197.

⁴² *Ibid.*, p. 180.

2.1 LA BIFURCACION DEL YO



Figura 14. Sincretismo y reflejos.

El espejo es un objeto que provoca los más profundos deseos de inmensidad, porque, en él, diversas características y espacios reales e imaginarios convergen en múltiples representaciones contingentes en el tiempo. El espejo logra proyectar la presencia de un ser que llena al mundo que está enfrente; por lo tanto, se reconoce como entidad de un mismo Yo imaginario y real, en el alma. Detrás del mismo habitan yoes pasados, esos que ya no son porque se han perdido en el trasiego de las otredades entre sincretismo y reflejos; están unidos dentro una yoidad y, además, comparten un deseo de seguir siendo reconocidos en un futuro inmediato. El yo imaginario se sumerge a través del cristal para intercambiar papeles, pero su percepción íntima, frente al espejo, puede variar o permanecer de cierto modo según la forma en que los recuerdos van retomando la forma para cada uno de ellos.

“Entonces somos arrojados al mundo, entregados a la inhumanidad del mundo, a su negatividad, el mundo se convierte, entonces, en la nulidad de lo humano”⁴³.

Entonces, el espejo logra la cristalización de ese impulso en el estado de doble imagen y nulidad adentro-afuera; a través del cristal, se hace visible lo invisible, y, cada vez, está más expuesto a una conciencia imaginaria de los aspectos inconscientes. El ser existente, contenido en lo imaginario, es hechizado por ese otro como un reflejo de su propia autoimagen. Yo, el no yo incluido en el otro; como una forma autoconsciente y proyectada de un mismo Yo: “...el agua reflejante y el mito de Narciso, apareciendo el cosmos como un inmenso Narciso que se ve a sí mismo reflejado en la humana

⁴³ BACHELARD, Gastón. El aire y los sueños. Bogotá: Fondo de cultura económica, 1993, p. 122.

conciencia”⁴⁴. La imagen del cosmos que ha permanecido en el interior, sostiene realidad e imaginación en un mismo espacio viviente, capturando la imagen pura de una autoconciencia que ha revelado la duplicación del yo. El espejo es un elemento en el que se representan estados de realidad e imaginación unidos en un mismo lugar (sincretismo). Es la imagen cósmica del ensueño la que se proyecta a través de él. La imagen no existe objetivamente, sino que hace parte de una subjetividad pura. El espejo es mitad objetivo y mitad imaginario y el yo se pierde en su inmensidad.

La palabra latina Speculum (espejo) ha fundamentado el carácter especulativo y ambiguo de la imagen del yo. Se relaciona al espejo con el conocimiento del cosmos, en un sistema de omniabarcantes espejos en los primeros telescopios que los astrónomos usaban para “observar el cielo y los movimientos relativos de las estrellas”⁴⁵. De igual manera, la expresión sidus (astro), que significa etimológicamente: el acto de mirar el conjunto de las estrellas. Estas dos palabras abstractas designan hoy en día operaciones altamente intelectuales, enraizadas en un conocimiento astral.

El mundo se transforma bajo las leyes cambiantes del espejo, para las cuales realidad e imaginación se difunden y heterogeneizan en sentidos de ser y universo. A través de la imagen el mundo gira como un caleidoscopio de intimidad, donde se descubre la multiplicidad de seres íntimos por el mundo. Sólo las palabras tienen ese poder de apropiarse del espacio infinito, reflejando lo que es cada quien en el cosmos: “El poeta escucha y repite; la voz del poeta es la voz del mundo”⁴⁶. A decir verdad, el aire es verdaderamente libre, moviliza al habla y construye el lenguaje como un conjunto de sentidos que retumban en la memoria.

Nunca se deja de querer la vieja casa donde habita la soledad de la niñez, que será una sola, el fuego viviente de su entera grandeza. En la narración “Alicia a través del espejo”, resalta el aspecto imprescindible del adentro y del afuera, confundiendo realidad e imaginación, confrontadas en una imagen especular.

Primero la imagen unidimensional del salón, tomada en sus comienzos desde un punto de vista superfluo que otorga una relativa similitud con otro análogo a él, en apariencia como dos gotas de agua por acción de un espejo.

“Verás... primero, hay una sala que se ve mirando a través del espejo. Es igual que la nuestra, claro, aunque resulte del revés. Subida a una silla, puedo ver casi toda la habitación de al lado, menos el ángulo de la chimenea”⁴⁷.

Poco a poco la mirada de la niña curiosa hace que su imaginación crezca a niveles insospechados, la conduce en interesantes disertaciones hacia el espejo, sumergiéndose así en múltiples preguntas y respuestas que resuelve con otras paradojas. El espejo

⁴⁴ CIRLOT, Diccionario de símbolos, p. 194.

⁴⁵ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 474.

⁴⁶ BACHELARD. Gastón, El aire y los sueños. Bogotá: Fondo de cultura económica, 1993, p. 47.

⁴⁷ CARROLL, Lewis. Alicia en el país del espejo. Bogotá: Ediciones Universales, 1994, p. 99.

mezcla las dimensiones del espacio que proyectan sombras en aristas del salón que van a dar hasta el otro lado del espejo generando rincones y entrecruzando las dos realidades: “¡Ay, cómo me gustaría ver ese rincón! Tengo tantas ganas de saber si también ahí encienden el fuego en el invierno⁴⁸...”

Entre ambos mundos imaginarios, las cosas aparecen de un modo distinto; su disposición en sentido inverso; al otro lado del espejo se tiene la certeza de avanzar cuando se está retrocediendo. En una de las chimeneas arde el fuego, pero en la otra solamente sale el humo. En un segundo momento Alicia repara en un pequeño detalle: los títulos de los libros puestos en la biblioteca de la casa del espejo están al revés.

“Bueno, en todo caso, sus libros se parecen a los nuestros, pero tienen las palabras escritas al revés: y eso lo sé porque una vez levanté uno de los nuestros al espejo y entonces los del otro cuarto me mostraron uno de los suyos”⁴⁹.

El vidrio, al contacto con el vapor que circula en el ambiente, se ablanda, y cada vez se vuelve más flexible. La única forma de sobrepasar el cristal sería esperar a que se empañe. En el transcurso de su transformación, va adquiriendo una composición maleable, facilitando gradualmente el paso del cuerpo humano. Los objetos vistos permanecen inmutables, pero cuando la mirada ha penetrado a través del espejo, las cosas adquieren una sobre dimensionalidad propia con respecto a las cosas que están por fuera; tanto, que se hacen imperceptibles las diferencias entre un espacio y otro.

“Por lo que se alcanza a ver desde aquí se parece mucho al nuestro sólo que, ya se sabe, puede que sea muy diferente más allá⁵⁰”.

“Un instante más y Alicia había pasado a través del cristal y saltaba con ligereza dentro del cuarto del espejo. Lo primero que hizo fue ver si había un fuego encendido en su chimenea y con gran satisfacción comprobó que, efectivamente, había allí uno, ardiendo tan brillantemente como el que había dejado tras de sí⁵¹”.

Incluso, el yo real, al traspasar el umbral al más allá, cuerpo y alma separados de forma irremediable, inmediatamente, se pierde uno en otro para reunirse nuevamente en el recóndito mar del ensueño. El ser dividido existe para transformarse en un soñador de una realidad invisible. Hablando en voz baja, su eco se silencia por momentos; cuando lo hace, susurra al oído como una conciencia que se oculta entre un objeto u otro, para que tenga vida propia al expresarse a través de cuerpos ajenos a él; en cada paso se vuelve a bifurcar el camino hacia el recuerdo y la ensoñación.

“No creo que me puedan oír, continuó Alicia-- y estoy casi segura de que no me pueden ver. Siento como si en cierto modo me estuviera volviendo invisible”⁵².

⁴⁸ *Ibid.*,

⁴⁹ *Ibid.*,

⁵⁰ *Ibid.*,

⁵¹ *Ibid.*, p. 100.

⁵² *Ibid.*,

La luz da señales de que en el otro lado hay movimiento cerca de las llamas y las cenizas. La leña fría se está calcinando, y el humo indica que algo extraño ocurre para que las cosas que están cerca de la chimenea sean animadas por la luz. La imagen de espejo hipnotiza de un modo tan extraordinario que el yo real ya no existe en el lado anverso del espejo, las cosas son gobernadas por infinitas ensoñaciones y la voz del niño anima, ese yo infantil que hace vivir de nuevo lo mismo, en el lugar feliz y, a la vez, con mayor fuerza e intensidad en las añoranzas: “Entonces empezó a mirar atentamente a su alrededor y se percató de que todo lo que podía verse desde el antiguo salón era bastante corriente y de poco interés, pero que todo lo demás era sumamente distinto”⁵³.

Lewis Carroll indica la dialéctica dentro/fuera apoyada en la imagen doble: realidad y ensueño, que se proyectan mutuamente teniendo de por medio el espejo. Provocan múltiples ecos de yoidades lejanas que se vuelven relativas después de traspasarlo. El pensamiento de Alicia deja de estar confundido y toma conciencia cuando le da movimiento a cada uno de los objetos como las piezas de ajedrez que ella manipula desde ese plano del ensueño; las reflexiones, que surgen desde allí, adquieren dimensiones íntimas/inmensas, fusionándose para impulsar el desarrollo del pensamiento. Alicia salta el marco y, al ver lo que había del otro lado, se dio cuenta de que el espacio se conserva igual al real. En el lado del espejo no existe un reflejo de Alicia que se dibuje desde el otro lado; al atravesar a este mundo, ella se hace invisible. Valiéndose de esta condición, gobierna fácilmente la voluntad de los objetos que viven en la casa del espejo para condensar en un solo lugar los momentos de felicidad y soledad.

El espejo, con la ausencia de Alicia, se convierte en un espacio irreferencial, una pintura, donde está retratado el salón y lo que hay en él. Este aparente estatismo e irreferencialidad encierra una complejidad aún mayor; la de un lago, porque éste, igual que aquel, puede ser atravesado en la superficie para sumergirse en sus profundidades.



Figura 15. El espejo de Narciso.

⁵³ *Ibid.*,

“El vidente Tiresias le dijo a Liríope, la primera persona que le consultó: Narciso podrá vivir muchos años a condición de que nunca se conozca a sí mismo”⁵⁴.

“El agua sirve de espejo, pero un espejo abierto a las profundidades del yo: el reflejo del yo que allí miramos revela una tendencia a la idealización. «Frente al agua que refleja su imagen, Narciso siente que su belleza continúa, que no está acabada, que es necesario terminarla”⁵⁵.

“G. Bachelard descubre igualmente un narcisismo cósmico: el bosque y el cielo que se miran en el agua con Narciso. Ya no está solo; el universo se refleja con él y a cambio lo envuelve; se anima con la propia alma de Narciso”⁵⁶.

“En un agua tranquila, la superficie y la profundidad están muy próximas... Cuanto más profunda es el agua, es más claro el espejo”⁵⁷.

El agua entraña un insondable misterio en el fondo de su superficie. La imagen, en sus profundidades acuáticas, establece una homogeneidad entre las especies submarinas; peces y plantas solicitan el mandato del dios océano. En el fondo, se puede evidenciar el desdoblamiento de la imagen fuera de sí misma, anteponiéndose desde un principio a un nuevo refugio animal y vegetal; se prevén donde se forjan los misterios de la vida terrestre en su transcurso enigmático en el que el alma es consumida completamente por el agua. Su creador se ha disuelto entre voluptuosidades y ensueños que conforman al mundo sin ser visto, integrándose fácilmente a la magnitud de sus reflejos.

“En esos reflejos el mundo es dos veces bello”⁵⁸.

“Hay un agua dormida en el fondo de toda memoria”⁵⁹.

Se recuerda el doble, se ama el doble, el ser es doble y el universo se divide en dos. El agua mira hacia afuera y en el fondo de sus ensoñaciones se complementa con el cosmos entero; la naturaleza ha extendido un gran espejismo por el mundo y junto con la tierra se complementan en el ascenso hacia la totalidad. Solo en sueños se reúnen las imágenes virtuales, resonancias mutuas que reconstruyen presencias inmemoriales y, con ellas, se concibe el equilibrio perfecto entre soñador y universo.

“La doble polaridad vertical de la casa, si nos hacemos sensibles a la función de habitar, hasta el punto de convertirla en una réplica imaginaria de la función de construir”⁶⁰.

Las ensoñaciones muestran una doble verticalidad síquica, donde se lleva a cabo la creación de dos mundos. Real-imaginado. Privado-público. Escritor-sicólogo. Poeta-fenomenólogo. Lector- soñador.

⁵⁴ GRAVES, Robert. Los mitos griegos 1. Madrid: Alianza, 2001, p. 382.

⁵⁵ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 742.

⁵⁶ *Ibid.*,

⁵⁷ BACHELARD, Gastón. La poética de la ensoñación. México: Fondo de cultura económica, 1982, p. 296.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 300.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 295.

⁶⁰ BACHELARD, La poética del espacio, p. 46.

De la casa natal-onírica, se ha dicho que pertenece a un primer universo. Es realmente un cosmos en toda la acepción del término; invadida con esos recuerdos aún queridos, es esencial para todo espacio y su construcción inmediata del mundo ideal; en aquel único paraíso, todos ellos permanecerán con vida en ese mismo sitio. La casa comprende todo un cuerpo vertical fundido con el drama humano, mientras el alma en libertad viaja hacia un espacio sin tiempo. El sueño suaviza el recorrido espiritual, usual de los objetos, adquiriendo potencias naturales que encuentran su base poética en la imagen de donde sintetiza dichas energías; un sentido de conciencia que se ha transferido por las acciones del soñador.

El aire conecta al cielo con la tierra ardiente, dualidad de quien tiene voluntad de viajar, verbo articulado en las ensoñaciones síquicas del aire donde el inconsciente habita produciendo el calentamiento o enfriamiento de los suelos. Las cualidades del aire hacen funcionar a los demás elementos del universo, viajando en los movimientos del alma. La primera edad de piedra no desaparece tan fácil de la superficie terrestre. El agua sueña con transformarse en el aire. La ensoñación equilibra pensamiento y poesía, sustancia última, producto de la perenne transmutación de todos los elementos cósmicos, cargada con una fuerza atómica que los comprime para generar un choque de energías en oposición.

“Lo de fuera y lo de dentro son, los dos, íntimos; están prontos a invertirse, a trocar su hostilidad”⁶¹.

Para determinar la fenomenología de la ensoñación, se debe comenzar por encontrar el principio intuitivo de su dinamismo, que plantea una geometría del espacio. A partir de la visión poética que concentra la redondez de la intimidad y, respondiendo a un reflejo de un contenido inconsciente, toda esta estructura conquista su grandeza. Los sueños descienden y ascienden con gran velocidad; establecen un sentido recíproco en la mirada del soñador fuera del rincón de intimidad.

Lo cuadrado denota un carácter rígido y de ordenamiento usual en el espacio; pero la casa, en su acción de habitar, es redonda en el sentido interno que generan las resonancias de los objetos, evocaciones y ensoñaciones que desdoblan la mirada del soñador, en ella.

“La imagen es nueva, siempre nueva, pero la resonancia es siempre la misma. Una simple imagen puede ser así un revelador del mundo”⁶².

La imagen poética, por su parte, a pesar de estar en un estado de inconsciencia, no está paralizada; al contrario, produce un eco inmemorial donde expresa su presencia actual sobre lo existente. Se manifiesta a través de las cosas en un estado pre-racional y efervescente creado bajo el amparo de la imaginación.

⁶¹ *Ibid.*, p. 256.

⁶² BACHELARD, *op.cit.*, p. 302.

La casa-onírica será el lugar psicológico donde el hombre se acerca, con su ambiente natural, cuya caída proporciona inmediatamente la profunda visión del soñador, como la potencia que trasciende una conciencia creadora. Todas las casas flotantes en el viento liberan al pensamiento del peso de sus recuerdos.

La choza permanece incrustada como centro de intimidad en la tierra; sus vigas dan una estructura al barro, con lo que se pega cada ladrillo para formar la pared. De la misma manera, las imágenes poéticas ayudan a edificar al ser que reside bajo el núcleo de su intimidad, recordando el sentido primario de estar en el mismo hogar materno.

En aquello que está fundamentado el hecho subjetivo del ser, adquiere un verdadero sentido existencial desde el interior; en sí mismo se proyecta la imagen de la casa, ese primer eje desde donde se irradia la inmensidad exterior del cosmos. La casa onírica y natal conforma una alianza vital entre imaginación y recuerdo, en el cual ha emergido una conciencia creadora a través de la obra poética. Se integran, entonces, de manera efectiva, con distintas ramas del conocimiento científico y el pensamiento filosófico existencial; interactúan por medio de una obra poética que enriquece el valor discursivo. Lo más importante del valor discursivo no tiene que ver tanto con los diferentes saberes en su pluralidad y en sus complejas ramificaciones; sino, más bien, con su interacción en la intimidad del soñador: la actividad poética y la ensoñación provienen de un génesis imaginario.

El soñador se reconoce a sí mismo en la casa onírica como el núcleo al que pertenece su ser íntimo, donde la imaginación absorbe la fuente generadora de la ensoñación cósmica, cuyos reflejos irradian el poder quimérico del espacio, que sobrepasa los umbrales de la conciencia, que, soñando, trueca la realidad en imaginación para la creación. Las direcciones múltiples de la imaginación poética admiten el ingreso a las ensoñaciones de los objetos dispuestos sobre el espacio.

Para Bachelard, el pensamiento fenomenológico no se aleja de la experiencia poética de las cosas, comprende la reunión de todo lo que se mantiene soldado, de manera conjunta en lo visible y lo invisible. Lo cotidiano, en lo privado, se encuentra reunido y consignado en un todo. Se puede decir que, al interior del espacio onírico, la casa natal constituye una especie de comarca o bóveda, donde la tierra mantiene todo bajo un mismo entendimiento. El espacio onírico en la casa natal concentra dentro del mismo un todo, a los objetos como señas vivientes sujetadas al horizonte de una imagen poética que brinda la noción de interioridad; pero ya no en la casa, sino fuera de ella como fuente etérea de ensoñación, la sensación de habitar en un espacio aéreo propio con su cosmos interior.

Heidegger, ha concebido el espacio ocupado entre el ser y el hombre, encaminado a la existencia. Primero debe aprender, a partir de su propia condición existencial, a morar en sí mismo en términos de “des-alejamiento”, ontología que constituye al ser dentro de un carácter espacial. Entonces, el espacio es el sujeto mismo, como habitante que se da a la

experiencia ensoñadora del cosmos: “ser-en-el-mundo⁶³”. Una impresión primitiva del espacio; la intuición es el tópicus donde el ser-en-el-mundo se lleva a cabo, generando su imagen en condición existencial y continuo des-alejamiento en el instante. La imagen poética es renovada en el instante porque captura la resonancia constante en la continua novedad de un presente onírico para el espacio imaginario y cósmico.

La imagen poética corresponde a una primera descarga intuitiva, al acercamiento subjetivo con los signos recientes de la humanidad, en la medida en que se descubren más los indicios de un valor imperecedero. La casa-onírica, unida con la natal, conserva intactos los valores arquetípicos dentro de una serie de acontecimientos; van tomando protagonismo y, constantemente, la ensoñación los engrana con aspectos inconscientes que se irán aclarando al despertar. Para esto, el soñador ocupa un lugar privilegiado en el nido y, a su vez, el ser habita apartado del mundo. Desde fuera, la casa perdura en el recuerdo como luminosidad transmitida a la ensoñación del alma humana:

“La ensoñación no se limita al contenido presente sino que se dilata hasta reactivar viejas imágenes arquetípicas que le proporcionan una dimensión nueva que rebasa el presente. Lejos de encerrarnos en nuestros estrechos recuerdos individuales, la ensoñación nos remonta a una suerte de recuerdo intemporal, inmemorial, que permite a las realidades inmediatas alcanzar una fenomenología transubjetiva. De manera tal que, el espacio, lejos de aislarnos en el aquí y ahora, incluso con la aureola de nuestras imágenes pasadas, nos da el acceso al ser profundo, liberado de sus encierros y pesadez”.⁶⁴

Este ser intemporal pertenece al instante, al ensueño de quien busca la dicha en el fuego secreto, y el pensar que se aleja de su angustia, otorgados por el hipnotismo del presente. Como la primera vez que se lee un cuento o una novela, se espera con ansiedad y las palabras cobran movimiento al navegar por los inconmensurables mares del lenguaje. El niño y el poeta mantienen su ingenuidad, no en un sentido negativo y radical como la evasión, sino como espontaneidad que contribuye a la dinámica del lenguaje y renueva las percepciones de un contexto en particular asimilado por un lugar cualquiera, un mundo reconstruido desde la raíz íntima que el instante captura; la verdadera fuerza de la imaginación que entrama la realidad a través de la imagen poética: “Para Roupnel, la verdadera realidad del tiempo es el instante; la duración es sólo una construcción, sin ninguna realidad absoluta. Está hecha desde el exterior, por la memoria, fuerza de imaginación por excelencia, que quiere soñar y revivir, pero no comprender”⁶⁵.

La viciosa descripción de los lugares internos en tiempo real pierde su valor íntimo característico, que se oculta bajo su manto imaginario; pero al pretender acabar con ello a tal punto de forzar la imagen en exceso, su chispa inicial extravía su sentido de misticismo y abstracción. El secreto tiene una objetividad parcial, y, en esta vía, siempre está conduciendo a ese eje central en que se funde: espacio imaginario y cósmico. El tiempo del ensueño es real en el instante de un lapso que se prolonga; el destino del tiempo es el instante. En comparación con la duración del tiempo en la realidad, es

⁶³ FERRATER MORA, José. Diccionario filosófico. Tomo I, Buenos Aires: Monte casino, p. 1514.

⁶⁴ WUNENBURGER, Jean-Jacques. Gastón Bachelard y el topografía poética, p.104.

⁶⁵ BACHELARD, Gastón. La intuición del instante. México: Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 23.

relativamente corto, porque ésta, en sí misma, carece de continuidad en sus acontecimientos, mientras que en el instante no hay cabos sueltos y todos sus componentes coexisten en una perfecta armonía. Cada instante de la vida es inconmensurable.

2.2 LA DIALÉCTICA DE LA INTIMIDAD Y LA TOTALIDAD

Cada cuarto de la casa, como sus habitaciones, tienen como función fenomenológica: el ocultamiento y el silencio. Se encuentran otros objetos que proponen la misma función e irradian emanaciones de lo que se guarda, de lo que se oculta, espacios de soledad y oscuridad que la ensoñación se permite invadir con la imaginación: armarios, cajones, bífés, alacenas: llenos de compartimientos que guardan pequeñeces que engrandecen la creación.

Su raíz incita a la conservación pura de la espacialidad, que obedece a una objetividad síquica descendiente de lo onírico; se aloja dentro de cada umbral, en cajones de la imaginación en que se apilan aquellos habitantes inexistentes del rincón, cubiertos detrás del velo tupido del acontecimiento.



Figura 16. La comunidad del armario.

“Los cajones y los armarios tienen una estética de lo oculto... fenomenología de lo oculto. Lo que no tiene forma lo que se imagina antes de lo que se conoce... todos los armarios están llenos”⁶⁶.

Un armario cerrado inspira un estupor en la razón, y rara vez se deja la llave a la mano de cualquiera, precisamente, para proteger “el secreto”; se da un paso al frente de él,

⁶⁶ BACHELARD, La poética del espacio, p. 30.

impulsado por un deseo, que crece en la medida en que las tinieblas y el encierro se apoderan de todo. En el interior del armario las cosas adquieren vida propia, así como reina la incertidumbre en cada una de sus interminables celdas. La luz de una vela interrumpe la curiosidad y el miedo, que disminuyen antes de que invadan, completamente, la razón. Mientras tanto, una invisible fulminación deja una de las puertas entreabiertas. La oscuridad, por un instante, reemplaza la realidad del mundo interior. Los objetos se distribuyen ordenadamente; las sábanas, mediante su blancura, anuncian una sucesión de acontecimientos históricos que se han transformado en un recuerdo sombrío.

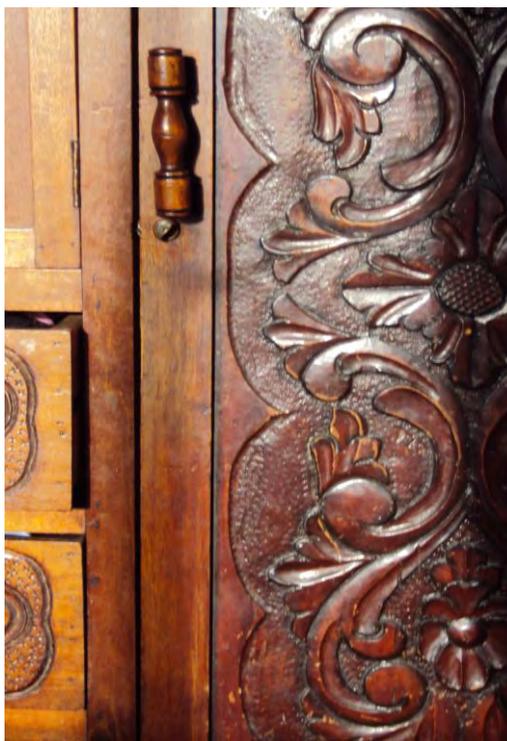


Figura 17. El uno complementado.

“El hombre es una superficie para el hombre.
Todo lo que miro me mira.
En el agua dormida reposa el mundo.
Qué caracol es la palabra rumor.
Estoy solo y por tanto somos cuatro.
Cuando respira la memoria son buenos todos los olores.
Bajo su madera roja el armario es una almendra muy
blanca”⁶⁷. Mallarmé.

Bergson recurre a la figura metafórica del cajón para dar a las categorías filosóficas un sentido lógico; al estar clasificadas dentro de un marco conceptual determinado a través

⁶⁷ BACHELARD, La intuición del instante, p. 118.

de un juicio, correspondiente a un orden universal; por esto, los cajones deben encajar correctamente en su respectivo lugar dentro del armario. Al igual, la llave correcta cuando gira y la cerradura se abre.

Para Bachelard, la descripción que hace Bergson, sobre el armario y sus cajones, utilizándolos como recurso alegórico para entender de qué modo se jerarquizan las ideas mediante la vía del intelecto, se inicia descomponiendo el concepto en sí mismo. Para Bergson, cada armario está compuesto por un sistema de cajones en los cuales se deposita información de una manera ordenada, de tal forma que brinden la información de un determinado conocimiento.

En términos bachelardianos, en cada cajón persiste, además, una dialéctica de la intimidad frente a la totalidad, en la cual existe la imagen viva del ser inmóvil que habita en integridad con la sombra que lo llena completamente cuando el armario está completamente oscuro al cerrar las puertas, en negación con el exterior; sin embargo, aparece ésta como un símbolo de integridad para una existencia inmobiliaria. La disposición vertebral del armario brinda un soporte que ayuda a sustentar los primeros conceptos que van más allá de las fórmulas geométricas.

Aquí, el uso de la metáfora sirve como una figura alusiva, mas no explicativa de la objetividad. La metáfora es una figura donde se recrea el espacio en una dinámica que abarca aspectos más allá de lo geométrico, para adentrarse en sus profundidades y permitir un autorreconocimiento. Dentro del armario, cada individuo es una infinitud de lo inmemorial. Un individuo encerrado en el armario se encuentra con los seres que antes fueron, para reafirmarse en complejidad. El ser desconocido en su complejidad se dirige, por intuición, al fondo del todo y de la intimidad.

A partir del armario-cajón, se puede entender la forma y estructura del concepto, unidos por el valor de la intimidad y teniendo en cuenta la teoría del imaginario en la poesía desarrollada por Bachelard; ésta alude a los primeros indicios del ser, con la existencia de su mundo en una complejidad que los lleva a relacionarse; para ello, estos dos deben permanecer inmersos uno en otro. Sin los cajones, el armario sería una estructura vacía y dejaría de existir. Los cajones lo habitan cual órganos vitales movidos por la fuerza de los elementos. El armario sin sus cajones, un cuerpo sin vida. Los cajones seguirían siendo cajones dentro o fuera del armario, transformándose en nocheros, cofres o baúles, donde se ampara al ser inmóvil fuera del guardarropa en un tránsito hacia una nueva unidad con el exterior.

En el interior del armario anidan, entretejidos, los recuerdos, como el fruto almendrado que surge de las entrañas de la concha. Mientras que las Náyades la bruñen conforme a la magnitud de sus misterios y resuellos.

La cerrazón dispone mejor los conceptos en valores mediante los objetos íntimos, desencadenando el recuerdo como si fuera uno de esos tesoros ocultos en la arena del mar; son aquellos tesoros más queridos guardados en el armario, y la llave fuera de él,

en un lugar secreto. En el ocaso del armario cae dormida la luna llena, para guardar el paisaje de la noche anterior y el cosmos inmóvil que se sumerge en sus profundidades: “Si el poeta cierra el cofrecillo suscita una vida nocturna en la intimidad del mueble”⁶⁸.

El armario aguarda una promesa, cada vez que se cierra o abre sus puertas, invitando a la memoria a encaminarse hacia un paraíso sin días ni noches. Un aroma manifiesta un gesto de unidad familiar, como si de esto dependiera que las etapas se apilen dentro de una misma historia.

“Pero el verdadero armario no es un mueble cotidiano. No se abre todos los días. Lo mismo es un alma que no se confía, la llave no está en la puerta”⁶⁹.

Las funcionalidades del armario son muchas: encarna la figura de la biblioteca en que se archivan recuerdos diversos, clasificándolos por instantes en jerarquía de importancia, de manera especial por categorías de color y forma, de tal modo que una persona, al abrir, se pueda reconocer adentro: “Hay que llegar a la primitividad del refugio. Hay que revivir el dolor que se comprime en los cajones, el dolor está comprimido en el tiempo de nostalgia”⁷⁰. En él, se congregan los principales arquetipos del alma humana. La memoria viaja invisible en los recuerdos que se depositan dentro del ropero para recuperar los años vividos, aquellos días donde alguna vez anidaron, para remitirse de nuevo a aquel rincón que parecía extinto.

Para Bachelard, una versión compacta del armario es la alacena. Una alacena, que permanece abierta, expresa el gesto más generoso e infinito de amor. Los anaqueles abundantes ofrecen, sin reparo, la felicidad como regalo.



Figura 18. Espacio heterogéneo.

⁶⁸ BACHELARD, *op.cit.*, p. 121.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 113.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 64.

“Yo solo, en mis recuerdos de otro siglo, puedo abrir la alacena profunda que conserva todavía, para mí solo, el aroma único del olor de las uvas que se secan sobre el zarzo. ¡El olor de las uvas! Olor límite; para percibirlo hay que imaginar muy a fondo”⁷¹.

Dentro de una alacena o despensa se almacenan los alimentos destinados para el consumo familiar que las madres compran cada fin de semana, por lo general los domingos; ellas decían hacer la remesa (arroz, pan, panela, granos, manteca de puerco, etc.) Van a las plazas de mercado en busca de mejores alimentos a precios asequibles. Luego los transportaban en canastas hasta llegar a salvo y en buen estado hasta la casa. Uno por uno los depositaban en la despensa para que se conserven frescos.

En otros cajones, se colocan utensilios de cocina: ollas de barro, cucharones de madera. Y en otras partes se acumulan secretos culinarios de generaciones pasadas. Estos lugares sirven, en el fondo, para mantener con vida a las futuras generaciones de la familia; son refugios mixtos de conocimientos y valores que se comparten fraternalmente, y, con los cuales, se mantiene encendida la llama de la unión familiar, y donde la sangre crea un enlace o pacto de fidelidad y hermandad con cada uno de sus miembros.

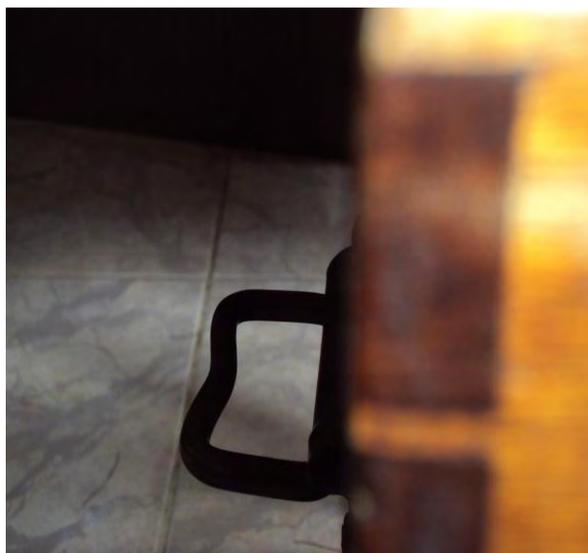


Figura 19. El hermetismo del mundo.

El baúl, es otro objeto íntimo, que actúa de manera independiente en comparación con el conjunto sistemático del armario y sus cajones. Derivado o parte de una especie híbrida en la que se sintetizan mucho más los valores y el concepto revive su esencia como refugio primitivo que fecunda el germen de la vida humana que comunica un estado pre-perceptivo de la imaginación. Predispuesto a la voluntad de viajar por mundos ideales. Sueña con una llave arcaica cuyo giro despierta los fantasmas encerrados hace muchos

⁷¹ *Ibid.*, p. 44.

años. El giro de la llave traslada a otro lugar en el universo; se intercambian tiempos y espacios en cada abrir y cerrar la tapa, que cubre lo que hay en su interior; cuando se levanta, la oscuridad se dispersa en el mundo exterior.

Lo íntimo se hace patente mientras el mundo cobra vida en medio del caos, para unirse en una amalgama de imágenes. El ser agazapado sueña, las cosas a su alrededor lo acompañan, manteniendo al mundo a puerta cerrada, replegándose. El poder humano abre y cierra el baúl, dando permiso al instante para que se dinamice dentro del baúl: “En el cofrecillo se encuentran las casas inolvidables, para nosotros y también para aquellos a quienes tejaremos nuestros tesoros. El pasado, el presente y un porvenir se hallan condesados allí. Y así, el cofrecillo es la memoria de lo inmemorial”⁷².

La intimidad del baúl cerrado se puede imaginar en las cosas del adentro, que en su generalidad son pequeñas. El hermetismo, en este caso, es positivo ya que en el baúl las cosas se conservan como nuevas, en esencia, aunque no lo estén en apariencia porque sobreviven sus valores más íntimos. La dialéctica, entre mundos que se acercan, se concilia en armonía, cuando un cofre se abre. El soñador miniaturizado traspasa a través del ojo de la cerradura; una vez dentro, las cosas adquieren dimensiones gigantescas, pequeños detalles se concentran en significados complejos, mezclando sentimientos adversos en su interior.

“Lo de afuera queda borrado de una vez y todo es novedad, sorpresa, desconocido lo de afuera ya no significa nada. E incluso, suprema paradoja, las dimensiones del volumen ya no tienen sentido porque acaba de abrirse a otra dimensión: la dimensión de la intimidad.”⁷³.

Las sombras dentro del baúl toman el lugar real de la inmensidad propia del universo. Diferencia radical entre imagen y metáfora, cajones y cofres son los escondites solitarios donde el hombre soñador de cerraduras encierra o disimula sus secretos; la imagen es una obra consciente de la imaginación con la que recibe al ser. En cuanto a la metáfora, actúa de forma relativa; de ello depende, en gran medida, el aspecto síquico que está directamente vinculado a la construcción inmediata de la imagen. Por ejemplo, cuando se piensa en un cajón o en un baúl, lo primero que viene a la mente son las cosas que se guardan dentro y sus olores, que llevan a conmemorar un aspecto íntimo de la personalidad. El baúl aparece como escondite ideal, en el cual se depositan secretos que prolongan una pequeña esperanza en el futuro, actúan las imágenes como tesoros adheridos a un valor fenomenológico y ontológico debido a que este ser, que habita dentro de un baúl o cofre, se renueva gracias a la apertura del instante.

En el sueño cada punto representa el conjunto de instantes de la vida del ser humano: nostalgia, tristeza, oscuridad, cariño, sorpresa, amor y miedo, y muchas otras que

⁷² BACHELARD, La poética del espacio, p.119.

⁷³ *Ibid.*, p. 120.

resultan incalculables e insuficientes para determinar cuál será el no límite de la imaginación.

La imaginación registra los recuerdos que se han mantenido escondidos en la memoria, ya que todo lo tiene regulado y clasificado por categorías y conceptos previamente establecidos. La imaginación crea una extensión de lugares y objetos que atraen una energía síquica muy poderosa, relacionada con la intimidad del soñar, que brinda un pensamiento renovado de las leyes evolutivas sobre el origen del universo.

El poeta no habla con fórmulas geométricas endurecidas y resacas. El poeta habla a través de la metáfora viva, se preocupa por alimentar al ser parlante y de una lágrima crear un vasto universo de soledad que se puede recorrer con facilidad. De repente y sin ningún percance, la imagen y el sueño cambian discontinuamente el estado de ánimo, arriba abajo, dentro o fuera. Por siempre los cajones protegen las joyas poéticas del ser, tan profundo y complejo, lleno de secretos y contrariedades. Se recurre a su imagen viva en cuerpo y llena de luz y tranquilidad al alma.

“El que entierra un tesoro se entierra con él. El secreto es una tumba y es por algo que el hombre discreto se jacta de ser una tumba para los secretos que se le confían”⁷⁴.

El secreto es el hombre mismo que busca la intimidad del escondite. El cofre es una tumba. El tesoro, cuando no ha sido revelado, se queda enterrado consigo en la tumba. Al develar los secretos serán los verdugos. El baúl es un ser mixto que toma como modelo la intimidad objetiva: “El cofre, sobre todo el cofrecillo, del que uno se apropia con más entero dominio, son objetos que se abren. Cuando el cofrecillo se cierra vuelve a la comunidad de los objetos; ocupa su lugar en el espacio exterior; pero ¡se abre! Entonces, este objeto que se abre es, como diría un filósofo matemático, la primera diferencial del descubrimiento... Pero en el instante en que el cofrecillo se abre, acaba la dialéctica”⁷⁵.

“El bastón, las monedas, el llavero,
La dócil cerradura, las tardías
Notas que no leerán los pocos días
Que me quedan, los naipes y el tablero,
Un libro y en sus páginas la ajada
Violeta, monumento de una tarde inolvidable y ya olvidada,
El rojo espejo occidental en que arde
Una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,
Limas umbrales, atlas, copas, clavos,
Nos sirven como tácitos esclavos,
Ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
No sabrán nunca que nos hemos ido”⁷⁶.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 123.

⁷⁵ *Ibid.*, p.119.

⁷⁶ BORGES, Jorge Luis. Poesía completa. Madrid: Editorial Alianza, 1975, p. 331.

2.3 EL ESPACIO ONÍRICO

El topoanálisis se especializa en un estudio fenomenológico que se aparta de las nociones de espacialidad convencionales, cuyos esquemas impiden ver la objetividad de dichas experiencias ensoñadoras, y se reducen, así, a una simple descripción superficial. Entonces, su objeto primordial es analizar el espacio desde una perspectiva onírica a partir de la imagen poética en donde recobra su valor arcaico.

El espacio habitado por la imaginación genera una dialéctica de expansión y concentración que sobrepasa determinadas leyes geométricas. La raíz del mencionado espacio onírico y, a la vez, poético, desencadena una imagen moldeada a su voluntad. La imagen poética actúa como el germen impulsador hacia la voluntad creadora que renueva: tanto símbolo como lenguaje.

El espacio onírico es esencialmente aéreo, cuya experiencia de habitar se encamina hacia la expansión. Dentro –fuera, manifiestan dos tendencias imaginarias influyentes en futuras estancias síquicas, ya que el exceso de aislamiento produce un estado de angustia a nivel síquico, que impulsa el lanzamiento completo del ser hacia el exterior con el riesgo de caer.

Los espacios oníricos generan dos tipos de ensoñación: una toma a la voluntad como impulso al exterior, y otra por la conservación del espacio feliz en el reposo. La primera ofrece cumplir un deseo de habitar, pasar a otro lugar, un sendero que quiere transmutarse en vuelo, que atraviesa senderos para consolidar el paso a la trascendencia uránica. Por otra parte, el reposo invierte el deseo de conservar ese bienestar que alberga una primera morada, ofreciendo al soñador un conjunto de imágenes poéticas generadoras de múltiples espacios oníricos. Un doble topoanálisis interior de reposos y exterior ejercido por la voluntad imaginaria, pasiva y activa, donde alma y espíritu fabrican refugios aptos para la ensoñación.

El anterior topoanálisis se complementa con otro: el exteriorista que ofrece, al refugio simétrico, un minucioso recorrido por distintos paisajes ensoñadores, que la imaginación se encarga de dirigir por campiñas y sierras. El soñador recorre espacios imaginarios, geografías lejanas y espacios de concentración que representan aquellos centros de inmovilidad para el ser, que lentamente van tomando connotaciones y direcciones de evasión.

A fin de cuentas entre el espacio soñado y el espacio geométrico existen diferencias y aspectos que los unifican; su distinción está en la percepción de la imagen que tienen por separado: el espacio concebido por el poeta induce a la imagen desde el punto de vista de su intimidad, donde se depositan los signos y, a la vez, se alcanzan direcciones inimaginables que trascienden al lenguaje poético en su propia renovación. El espacio geométrico, en cambio, combate con las proyecciones de las imágenes para dar lugar a una matematización de las cosas.

Pero, también, se unen bajo la mirada del hombre cuando sueña con adherirse al mundo haciendo de la palabra poética un lecho para alcanzar la felicidad de su ser. Los espacios del adentro y del afuera se reflejan mutuamente, en el mismo espejo imaginario en el que los dos espacios llegan a entrecruzarse e intercambiar el sentido de ambos, para volver al descendimiento íntimo de los retratos inmemoriales: Volver a su casa es como entrar en sí mismo. El en sí se reconoce por dentro, la habitación cumple la función de unificar lo interior con el mundo y esto permite que todo lo que existe en ella sea percibido desde afuera. “Un ser vivo llena un refugio vacío y las imágenes habitan”⁷⁷.

Esta relación interior y exterior establece una paradoja ambivalente. Por una parte, la poética interiorista se mantiene bien arraigada al orden de las cosas, las materias elementales y de sus composiciones, transformadas en obras de arte; sueñan en medio de sus estructuras.

La esencia poética la emite el fuego, y su luz engendra vida, al igual que las imágenes que irradia una lámpara de gasolina, que emite más puras y ensoñadoras imágenes poéticas que el bombillo. Los gestos de mecanismos industriales suministran lugares y objetos carentes de misterio y encanto; por ello, Bachelard añora la confección de los antiguos territorios para la ensoñación, que la modernidad ha suplantado por universos despoetizados. Con esto se puede mostrar que la ensoñación presenta a la imagen como materia que potencia a la poesía.



Figura 20. La casa que desborda su techo.

⁷⁷ BACHELARD, La poética del espacio, p. 175.

Por su parte, el imaginario poético del espacio se vincula a las cuatro hormonas poéticas de la imaginación. Para Gastón Bachelard, el espacio onírico está en todas y en ninguna parte. En el menor de los rincones o superficie en la naturaleza, la imaginación puede volar y ser libre. El ser soñador enriquece al mundo, la palabra crea un puente aéreo, una vía de comunicación que une con una entidad del exterior. Por cada palabra, muchas almas la habitan; el espíritu alcanza los ejes de lo irreal. Lo poético es inherente, como una propiedad de las cosas, al igual que el lenguaje y las imágenes. La riqueza del mundo proviene de su acción fecundadora y del soñador constructor del espacio onírico y del mundo poético.

Agradeciendo a la ensoñación transformadora, que alienta la creación de imágenes literarias en vías de formación, mundos pequeños engrandecidos por la carne de las palabras, allí está presente el soñador que se adueña realmente del espacio. Lejos de poder repartirse en espacio objetivo y espacio subjetivo, el espacio soñador explorado por el poeta en la cúspide de su ensoñación cósmica conforma una dimensión cosmológica con las palabras, su topografía múltiple, sus variaciones diferenciales, sin reducirlas jamás a sus propiedades primarias. Lo propio de la ensoñación poética, de la alianza de la mirada con las palabras, es, precisamente, superar las oposiciones yertas, conciliar los contrarios, hacer pasar de lo pequeño a lo grande, de lo lejano a lo cercano, de lo exterior a lo interior, y recíprocamente.

“La casa conquista su parte de cielo. Tienen todo el cielo como terraza”¹.

La ensoñación, por la magia del lenguaje, ha mostrado, además de sintetizar y sincretizar al permitir que el exterior retorne al origen interior, y éste, a su vez, se exteriorice más allá del afuera. Además, un sincretismo permanece en el interior de la imagen, y el intercambio entre un lenguaje y otro permite así captar las riquezas polarizadas del espacio-tiempo, que reconcilia y fluidifica las propiedades separadas por la geometría o las líneas de sucesión. A través de la poética, el mundo se vuelve verdaderamente de propiedad íntima, poniendo al descubierto la intimidad frente al inmenso espejo del mundo. Sólo las palabras tienen ese poder de desplazamiento espacial hacia un cosmos, y contribuyen, a la vez, a la creación de un mundo propio, y que pertenece de manera parcial.

El poeta vive la inversión de la perspectiva del adentro y del afuera, se abre con confianza al mundo soñado, sumergido en un estado de inmensidad pura. El ser de doble existencia conforma al ser cosmológico, que reacciona ante sus ensoñaciones e incrementa la grandeza del ser que se comunica inmediatamente con otros mundos y desencadena una reacción onírica con el mundo, acercando los lazos que los unen y van más allá del significado que los separa de sus soledades y grandezas.

La respiración es un ejercicio recíproco, una doble ensoñación de la imagen cósmica que origina el fenómeno resonante, y expresa su causa expandida. La respiración corresponde a una actividad habitual desempeñada por un ser cósmico, el yo soñador

con el mundo: “El poeta escucha y repite; la voz del poeta es la voz del mundo”⁷⁸. La ensoñación enseña cómo respirar al mundo entero, anhelando con fervor el poder expresarse, con el deseo ferviente que todavía no se ve. La imaginación, sin descanso, va reuniendo las partes de un mismo recuerdo al todo. El universo es doblemente creado, primero por la voz del poeta que se abre al lector del futuro y a nuevas imágenes de ensoñaciones; genera un sutil encanto estelar que hace del alma una sustancia cósmica que se mueve alrededor del soñador que origina, a través de la imagen, un arquetipo en que se unen todas las ambigüedades y dramas síquicos del soñador.

Soñador y poeta crean un espacio onírico que los unifica; así mismo ocurre con las nociones entre casa y universo, igualmente exteriorizadas por el universo poético; una parte del no-yo se muestra en su estado de exégesis, en medio de las palabras que se dilatan para conformar una sustancia flotante que conduce a regiones desconocidas del alma y que pueden expandir la visión del mundo. De esta manera, el espacio de la poesía ofrece una verdadera vía de acceso que conlleva un estudio ontogénico muy amplio del ser miniturizado.

Siguiendo con esta doble explicación sobre las relaciones del espacio dentro-fuera, ¿los objetos son centros de ensueño? En el siguiente fragmento se explica como el topoanálisis está directamente ligado a los ensueños que se tienen de los objetos, como verdaderos centros magnéticos atrayentes de impulsos interiores y exteriores. Los objetos, como ellos mismos se nombran, ayudan a introducirse en las esferas cósmicas, donde emerge la idea de estar dentro-fuera de un mismo espacio vital; impulsan a un estado de ensueño tan profundo que toca las fibras mismas del alma.

En síntesis, el espacio onírico puede surgir a partir de una experiencia en la intimidad y las evasiones de la imaginación. Primero, el espacio que se crea por un movimiento de condensación, “el espacio onírico tiene siempre un coeficiente central”⁷⁹: “Un espacio que pierde sus horizontes, que se encoge, que se hace redondo y que se envuelve, es un espacio que se confía en la fuerza de su central. Encierra normalmente los sueños y símbolos que marcan esa concentración, que se deben interpretar en función misma de su centralización progresiva”⁸⁰. La fenomenología del imaginario estudia aquellas imágenes protegidas por un núcleo de sueño, al cual se adhiere y comprime todo su alrededor y encoge el universo en un centro de inmovilidad. Como una cáscara de nuez, el universo se acoge por entero como soporte viviente para todas las formas que contienen diferentes ciclos y manifiesta en ello su instinto de condensación, remitido al mismo eje móvil donde se ejercen los principios rotatorios del ser: “El ser es por turnos condensación que se dispersa estallando y dispersión que refluye hacia un centro”⁸¹.

⁷⁸ BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 283.

⁷⁹ BACHELARD, Gastón. El derecho de soñar. Madrid: Fondo de cultura Económica, 1997, p. 198.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 200.

⁸¹ *Ibid.*, p. 256.

Segundo, el espacio brota como una difusión vectorial proveniente de la imaginación que hace que el espacio en los sueños crezca en el nivel de sus dimensiones, que crecen en cuerpo y alma. Es necesario, entonces, enderezarse como el sendero que abre distintas direcciones para que, al fin, permitan que el ser miniaturizado abandone al rincón sombrío: “Si se sueña con una dimensión, la dimensión crece; las dimensiones enroscadas se enderezan. En lugar de espirales, he aquí flechas con puntas de agresividad... En lugar de un espacio redondeado, he aquí un espacio de direcciones queridas, con ejes de agresión... Son ya sueños de voluntad, esquemas de voluntad”⁸².

En esta tendencia, se observa, como el espacio en la imaginación se expande y se abre en multiplicidad de líneas dinámicas. La ensoñación restablece una actividad del pasado que se hace presente mediante el doble movimiento que obtiene la expresión más descomunal que la intimidad desde su profundidad y extensión pueda alcanzar, para así constituir un intercambio espacial entre núcleo e inmensidad, en que viene siendo la casa un centro o núcleo del cosmos, cuyos dinamismos se repliegan en curva o se despliegan en líneas de horizonte; entre una y otra tendencia se resumen en una dialéctica entre la curva caliente y la línea fría.

“El presente virgen, vivo y bello”⁸³.

La intimidad, en realidad, se acomoda bien en todas partes, en unos lugares más que en otros, como en los objetos de ensueño, pero el espacio ensoñador llama al exterior, donde el ser está en movimiento; a estos lugares se viaja para vivir fuera del albergue donde ha reposado el ser inconsciente. Viviendo en un espacio vacío, el andariego descubre, en cada viaje se ofrece la intimidad del espacio, grandes valores de inmensidad. La intención del toponálisis se resume en examinar: “imágenes muy sencillas, las imágenes del espacio feliz”⁸⁴. Y se dirige al engrandecimiento de los espacios de sosiego y reposo, los lugares del ensueño dichoso, que concentran valores de intimidad. Lugares humildes que trascienden de la simple anécdota personal y que a través de aquellas imágenes poéticas renazcan los ensueños de habitar.

Estos espacios de la ensoñación son intensamente valorizados en la psique y cargados de resonancias sentimentales y nostálgicas. Espacios amados y ensalzados por los recuerdos de una existencia solitaria y dichosa. La casa de la infancia, las chozas, las cabañas, las madrigueras, los rincones, los nidos, son imágenes predilectas para la imaginación. Las ensoñaciones del espacio feliz quizá sean innatas para el hombre, pues le revelan instintos de protección fuertemente arraigados.

Sobre la tierra, se alza un extenso pasto, yacen los recuerdos infantiles; se pensaba que jugar era más importante en la vida que ir a la escuela. Los hijos de los vecinos salían a jugar en el potrero y en este había una loma. Cada miembro de la familia traía una caja

⁸² *Ibid.*, p. 201.

⁸³ BACHELARD, La intuición del instante, p. 11.

⁸⁴ BACHELARD, La poética del espacio, p. 27.

de cartón o bien una tabla de madera que ya no usaban en casa. Se escogía al mayor o el más fuerte del grupo para que fuera el piloto; antes la tabla la frotaban en el pasto seco para que resbalara mejor. Después, todos ayudaban a tenderla sobre la punta de la cumbre, tomaba un corto impulso para que la tabla se deslizara por la loma. ¡Ya!, gritaba el conductor, cuando sabía el momento oportuno para que los pasajeros se subieran antes de que la pendiente se acabe. El grupo ganador era el que llevaba el mayor número de pasajeros a bordo, al finalizar el recorrido.

Todos reían cuando los niños rodaban y tampoco importan los moretones en las piernas y tampoco los raspones y las quemaduras. Pero, al final, todos saltaban de felicidad, al revivir el magullado triunfo.

Mientras los niños caen en la hierba como fichas de dominó, para descansar los ojos se concentraban en la inmensidad del cielo despejado de la tarde. Cada uno escogía una nube, para formar la mayor cantidad de animales, personas o cosas. En la niñez se descubren muchas cosas del mundo sin temor, las nubes son tan elásticas que pueden llegar a ser cualquier cosa.

En este caso, el agua real no hace falta sino que la imaginación aquí cumple la labor lubricante del agua, se prueba a que sabe mentalmente, tal vez sepa tan rico como marmelos de azúcar. De las nubes sale una manada de briosos unicornios que cabalgan hacia el paraíso imaginario de la eternidad. El soplar del viento es el cómplice efímero para que las figuras de espuma desaparezcan hacia el ancho infinito del cielo. Una a una las gotas chocan contra la tierra, se compara con el sonido de la comida al contacto con el aceite caliente. Este ensueño vegetal continúa...

Un sueño anima a la confianza, barre la esquina en el cielo borroso, para vislumbrar el misterio que existe detrás de las nubes con las montañas; sirve como escenario para el encuentro entre los dioses del cielo y de la tierra que, al mismo tiempo, comparten un dinamismo en que sus polaridades se unen en un solo trayecto de ascensión, como la raíz y las ramas comparten el mismo árbol a pesar de hallarse relativamente separadas una de las otras.

Los ojos se abren, el vuelo conquista el mundo; es imposible quedarse totalmente inmóvil porque la imaginación no descansa, al menos cuando el cuerpo está fuera de sí. El espectáculo de una imagen natural se ofrece mientras el alma viaja; las ensoñaciones al interior de la casa natal conducen a un lugar que parece muy lejano. Entrando a la profundidad de sí mismo, el soñador anhela volver en sí para poder transformarse en ave y contemplar totalmente el espacio amado desde algún rincón.

Las aves gozan de una constitución liviana para, durante el vuelo, lograr fusionarse con el viento; de esta manera se hacen sagaces y ágiles, y, por lo tanto, difíciles de atrapar porque rápidamente desaparecen en el aire. La visión de las aves es panorámica y les permite tener una envidiable perspectiva, que les sirve para cazar con efectividad su presa. Su cuerpo recubierto de plumas, batiendo sus alas con fuerza, abre una brecha

invisible en el horizonte, al igual que los peces irrumpen por el mar abierto incrustándose como la punta de una lanza que abre una herida al firmamento.

La copa del árbol cósmico se puede imaginar trepada para ver a la pájara calentando huevecillos debajo de su plumaje. Ramas y hojas dispersan nubes como si fueran un montón de arena para elevar sobre umbrales castillos aéreos. La casa natal comparte un antiguo destino con lo subterráneo y misterioso del alma humana, contemplada por la visión del ensueño, que prolonga las acciones de la voluntad universal, transforma el sendero de la realidad, y participan de manera activa y conjunta alma y espíritu e integran entidades cósmicas. La imagen sintetiza el espacio onírico con el mundo y la poesía, y evoca su presencia invisible, que contrasta con las cosas que aparecen para conformarse en el exterior. Las mieles de la ensoñación vegetal resumen el proceso vital del árbol del conocimiento, conductor de savias puras y elaboradas, sustrato verde que libera su energía transmitida por todo el organismo unicelular. El tronco es un órgano especializado en separación y doblaje de sustancias que, al final, se sintetizan para generar la prolongación de la población vegetal, fuente de energía en sentido interno y externo. Por otro lado, los árboles generosos han brindado un refugio ideal para las otras especies animales en épocas de invierno, además de ello obteniendo con facilidad los frutos necesarios para su alimentación. Los seres, tanto animales como humanos y, la naturaleza en general, renueva su espíritu esencial y vital.

La fuerza de la vida visible e invisible la comandan partículas atómicas cuya energía irradia el constante movimiento de poder antagónico, que provoca un cambio a la materia en general o, en este caso, al espacio ideal, un hogar de tantos seres que buscan seguridad física o espiritual, como madriguera o nidos perfectos y, a la vez, poco dispuestos, solo para seres liliputienses que pueden acurrucarse dentro para sentirse felices, con el calor acumulado de tantas especies vivas, integradas tanto la copa como el desván; la raíz como el sótano, cohabitando dentro del mismo hábitat.

Los poetas se concentran en el eje vertical de su fenomenología en la casa cósmica; el poeta es un fenomenólogo innato al evocar un territorio de ensueños íntimos en la casa natal, para comprender mejor el significado existencial de habitar en el mundo. La conciencia del soñador es impulsada por una voluntad, un deseo creador y que, a través del fuego, cobra vida por la verticalidad humana. Una voluntad creadora no quema, ni destruye. Su luz atraviesa y atrae intensamente la esencia viva y la materia inerte de los objetos. La intuición humana es una chispa que cuando se activa provoca una explosión para la vida o para la muerte. El fuego reductor transforma todo lo que toca a su paso. La espontaneidad es una cualidad de la chispa; el Yo es impredecible y devastador; como el fuego en movimiento, parece correr más rápido que el agua. La llama de una vela permanece tranquila cuando está en calma y reposo, hasta que alguien la toca con uno de sus dedos para desafiarla; se siente dolor cuando la llama deja una marca en la piel como una lección de supervivencia. Todo objeto que ha pasado por el fuego tiene dos caminos: transformarse o desaparecer, hierro o ceniza, esperma que se desliza, causante de una reacción de combustión en cadena.

De muchas maneras, los poetas resurgen de la imagen, experimentan todo su dinamismo interior, se comprimen a sí mismos y expanden su visión fenomenológica que expresa lo vivo en todas sus formas materiales e inmateriales. Los poetas son fenomenólogos por naturaleza al sumergirse en las complejidades de su alma, que la transforman en un centro vertical o columna vertebral encaminada hacia una felicidad parcial. Navegando, indagan en los simples detalles que resultan más significativos para establecer un imaginario renovado del mundo. De la imagen nace el fenómeno que antecede al cosmos, sujeto que imagina y sueña con el mundo en pleno movimiento. De regreso a la vida, en la primera morada que en la ensoñación trasciende de la percepción del objeto o simplemente lo que una imagen ha preestablecido en una impresión de estar en un lugar en particular, se repite una y otra vez. Los objetos de ensueño rebasan en magnitudes de intimidad, al trascender de la intuición pura bajo un mismo entendimiento, como se han dispuesto los fenómenos en el espacio, en la medida en que la noción de imaginación en sí misma se ha establecido en una relación íntima con la fantasía. William James hace una referencia sobre cómo las funciones de la imaginación influyen directamente en la construcción del mundo real, que se trasladan gracias a las acciones de la imaginación cósmica: "Nuestra hipótesis es un imaginar que concibe a la realidad última que todo lo abarca como realidad que ella misma imagina. . . El imaginar de la imagen cósmica es el hacer la realidad misma imaginada. Por ser la cosa imaginada, 'es lo que es'; y de ello emerge cualquier cosa y según ello todo puede ser concebido"⁸⁵. Rememorar la realidad de la casa natal, como si se tratara de una imaginaria casa-onírica y, a partir de esas dos, edificar una casa cósmica que la imaginación del soñador se encarga de edificar. Es necesario destacar los aspectos más simples en los que la imaginación motiva para la creación de un universo renovado: "El imaginario del espacio conoce en efecto otra dirección señalada por la llamada del afuera, de la campiña, de la naturaleza, del cosmos entero"⁸⁶. Gastón Bachelard enfatiza a la casa como el espacio propicio para el surgimiento de las imágenes poéticas enlazadas con el mundo imaginario de la ensoñación, a diferencia de la concepción de la estética trascendental kantiana, en la cual el espacio resulta impensable sin un devenir objetivo en el tiempo. Imaginar un cosmos para el soñador representa crear su propio destino natural, que sería de ensoñación. La casa onírica retorna a la concepción misma del arquetipo siguiendo las perspectivas cósmicas, se unen ambas a pesar de estar muy lejos: "La imagen cósmica es inmediata. Nos da el todo antes que las partes. En su exuberancia, cree que dice el todo del Todo"⁸⁷.

El soñador construye una casa en el aire para morar en su propia alma; la casa voladora le ha servido como centro de instalación para dioses etéreos que tienen su estancia en el cielo. Volando, piensa en todo lo maravilloso que puede estar ocurriendo a su alrededor; cuando imagina, el alma se escapa por un momento del cuerpo para recorrer el universo entero.

⁸⁵ FERRATER MORA, Diccionario filosófico, p. 914.

⁸⁶ BACHELARD, *op. cit.*, p. 150.

⁸⁷ BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 262.

Abandona al cuerpo para navegar el cielo inmenso dentro del alma. Afuera, se vuelve invisible para transformar su propio microcosmos. La casa natal y cósmica conforman un solo eje horizontal y vertical, que perfecciona el orden cosmológico de adentro hacia afuera, donde reinan las leyes del caos que separa las partículas que componen al todo, cuando los objetos están presentes dentro, el mundo desde su lejanía, más se acerca a la totalidad de su extensión; cuando se está más lejos, en innumerables ocasiones es atraído hacia ella. O sea que la imagen reproduce una impresión del objeto, más allá de la memoria; allí, entonces, el objeto se acerca a su verdadera realidad más allá del objeto mismo que se refleja dos veces a través del mismo espejo. Una imagen poética libera al objeto de su geometrización, lo hace traspasar el límite espacial habitual, un alma que se extiende más allá del cuerpo para abrirse hacia un campo limitado: "En sus mil alvéolos el espacio conserva tiempo comprimido"⁸⁸.

Para Kant, el espacio: "Es una forma a priori de la sensibilidad"⁸⁹, que sirve de "fundamento a todas las intuiciones externas"⁹⁰, que todavía no han sido representadas por un objeto- sujeto que hace parte de la realidad. Entonces, el espacio onírico conserva por la imaginación ese estado puro anterior a su representación objetiva, ocupando su sitio privilegiado en el exterior. Esta idea comunica su naturaleza íntima a medida que el soñador abandona su posición en el presente; a través de la ensoñación, los recuerdos vuelven a ser vividos más allá de la memoria, y el alma logra su trascendencia fuera de los límites físicos. En terrenos fértiles de la ensoñación cósmica, el inconsciente reverbera sus impulsos como una llama que se propaga por acción voluntaria y creadora del hombre: "Recibimos, pues, una experiencia del mundo gracias a la cosmicidad de una imagen; la ensoñación cósmica nos hace habitar en un mundo. Aquella cosmicidad le da al soñador la impresión de estar en su casa en el universo imaginado. El mundo imaginado nos ofrece una casa en expansión, el envés del hogar que representa el cuarto"⁹¹.

El habitar por naturaleza se halla constantemente replegado en el aire para retomar los ecos que le traen evocaciones y recuerdos, que rondan hacia un centro sincrético donde la casa ofrece un punto de equilibrio para el cual se sostiene cielo y tierra, donde la casa se sitúa en medio de los dos para albergar el tesoro de sus fuerzas.

Lo imaginario forja el germen del pensamiento poético, que tiene como eje vertical a la casa, y ésta, a su vez, se encuentra inmersa en el alma para darle un sentido profundo al pensamiento humano con respecto del cosmos, lejos de las nociones físicas respecto al espacio – tiempo, donde varias sendas se entrelazan en varias direcciones que conducen de nuevo a lugares recónditos, donde se reúnen las instancias del Yo y tienen o no un tiempo en el pasado, presente y futuro. Lo inmemorial sintetiza a estos tres, los comprime, los mezcla y despliega la materia temporal. La imagen de la casa onírica es intemporal con respecto a la imagen de la casa natal, porque ya hace parte de un ensueño

⁸⁸ BACHELARD, La poética del espacio, p. 38.

⁸⁹ KANT, Emanuel. Crítica de la razón pura. Tomo 1, Barcelona: Orbis, 1984, p. 113.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 115.

⁹¹ BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 266.

poético, en el cual todo el ser resuena cuando vuelve a verse en ella ya no como un recuerdo sino como un impulso de seguir viviendo. En el ensueño, el pasado se efectúa, y vive para el presente. Bajo las formas intuitivas de la poesía, la imagen devela su verdadera naturaleza creadora y en su transcurso amplía las dimensiones de su inspiración hacia la casa natal como producto etéreo de la ensoñación.

El tema fundamental de la poética del espacio está lleno de imágenes que van haciendo parte de una cosmovisión poética, inspirada por un ser que habita en el rincón para estar consigo mismo, pensando en cómo sería estar ausente de su propio hogar físico. Para la ensoñación una imagen da un espacio para que el alma se refugie en una realidad virtual equivalente a la totalidad espacial, más allá de un plano físico.

La casa hace parte de un nudo para el tejido cósmico, que estructura una poderosa integración física, mental y espiritual. Un auténtico “microcosmos”, que se renueva a la par con el universo de la casa, fabrica y hace realidad a los sueños con sus soñadores, que se encuentran ubicados en el cielo para observar las maravillas de la tierra. En este sentido, Bachelard destaca el valor de la imaginación que potencia el desarrollo del fenómeno puro encarnado por la poesía y reconstruye un ámbito desconocido del espacio. En la poética del espacio, Bachelard hace un recorrido por aquellas imágenes inolvidables de la poesía francesa que le recuerdan mucho a su infancia vivida en el campo. Dedicada cada una de sus disertaciones a añorar la forma primitiva de vida en su pueblo natal; desanda las huellas dejadas en el pasado, llevando a cabo un deseo de retornar a su lugar de origen. La casa natal se compara con un cuerpo sonoro que vela por el ascenso espiritual; rastreando los pasos del poeta aumenta su voluntad de imaginar surgida en el instante presente.

El poeta designa la casa onírica como el lugar propicio para evocar aquellos recuerdos de infancia, abismándose en un sueño de vuelo hacia sí mismo. Su alma se escapa de la pluma al impregnarse sobre el papel; al secarse deja su huella impresa e invisible eternamente. Simultáneamente soñando y volando, el poeta, en el papel, recompone un nuevo estado celeste y terrestre, a punta de tinta deja su corazón y la pluma conduce la huella. Sobre cielo, mar o tierra, el universo entero vive en cada línea escrita sobre el papel, como si se estuviera pintando lo que sucede en aquel paisaje. El mundo es un espejo en el cual se recuerda para seguir viviendo; los deseos creadores del poeta primero se imaginan en el firmamento del horizonte que sobrevendrá sobre la faz de la tierra.

En el ensueño las almas trascienden los límites de la oscuridad para reunirse durante las noches silenciosas, cuando la tierra fértil seduce y la luna se baña en las lagunas todas las noches; serena se viste de plata, que destaca aún más su forma redonda sobre el cielo empantanado. Los dos mundos se abrazan protegiéndose uno al otro, como los amantes que se admiran intercambiando buenos deseos. Satélite navegador en el cielo, enfoca al mundo con su incomparable luz que guía para llegar hasta el jardín del Edén donde está sembrado el árbol primitivo, rodeado de ese mundo de ensoñación, donde las almas viajan sin escalas a los rincones más inhóspitos del planeta. Debe desarrollar al igual

que el pájaro en una rápida intuición que le permita reaccionar; sin tener miedo a una eventual caída, esquivo cada obstáculo que se interpone y requiere de una gran habilidad y pericia para desafiar cada uno de ellos.

La casa sintetiza el poder imaginario de sus cuatro hormonas, cuyas fuerzas trabajan juntas para completar un armónico ciclo vital que se mueve al ritmo del cosmos entero. Se consolidan ensoñaciones cósmicas, cuyo centro casa-cósmica se extiende como una esencia pura que se renueva. Un ser miniaturizado se proyecta a través de la casa natal como la fuente de energía vital que anima al ser en su totalidad; el alma se materializa en la imagen poética, donde soñador y poeta han sintetizado una voluntad transformadora que aspira a reunirse con un poder exteriorista que brinda un sueño de vuelo.

El aire concentra los valores del alma animados por un ensueño cósmico, que brinda una casa mecida por la corriente del viento hasta que, poco a poco, va tomando la forma de torbellino. Agua y fuego permiten dinamizar y transformar la materia en fuentes de energía sintética que involucran al cielo con la tierra creando una doble polaridad entre intimidad e inmensidad; interiorización y exteriorización. Introversión – extroversión promoviendo una relación entre ser y universo congregados por una misma centralidad: la casa árbol que proviene de una relación mítica del ser con el origen del cosmos, encerrando el misterio de la vida en doble polaridad: ascendente y descendente, que conforman al tronco como su matriz, donde se gesta una nueva sustancia que revitaliza.

En los sueños se la vive con una doble intensidad; en el aire o en la voz revive cada uno de los suspiros, se toma aire para seguir hablando plácidamente de ella. Las expresiones en el rostro de ambos se transforman y el corazón explota de felicidad. Se han transportado hacia ese lugar imaginario, esa felicidad comunicada al otro mientras éste, al escuchar, también se conmueve uniéndose los dos en un mismo deseo. La casa natal, raíz de la infancia, que los poetas han sabido venerar y transmitir como lo hace Bachelard de su París natal, con su felicidad tan fresca como el viento; se acerca cada vez más a su próximo ensueño, donde aumenta en extensiones astronómicas y creadoras con el mundo, partiendo de un mismo núcleo fundamental, cuyo espacio está comprendido por la casa, en la cual se ajusta perfectamente la poesía como una expresión de un cosmos en expansión.

La casa personifica al ser constructor de su propio universo de ensueño, consciente de que al estar afuera ya es parte activa de la inmensidad cósmica y que su espíritu ha trascendido a una entidad superior. Anuncia el devenir infinito del pensamiento soñado. La relación entre casa y universo es evolutiva gracias a la ensoñación; las ideas alcanzan a sostener a la tierra en el aire, los hombres pueden llegar a ser dioses y héroes.

Cada soñador es sujeto con derecho a escoger el devenir de su ensoñación; sea en agua, aire, fuego o tierra, su voluntad le permite emprender mejor las aventuras de la poesía. El poeta está lejos, en la cima de la montaña; el lector debe retomar desde el principio la imagen. Toma la intimidad y la soledad de la infancia, componentes subjetivos y objetivos del mundo natal, y detona una palabra sencilla. A Marcel Proust, los tiempos

pasados, por el simple hecho de haber probado una Magdalena, vuelven al presente. Y así las presencias desaparecidas vuelven a la vida en la memoria.

La memoria reposa en los cofres familiares, donde se acopian las joyas inmemoriales, donde se las mantiene guardadas para resumir su historia y que no caiga en el olvido. La creación ensoñadora generaliza una total confianza entre los aspectos psicológicos del hombre, estableciendo, desde la imaginación, un semillero de recuerdos y resonancias que se convierten en fuentes de inspiración.

El discurso bachelardiano toma a la ensoñación como el punto en que divergen los caminos del pensamiento, basados en un dinamismo que transforma las teorías y los conceptos científicos, estrechando sus lazos de manera tal que se duplican las posibilidades del hombre con el universo, en la creación. El ave cantora está feliz, pintan hilos de humo blanco sobre el cielo, un horizonte multicolor se destaca en el azul del cielo y el verde montañoso.

El soñador admira al cielo cristalino e infinito, el pájaro que planea en la cima de cerros se inclina ante su presencia, un grito de las nubes estremece a la tierra con su canto desgarrador. El dramatismo al caer no termina en el encuentro con el suelo, sino que se prolonga cuando no hay suelo ni fin. El abismo que se abre y que jamás encuentra fondo. En ese preciso instante se vuela por instinto. El hombre reafirma su verdadera fuerza de voluntad resistiendo el peso de su condición humana sobre la tierra. El sueño abarca la historia que ama a plenitud el paraíso perdido hallado en una choza sencilla. El fuego vital calma la nostalgia e ilumina al hogar que alguna vez se ha partido para soportar ahora una carga más enorme y compleja todavía, la universal.

“La casa onírica es la cripta de la casa natal”⁹².

El doble destino de la casa onírica aloja las pulsiones de vida y muerte, de largo a ancho; dentro y fuera, extiende su poder tanto aéreo como subterráneo, que priman en las instancias ensoñadoras. Cada rincón del hogar está habitado por sombras y silencios que atraen a los espíritus del pasado, entregados a las intenciones de la casa soñada, donde los pisos rechinan mientras el sitio permanece en calma, aguardando entre la esquina oscura a merced de las paredes, mientras los huéspedes descansan muy cómodos en sus sábanas.

La madrugada encapsula el recorrido del tiempo, el viento afuera es pesado y lento, que se congela por cada pasillo y recoveco; caen las hojas secas, el frío es más insoportable y enrojece de frío la nariz. Respirar cuesta, porque es el mismo aire frío y solitario. El alma vuela insondable, donde el fantasma ha dejado sin estrellas el agua. Dentro del sótano descansan las efigies del tiempo acechando su fatal destino.

⁹² BACHELARD, La poética del espacio, p. 46.

Localizado el poeta sobre el umbral que divide imaginación y realidad, cielo y tierra, el fuego surgido en el instante presente del ensueño invierte el estado gravitacional del universo al entrelazar el doble sentido de profundidad y revela a la esencia del mundo.

2.4 DE LA ENSOÑACIÓN A LA CONCHA



Figura 21. El sol del instante.

El caracol es la representación viva del instante, con el tiempo que carga la concha en sus espaldas. En un principio, de la piel del caracol emana una sustancia viscosa y salina. Los moluscos son seres que tienen la capacidad extraordinaria de elaborar auténticos escudos para protegerse de ciertos depredadores. En parte, la labor del molusco, como constructor de su propia casa, es permanecer dormido, soñando en un estado natural de ensimismamiento, procurando la invención de la realidad. La quitina otorga a la concha una apariencia sólida, tersa y nacarada; favorece la belleza de su fachada para darle un

buen acabado a su morada onírica. Nace por la doble acción dinámica de una auténtica metamorfosis que origina un ser completo gracias a la concha, hecha a la medida del caracol solitario.

La baba emanada de la piel del caracol es una sustancia viscosa, con el don de la regeneración. La concha nace de su cuerpo blando; por la lentitud de su trabajo, el propio molusco construye de manera connatural y autónoma el lecho como una versión

perfeccionada de sí mismo. A la intemperie, la sal ha endurecido la capa quitinosa de la cual el cuerpo enrollado de la babosa ha sido tomado como modelo para recrear la ilusión de un sueño activo, cuando permanece en el interior de la concha.

La quitina tiene un color de nácar, sólido y suave a la vez; conserva el escarchado brillo de su membrana, que el caracol con paciencia va fabricando para llevar a feliz término la construcción de su morada. La segregación de la sustancia viscosa de la piel y la posición enrollada del gusano, en cuya metamorfosis ha engendrado a un ser completo unido a la concha.

“Una idea-sueño que toma a la concha como el testigo más claro del poder de la vida para constituir formas. Todo lo que tiene forma ha conocido una ontogénesis de concha. El primer esfuerzo de la vida es elaborar conchas”⁹³.

La forma helicoidal de la concha crea una estampa rocosa del cuerpo enrollado como un símbolo emblemático en el cual yace la imagen del molusco sumergido en la inmensidad de su propio ensueño.

El poder simbólico de la concha es equiparable al de la choza; a medida que se va remodelando y optimizando en términos de comodidad, indica el comienzo y el fin de varias eras generacionales. Con ello, la disposición de los cuartos cambia y los objetos se trasladan a otro lugar, hasta que se los reemplaza definitivamente. Lo nuevo reemplaza a lo viejo y lo viejo se intercambia por lo nuevo.

Los espacios se forman en el habitar, por el sujeto que habita. La concha, en su forma de espiral, abarca un misterio que implica la representación en complejidad del alma humana replegándose sobre sí misma. Los canales interiores de la concha se abisman hacia una complejidad donde todos confluyen en un mandala (principio de vida y muerte⁹⁴); el mundo se cierra en el ensimismamiento del habitante de la concha, mientras se abre éste hacia un nuevo cosmos. El mundo del hombre proviene de este ensimismamiento hacia lo pequeño: la intimidad. La concha, en su interior, puede encerrar algo misterioso: el mandala y algo más precioso: la perla, óvulo dispuesto a madurar.

La perla es la idea concebida en la intimidad del soñador como lo excelso, producto del devenir, es palabra; la concha, que evoca la forma helicoidal de la oreja, es la forma de habitar modificada por el verbo que articula el sujeto habitante: “Cuando la concha es el órgano de la percepción auditiva, instrumento de la percepción intelectual, la perla es entonces la palabra, el Verbo”⁹⁵.

⁹³ *Ibid.*, p. 147.

⁹⁴ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 339.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 333.

“El sujeto habla, es todo el sujeto⁹⁶”. El sujeto habla y expresa la voz de la casa, porque va adherido a ella, de tal manera que se convierte en otro sujeto. Cuando el habitante habla, toda la casa habla. La imaginación poética, la imagen aislada, la frase que la desarrolla, el verso o la estrofa donde la imagen poética forma espacios de lenguaje, que un topoanálisis debería explorar.

La casa en un principio se piensa como una imagen mezclada con el ensueño. Casa y ensueño alcanzan su máxima expresión síquica a través de los objetos, convirtiéndolos en símbolos fervientes de ideales y luchas internas.

El hecho de nombrar al objeto traslada la imaginación, inmediatamente, a un contexto que siempre va estar ligado mediante sus correspondientes objetos. Por decir algo, en la sala están los muebles, en el centro una mesa, los cuadros en las paredes. Esto quiere decir que las cosas están en su lugar correspondiente, mantienen su debido orden y por ello que estos lugares comunes hacen parte de la memoria y la realidad.



Figura 22. Recodo del recuerdo.

“... Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?
Recuerdo... Éramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,

⁹⁶ BACHELARD, La poética del espacio, p. 20.

y nos hicieron alejar...»⁹⁷.

Parábola del retorno, Porfirio Barba Jacob.

Cuarto, armario, cajones, baúles y cofres, cambian cuando se trasladan a otra habitación. Entonces, la casa también se transforma en la medida en que la familia va creciendo y nuevos factores conllevan que las condiciones de vida cambien en su dimensión.

Las remodelaciones que se le hacen a una misma casa representan un ciclo de vida que se cierra; en el tránsito, se da comienzo a una nueva etapa en que surgen diversas transformaciones. Los espacios se van entrelazando en un tiempo remoto. Lugares y objetos comunes e individuales se entremezclan, tanto en la realidad como en la ensoñación. La ubicación de los objetos se ha trasladado para tomar las formas del pasado, aumentando su carácter imaginario, para el cual la casa es una potencia primigenia en representación del mundo, como una fuente simbólica de un objeto indeterminado, para la imaginación que dinamiza una proyección metafísica como reflejo del alma humana.

El inconsciente es un producto del instante en el constante fluir de pensamientos e impresiones que en sus corrientes engendran criaturas míticas, víboras, reptiles y quimeras. La fuerza que integra al hombre con el universo en su intelecto conlleva el eterno retorno del imaginario; se establece bajo una relación de complejidad con el espacio; la imagen provoca estados profundos de ensoñación que surgen del retorno vinculante a lo imaginario, con el origen mítico del hombre hasta donde incide su carácter evolutivo en la transmutación del universo.

Los campesinos habitan en viviendas construidas con sus propias manos. Construcción de materiales rústicos. Madera, en primer lugar, se usa por su versatilidad a la hora de mantener en pie la estructura de la construcción. La madera proviene del árbol y, junto con la tierra cernida, consolidó una alianza vital en cuanto la construcción generacional se enfatizaba en las casas de tapia. Para ello se dispone de una estructura que sirve como molde, que ayuda a la formación de la pared, llamada tapial.

El tapial consta de una hilera de tablas dispuesta frente a otra de igual longitud y altura. Ya puestas una frente a otra, se dispone una serie de varengas de guadua cortadas en tiras más delgadas en relación con otras puestas de manera horizontal, que concuerdan perpendicularmente con la altura de las tablas. Entre los moldes va una sogá que los amarra para que sostengan la mezcla, dejando un espacio prudente entre ambas estructuras.

⁹⁷ JARAMILLO ESCOBAR, Jaime. Barba Jacob para hechizados. Medellín: Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, Concejo de Medellín, Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, 2005, p. 23.

En la mitad se apiña la tierra, previamente humedecida, para que coja mayor consistencia y grosor. La tierra se funde; varios auxiliares, la tacan, mientras otros le van añadiendo agua a la mezcla. La estructura se sostiene mediante unos dispositivos llamados agujas (palos de guadua con varios agujeros) en los extremos. Se jala la sogá a través de los huecos en las agujas hasta formar una especie de trenza; la sogá va ejerciendo tensión sobre el tapial y, a su vez, la tierra, al ser tacada, se hace más densa con lo que la pared adquiere, poco a poco, mayor rigidez. Y, por último, se la deja así por 15 días a la intemperie en un proceso de secado.

Con el tiempo, la técnica de construcción debía contribuir a la buena disposición del espacio. Por ello se optó por ladrillos pegados con argamasa. Esto evoluciona a una formación más básica, ladrillo farol (ladrillo hueco, hecho de cemento o de tierra).

En las casas, los pisos, en madera y techo inalcanzable, generan en los espacios una sensación de amplitud y comodidad. La técnica transmutó en eficiencia a pisos de cerámica, baldosa, vinisol, entre otros. Las habitaciones se comprimieron para apilar varias de ellas hacia arriba. Hasta expandieron sus usos en estructura y acabados en pisos marcos, puertas, camas, armarios, cofres y baúles.

Los ladrillos reemplazaron por completo el aspecto rústico que daban las construcciones en tapia. Las paredes hechas a base de ladrillo le dieron un aspecto de modernidad, asemejándose al aspecto pulido de la piel femenina. En el fondo, serían como las casillas que transpiran, por el exceso de humedad que corroe con el paso del tiempo.

Ahora se construyen pocas casas tradicionales, y, al contrario, las derrumban para que sobre estos lotes se hagan más apartamentos, conjuntos cerrados; resulta que estos ofrecen un espacio reducido que representa rentabilidad, hablando en términos negociables, para las empresas inmobiliarias. Por ello se han derrumbado casas antiguas, para urbanizar con edificios de apartamentos. En la compra de un lote, sale más rentable construir un edificio con varios apartamentos que construir una casa; esto terminó por desplazar la construcción de casas; con este panorama tan desolador, es necesario retomar la esencia de las construcciones antiguas en sentido figurativo, porque en ellas se generan espacios propicios para la creación de mundos mediante ensueños poéticos.

Al echar una capa de pintura con otro color, significa que la pared obtiene un segundo aire para ser renovada, pese a la latente posibilidad de derrumbarse. Cada color representa el tránsito que señala una estación preestablecida, el verde tiempo por el que trascurrieron primaverales descubrimientos observados de pie contemplando la larva que se muda dejando atrás su anterior estado primaveral. Las paredes, cuyo interior se impregna con rozagantes humedades, de un pasado que lucha contra el mortal destino, en que sus grietas predicen, cuando en las paredes se acentúa ese deseo de escisión, contrasta junto con la construcción de habitaciones en su interior, las cuales descomponen arquetipos; la casa renace en cada morada en que transitan diversos miembros de una misma stirpe.

“En las casas habitadas por varias generaciones de una misma familia (la maldición) (Lectura, influencia directa de Poe) habla un Biógrafo... Ej. En la familia fragmentada de los Allan Poe, de cuya primera estirpe (primeros padres artistas)... los varones cayeron, todos, en el alcohol. Esto se transmite en la sangre (por herencia), gira alrededor de ellos una cadena de maldiciones, pobreza, rencores, alucinaciones y enfermedades mortales. Esto queda presente en el sitio donde pasó, “el hecho se va repitiendo cada vez... aunque se viaje o esté en otra parte lleva la casa consigo, para siempre. Un fatal destino ya escrito”⁹⁸.

Del ejemplo anterior, se puede decir que la maldición y los fantasmas, dentro de una familia, no implican, solamente, referirse de una manera explícita o demasiado tácita los hechos en particular, llámense tragedias o infortunios; también se habla en términos de valores y costumbres heredadas por cada descendiente. Por ejemplo, una habilidad particular se convierte en una viva presencia por los padres, abuelos, hijos, nietos, transmitida de generación en generación de manera genética y de esta manera prolongar la estirpe. El destino no tiene un punto de inicio, un origen que simplemente se desencadena, pero emerge y crece en el heredero consumiendo cada una de sus partes hasta invadirlo totalmente; vida y muerte son dos cuernos que sobresalen del mismo principio quimérico.

Los ensueños subterráneos crean un lugar en común con la oscuridad, una comunión que, al parecer, nadie percibe físicamente, sólo en los sueños los habitantes evocan sus primeras imágenes emergiendo justo en el rincón. Por única vez, en los ensueños más recónditos, este antiguo cuarto cohabita en medio de la claridad y la oscuridad, para dirigir nuevos pensamientos. En el cuento de E. A. Poe “La caída de la casa Usher”, el autor ha construido ambientes tan auténticos que las acciones más siniestras que se desarrollan en ellos deja entrever que en ese espacio cabe otro personaje más: el lector, real o fantasmagórico. Estando en medio de la oscuridad, se es más vulnerable a que esos fantasmas de la niñez se vuelvan tan reales que se confunden, con los que están localizados, en los pisos superiores de la casa: “Habremos perdido hasta la memoria de nuestro encuentro... y sin embargo nos reuniremos, para separarnos y reunimos de nuevo, allí donde se reúnen los hombres muertos: en los labios de los vivos”⁹⁹.

El instante permanece en la intimidad del rincón, presentada en forma de una curva caliente que se abre al tiempo, y, mientras dura, es un sendero de una línea recta que se enfría en el ocaso del sol. La “T” encierra la fórmula secreta de la geométrica, en cuyo rincón, donde se han entrelazado tiempo y divergencia, unidos por ese mismo centro y nido a la vez, una telaraña emerge de un modo fabuloso en todo un universo arácnido.

“He aquí que el espacio curvo maneja la fantasía. Porque todo universo se encierra en unas curvas; todo universo se concentra en un núcleo, en un germen, en un centro dinamizado. Ese centro es poderoso porque es un centro imaginado”¹⁰⁰.

⁹⁸ MISRAHI, Alicia. El lector de Edgar Allan Poe. Barcelona: Editorial Océano, 2002, p. 23.

⁹⁹ BACHELARD, La intuición del instante, p. 11.

¹⁰⁰ BACHELARD, La poética del espacio, p. 194.

Finalmente, también se encuentra una polaridad expresada en la dialéctica de lo caliente y lo frío. Fuego y aire encaran este dualismo de fuerzas; las ensoñaciones suscitadas por un impulso evasivo y exteriorista agrupan aquellos movimientos evasivos de la imaginación.

2.4.1 Paradojas de la felicidad. Las casas estudiadas por Bachelard, en la “Poética del espacio”, proponen lugares propicios para la ensoñación, tales como: habitaciones, buhardilla, sótano, etc. Las viviendas modernas, con el tiempo, han reducido las capacidades de imaginar y pensar. La vivienda moderna ha despoetizado los espacios. Antes, la casa era más sencilla, su encanto prevalecía con el paso de los años, si se la compara con una de un ambiente urbano. Tranquila como un árbol que con naturalidad germina al mismo tiempo que sostiene gran parte de una vida silvestre. La casa sostenida en la tierra, que le proporciona los nutrientes necesarios para sobrevivir. El terreno para soñar era lo suficientemente amplio, perfecto para correr y jugar en las tardes.

Ahora son escasos los grandes terrenos para construcción de casas, tanto así que se ven niños jugando restringidos por mallas. Los potreros y lomas desaparecieron. Se aumentó el número de edificios y conjuntos cerrados. Hoy en día, las personas permanecen encerradas en cajas de fósforos o latas de sardina improvisadas; el hombre ha dejado de soñar y planear un hogar. Se tiene envidia de la inteligencia e ingenio de los roedores para vivir en espacios reducidos (o apartamentos) y de instantes de ocio plastificados.

En la actualidad, no se tiene muy en cuenta a las personas que la habitan; terminan por adaptarse a las ideas eclécticas impuestas por las inmobiliarias, que no tienen en cuenta las verdaderas necesidades del ocupante; mientras tanto, se dedican a reducir costos simplificando la calidad de servicio a sus usuarios. Bachelard tiene razón al criticar la arquitectura urbana, porque reduce los instantes de placentero ensueño y los convierte en frías efigies, sin una chimenea que haga retozar felizmente con su calor.

Estar solo no significa encerrarse en un cuarto con los miedos personales; implica saber compartir con todos ellos, encontrar un respiro en la dicha de lo vivido, feliz y un poco melancólico; en eso radica la gran paradoja de la felicidad: las contrariedades hacen que el tiempo y la vida estén llenos de discontinuidades.



Figura 23. Galaxias de coral.

La casa, durante el invierno, enfrenta con valor y muestra poderío en su máxima expresión; se opone, con su resistencia natural, al exterior. En la imaginación, estos dos reinos, el afuera y el adentro, se complementan parcialmente conservando la esencia que comparten y que los anima mutuamente a pesar de sus contrariedades. Crean su visión de sí mismos a través del doble representado por un espejismo múltiple.

Así, finalmente, el destino del hombre es ser un constructor y maestro de casas, que vive dentro de una madriguera; imagina que encuentra estabilidad yendo de un sitio a otro. Pero nunca habrá un fuego más intenso que atraiga a la imagen de la choza, tantas evocaciones como la luz de una vela. Se compara a la perfección con la fuente natural de conocimiento alquímico, descubierta por el hombre primitivo entre la madera por acción de un rozamiento continuo.

En la anatomía del cuerpo humano, todavía reposan algunas formas provenientes de las conchas, que se fueron adaptando para el desarrollo síquico del alma humana, como símbolos complejos representados a través de restos fosilizados, que revelan que la evolución humana presenta un antecedente animal y mineral.

“No es sólo el ser "mitad carne y mitad pez". Es el ser semimuerto y semivivo y, en los grandes excesos, mitad piedra y mitad hombre. Se trata de la inversa misma del sueño de medusa. El hombre nace de la piedra”¹⁰¹.

Los lagos son ojos en la tierra que contemplan las estrellas. El agua aspira a convertirse en verticalidad de carne y hueso, nada en el cielo, en sus sueños de natación, encarna los valores de la ensoñación cósmica. Bachelard habla de un pez llamado merlusina, que es una especie de espíritu encarnado del agua. El agua musculosa sueña con zambullirse en el cielo para poder conquistarlo. La ensoñación permite generar esas uniones tan increíbles con el universo. Sirena: mitad pez, mitad mujer.

“Para un soñador del lago, el agua es la primera mirada del mundo”¹⁰².

El hombre adhiere al rincón sus ensoñaciones en un estado dialéctico del adentro y del afuera, debido a que tiene una sensación de estar escondido, acurrucado y encerrado. Pero las líneas paralelas, que colindan con él mismo, se amplifican al proyectarse hacia el exterior y generar una apertura.

La tierra salvaguarda, en sus faldas, innumerables tesoros minerales; un manto escarchado se cierne sobre la piel de un caracol brillándola de transparencias que resaltan a luz de la luna. Ya sea en el cielo o en la tierra, se encuentran piedras y estrellas que contribuyen a la construcción imaginaria de la casa onírica. No importa si es grande o chica, la imaginación se encargará de otorgarle al habitar su correspondiente acción renovadora.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 144.

¹⁰² BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 302.

El ciclo vital de los seres humanos se renueva constante, al estar demarcado por la construcción de casas, así como el caracol por si solo edifica su propia casa –concha, ensimismado en el placer y sosiego dentro de su propio ensueño.

El ser humano crea, en su imaginario, una serie de mundos complejos cargados de riquezas simbólicas, que provienen de una visión astral en la que convergen fuerzas lunares y solares forjadora del destino humano. Cultiva su tradición oral a través de la poesía, que atraviesa los límites impuestos históricamente donde cada semilla encarna un antecedente simbólico que está sujeto bajo los efectos de su propia renovación.



Figura 24. La Concha- semilla.

La casa natal simboliza el espacio puro donde se originan las semillas vivas sobre la tierra y que el hombre desde tiempos inmemoriales ha sabido cómo cultivar. En su interior, el corpus galáctico muestra mediante su acción renovadora el ánima cuya sustancia concede al soñador el don de transmutación.

Este arquetipo materno, al interior de cada casa natal, emerge de la tierra, al igual que los seres que habitan en la naturaleza cumplen un periodo de renovación, que solo consigue realizarse bajo los dominios anímicos llevados a cabo por la gran madre. No pierde su esencia femenina, por eso, también la casa, al igual que el nido, son frutos generados por el devenir de la naturaleza y la transformación al pasar por los designios del hombre al construirla, siguiendo los patrones de comportamiento se reflejan en el modo como éste molusco y, en general, otras especies de animales elaboran sus casas.

El árbol carga, además de sus frutos, el nido, como uno más de ellos; igual, la casa natal, como una extensión de la forma de vida arbórea, conserva esa ley materna que rige las

relaciones fraternales con cada uno de sus huéspedes. Las habitaciones se conectan por un sistema de conductos que unen a la casa: de abajo hacia arriba se concede una primera estructura vertical de ensoñación. Por ello, guarda algún tipo de semejanza la casa natal con el árbol, ya que éste conduce su influjo vegetal a través del tronco, donde la clorofila se sintetiza ramificándose hacia las hojas; libera energía en el aire. Y, además de frutos, sus ramas sostienen pájaros junto con sus polluelos y de ellos provienen la idea de hacer casas para que fueran habitadas por los hombres. En esto se encierra un patrón de vivienda a la par con la evolución humana. Concluyendo con esta idea, la casa natal proviene del árbol y los hombres, como seres vivos, se alimentan de sus frutos: “El mundo resulta así soñado en su redondez, en su redondez frutal. Entonces la felicidad refluye desde el mundo hacia el fruto”¹⁰³.

El ánimo genera una fuente de creación humana inagotable, que prevé su naturaleza consciente e inconsciente. Sobrepasa las líneas que los separan; sea femenina o masculina, siempre van a expresar su dinamismo, representado a través del símbolo, en cuyas imágenes reposan las visiones amplificadas sobre el origen del mundo.

Los cuatro elementos conforman las hormonas del ensueño y la imaginación; cielo y tierra son aquellos terrenos propicios para que se dé el intercambio, gracias a las acciones dinamizadoras de elementos intermedios como: aire, agua y fuego. Y de este modo, todo se transmuta para generar nuevos seres vivos, más evolucionados. Esta transmutación proporciona la conservación en cada especie y su hábitat natural. El hombre hace uso de estos elementos mediante métodos alquímicos, para extraer su esencia anímica. En su momento debido, actúa como una especie de voluntad ensoñadora que rige tales fuerzas atmosféricas para que sean sustituidas en su interior y establecer de nuevo un orden natural entre organismos vivos.

El animus femenino (por su parte) es un agente constructor por naturaleza, de casas ensoñadoras que se forman en el núcleo de su intimidad. Un yo poeta que se impone ante los límites mismos de la palabra; a la creación de paisajes en su imaginación: el alma que viaja para diseñar nuevos mundos, donde su cuerpo entero actúa como un ancla con el presente, que se une a un pasado y que sueña con el futuro.

Este arquetipo, que manifiesta un inconsciente colectivo, se dirige hacia sus acciones transformadoras, y éstas, a su vez, buscan en el fondo concebir el fruto de una creación renovadora. Se vislumbra como una potencia de síntesis femenina que se encarga, además de armonizar, de renovar relaciones humanas con la naturaleza y el cosmos; también posee una clase de poder alternativo, en el cual todos se vinculan bajo el mismo eje existencial que surge en el instante en que esos mismos vínculos se van trastornando de las ramas a las raíces que los integran y mantienen con vida.

La hoguera desde el centro de casa irradia luz, saturando el aire con ensoñaciones. La casa es una complejidad síquica de fenómenos que está en todas partes; pero llega de

¹⁰³ *Ibid.*, p. 264.

repente evocada a la memoria. La engendra una potencia maternal que confluye para establecer una voluntad innovadora, que lleva a cabo las acciones de la imaginación y la ensoñación que armonizan sus fuerzas en el universo.

El caracol erige su propia concha como un lugar para habitar y está promoviéndose a sí mismo a medida que el cuerpo se enrolla hasta quedarse completamente inmóvil; de su blanda piel se desprende una tela como producto del ensueño. El caracol permanece dormido por más tiempo, mientras sigue avanzando lentamente y de su concha surge su contorno helicoidal.

La concha congrega toda una carga simbólica compleja, donde se origina el imaginario primigenio del universo. Esta idea se genera por acción de fuerzas reveladoras en términos de animus y ánima (cuerpo y alma que actúan en un mismo sujeto), que toman primero la forma de hombre o mujer; ahora en el mismo cuerpo reside su correspondiente anima, masculina o femenina. El alma es el elemento etéreo dinámico e invisible del cuerpo humano constituido. Así la casa vive en el interior de todos, se convierte en una imagen que se proyecta al ánima como representante del mundo.

Los lugares se acoplan de tal manera que los objetos se transforman en sujetos representativos para el soñador, que reconstruye, bordeando con la mirada, todo ese mundo interno que alberga su alma ensoñadora. El orden femenino articula y también desarticula con el fluir vívido de la primera imagen, que multiplica su energía que expande su voluntad creadora, convirtiéndose así en la auténtica representación del alma humana.

El origen del cosmos, radicado desde la fuerza del ánima, encarna el movimiento femenino que conduce la savia vital, que sube de la raíz para absorber los nutrientes del suelo: “la tierra está viva; es obvio que, como todos los seres vivos, respira”¹⁰⁴. En la transpiración, ella manifiesta su feminidad y, este carácter de intimidad por medio de la humedad sirve como vía de comunicación entre sus organismos vivientes; la tierra es una piel con sentido del tacto adquirido a través de la tierra.

2.4.2 La sombra de mamá. Mamá había aprendido a conducir sus pasos sobre la senda del destino andariego, abriendo una brecha extensa entre ella y su pueblo natal. Iba de un lado para otro, como las palomas que se dirigen hacia lugares remotos del mundo. Mamá desde muy joven emigra lejos de la protección y el calor de la choza. En algunas temporadas se aceleraba y, en otras, sentada en una plaza de mercado, vendía en un pueblito cercano del anterior y más alejado de su casa de campo. Pasados los años, empezó a recordar los días; parecía estar mirando a un punto ciego en el vacío de sus recuerdos. Miraba a su madre tejiendo canastas. De los cañaduzales se extraía la corteza, que se deshilachaba a machetazos para obtener hilo de aquellas pajas quemadas por las encrespadas vellosidades del sol. El día de la remesa, transcurría igual hasta que un nuevo rumor anunciaba la llegada de un forastero al norte de ese pueblo.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 271.

Mamá, por varios años, ejerció como ayudante de la iglesia; ayudando a un padre español con los oficios de limpieza que alternaba con ritos ceremoniales propios de una misa, colaboraba en la realización de la misa dominical. En uno de sus traslados, en un pueblo cercano de la ciudad conoció a su esposo.

El sacerdote compartió mucho tiempo con ellos y sus hijos, hasta los últimos días en que enfermó y murió. En señal de agradecimiento, le dejó a mamá la casa donde vivieron los tres juntos, para acompañarlo y cuidar de él.



Figura 25. Los paraísos florales.

Esta es sólo una parte de la historia que se conoce sobre la llegada a esta casa, que escuchó la sombra de la niña y que desde ese momento no dejaba de perseguir a mamá, sintiendo rabia por la cara de felicidad que tenían los niños cuando estaban cerca de ella.

Mamá, con sus buenas intenciones, atrajo la atención de aquella sombra encadenada contra la pared. Con los días, que miraba cómo arreglaba el antejardín mientras los niños jugaban plácidos en aquel paraíso escondido en la parte delantera de la casa.

La casa poco a poco cambió la pintura; en sus paredes crearon un efecto sonoro que irradiaba paz y armonía; de principio a fin era candor. A pesar de que la fachada en realidad formaba a su alrededor una dura y extensa corteza. Estaba (la casa) en todas partes y en ninguna; quizás eran los amplios potreros que la cubrían. A pesar de ello, no conseguía inmunizarse ya que esta parte estaba expuesta a la intemperie. Y por esa razón de los alrededores se levantaban un olor de hierba mojada, sobre la cual florecían tantas aventuras imaginadas por sus niños.

Un baño en el jardín promete para ellos una magnitud de imágenes oceánicas, en que los juguetes cobraban vida estando en el agua caliente por el sol. La sombra se paraba detrás de la ventana o en los rincones vigilaba a todos los huéspedes de la casa mientras estaban sentados en el comedor o en los muebles de la sala para mirar todo lo que ocurría allí.

La sombra se quedó varias noches en el cuarto de mamá, sobre todo cuando enfermaba; la acechaba debajo de la cama, donde reposan los sueños pesados; salía de su escondrijo antes del amanecer. Algunas veces, cuando mamá se despertaba, encontraba sus pantuflas debajo del zarzo, y de allí llamaba a sus hijas un tanto disgustada por la broma. Era usual entre sus niñas que se dé uso a las zapatillas para los juegos y por ello las acusaba de haber tomado sus pantuflas.



Figura 26. La sombra desencadenada.

Los días de veraneo toda la familia salía a tomar el sol en el centro del patio. Los papás sentados, si no en la inmensa banca de sol resistente a la lluvia, en una mecedora; los niños jugando entre matorrales y hurgando la tierra con sus manos. Echaban agua para aflojar las piedras más grandes y debajo descubrir que allí concurrían colonias de seres microscópicos ocultos bajo tierra para mantener con vida su universo miniaturizado.

Debajo de las piedras, los gusanos forman callejones al arrastrar su cuerpo a través de la tierra, encontrando abrigo bajo el manto enmohecido y oscuro. Allí encontraban un refugio temporal para arrinconarse. Las casas, al estar íntimamente relacionadas, juntas escondían secretos. El rechinar de la puerta que intercede contra la pared, la sombra que se estrecha cuando la gente se acerca. El sentido de las sombras se hace imperceptible al ser absorbido por el rincón. Se mueve en dirección a la luz, abriéndose sobre las paredes como un vapor gris; alargaba una de sus extremidades para desplazarse hacia el vidrio de la ventana y salir como una cápsula de aire.

Al cerrar la ventana, un objeto se quebraba tras ella y se alzan las demás sombras de las paredes que, en el transcurso de la noche, se prestaban para cuidar a los vivos mientras dormían plácidamente; se aparecían cuando los adultos salen de casa, para asustar a sus hijos.



Figura 27. La conciencia alcanzando a los objetos.

En esos momentos, las muñecas hablaban con naturalidad y respondían las preguntas que se les hacían. Se enfurecían cuando no se les daba gusto, se tiraban al suelo y daban patadas en el piso.

En el huerto se suelen urdir grandes aventuras; era en ciertas ocasiones un escenario selvático para grabar una especie de película de King Kong y como protagonista el gorila llamado Yambo. Un día mamá fue a guardar los adornos de Navidad, alguien estaba cerca de ella queriendo jugar a las escondidas; la aguardó cuando ella se trepó en la silla, y la siguió sigilosamente durante su ascenso del soberado.

La sombra de niña que sigue a mamá vivía en el soberado entre columnas de cajas apiladas, viejas cosas cubiertas de polvo y viejas revistas de bolsillo. El soberado se había encargado de acumular tantos objetos dañados, que alguna vez para alguien fueron más que preciados, y ellos mismos han desplazado hasta que terminaron allí, sirviendo de escondrijo, también, para los ratones.

Con la partida de algunos seres animados, a la par que llegaban nuevos huéspedes, empezó la casa a remodelarse. La tierra se secó y la hierba se detuvo en su habitual crecimiento; las flores se marchitaron y los frutos en el suelo se pudrieron.

Su estructura campestre poco a poco se fue cayendo; junto a los colores vibrantes del paisaje, se esfumó el gris que tapaba la vista de las montañas. Lentamente el movimiento

de las ramas en los árboles fue borrando las risas del jardín, se perdieron en la transmutación de los mundos creados.

La monotonía endurece el corazón de cualquiera. El soberado vacío no guarda nada, pero la sombra sigue a mamá y espera bajo la cama; en ocasiones mira detrás de las puertas o desde la ventana cuando se queda por fuera de la casa. El miedo aún existe y la sombra (esa niña olvidada) deambula, muy a su pesar, por el sótano. La casa inmensa guarda día y noche en su interior. Hasta después de muertos, los cuerpos descansan protegidos por las lápidas, fosas a donde se marchan los huéspedes, olvidando un último recuerdo antes. El último día en la casa, mamá lo recuerda guardando las innumerables cosas en cajas.

Pasado un tiempo, las plantas de mamá invadieron la casa des-habitada. Los pájaros volvieron para hacer sus nidos. En los escombros sólo se pueden acomodar las enredaderas, que siempre lo hacen muy a su pesar. Mamá, de niña, había creído que un cementerio no era otra cosa una casa abandonada.

Los pisos de madera cambiaron a medida que los hijos crecieron con el tiempo, para irse a otra parte. Así fue como mamá se quedó sola en su casa inmensa de un solo piso. Los cuartos, suficientemente grandes y espaciosos, para albergar a muchas generaciones futuras, quedaron vacíos. Mamá fue el motor y centro de la casa, que avivaba el fuego de la chimenea. En una casa siempre habita una madre con sus sombras infantiles; está sentada tejiendo con sus manos los hilos del tiempo durante la primavera, para renovar los valores de su trabajo manual. De repente, las plantas vuelven a adherirse en la fachada de la casa para que muchos pájaros aniden.

Unos iban y otros huéspedes llegaban para quedarse por largas temporadas. A pesar de que el jardín fue exterminado, la sombra seguía viviendo en la casa y en los sueños la casa y el jardín están todos viviendo con ella. Ahora nadie levanta el mantel de la mesa para ver si la sombra está escondida allí. Ahora que mamá espera a que sus hijos, regresan en sus sueños para encontrarse todos juntos. En medio de su soledad, mamá sigue escuchando las voces de sus hijos al interior de sus habitaciones.

En sus evocaciones se ve a sí misma en el pasado; es otra persona sentada, cosiendo en su vieja máquina de pedal. Barre, limpia, encera el piso, restrega la ropa contra las fisuras de una piedra.

En el ensueño, se multiplican seres diminutos de otros mundos; la fragmentación del tiempo, en su tic tac, la regresa a la realidad. Cae la tarde y el hilo del tiempo comienza a enredarse de nuevo sin tocar tierra firme. Estando en el aire, el espacio se descomprime por un instante; se levantan los seres invisibles de la tierra para preparar el néctar de las flores del jardín del pasado. Los viejos recuerdos dentro del baúl yacen cual piedras preciosas que los mineros encuentran en la oscuridad de la cueva, relucientes bajo la oscuridad del olvido.

Mamá se dispone a labrar el destino, imaginándose una casa y en ella su propia sombra de la infancia para refugiarse en el jardín de sus ensueños.

Se añora, sin saberlo, la casa donde todos vivieron cuando niños. Las evocaciones señalan un mismo punto de salida y llegada. En frente está el camino empedrado antes de llegar a la puerta de su casa, que se abre y todas esas presencias están vivas y su propia sombra desaparece al reencuentro con sus seres queridos. La casa de la infancia fue vendida como un terreno baldío, pero basta escudriñar los recuerdos para que ella vuelva a resurgir entre los escombros.

El espíritu de mamá se ha sumergido en lo profundo de sus sueños arcaicos. Mitad piedra y mitad ilusión, surca el aire como un rumor que atraviesa los callejones de la eternidad. Los seres mortales, que temen a la oscuridad, se alejan para evitar caer en la profundidad de su abrazo. Tal vez mamá se encontró de nuevo aquí con su alma de niña.



Figura 28. La sombra surge a la luz del recuerdo.

“...Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas, de uvas y gajos de arrayán.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
y éramos seis! Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y éste es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...

Señor, muy buenos días! Señora, muchas gracias!”¹⁰⁵ (Barba Jacob).

¹⁰⁵ JARAMILLO, Barba Jacob para hechizados, p. 24.

3. ÁRBOL DEL EDÉN



Figura 29. El árbol de la inmensidad.

En el mundo interior de cada persona, existe todo un microuniverso, donde cada uno se conecta dimensionalmente al macro universo o firmamento. Siguiendo entre las ramas de la ciencia y de la psicología, se destaca dentro de las especies vegetales: el árbol, como uno de los símbolos emblemáticos y más representativos debido a su naturaleza vertical. No se puede prescindir del eje vertical para expresar los valores morales de la casa.

Existe un viaje hacia abajo: la caída es una realidad síquica de cada hora, incluso antes de la intervención de toda metáfora moral; el descenso hacia el sótano y sus barreduras históricas. Todo camino tiene una tendencia natural de ascensión. El hombre, como hombre, no puede vivir horizontalmente porque estaría muerto. La horizontalidad es sinónimo de caer. El que no asciende, cae; la verticalidad propicia la vida en el universo y los seres vivos.

“Así el árbol tiene siempre un destino de grandeza. Difunde ese destino. El árbol engrandece lo que le rodea”¹⁰⁶.

¹⁰⁶ BACHELARD, La poética del espacio, p. 239.

Por el tronco se conduce la sustancia anímica que reúne la fuerza dinamizada de los cuatro elementos (tierra, aire, fuego y agua). A cada parte del árbol le corresponde desempeñar una determinada labor; la transformación como fuente de energía vital, al reunirse, forma un canal unificador entre varios grupos de organismos vivientes en su ciclo renovador. De abajo hacia arriba, la raíz, compuesta por muchos tentáculos, se encarga de la selección y distribución de la sustancia obtenida hacia la parte superior del árbol, para concluir con su proceso fotosintético.

Hurgando la corteza terrestre, sus flexibles extremidades actúan como dedos, brazos y manos que extraen, desde las profundidades de la honda geografía, aquellas riquezas minerales incrustadas en la tierra. Luego, éstas pasan hacia una siguiente etapa: el desdoblamiento. Del suelo a la raíz, estos nutrientes se llevan por dos conductos por donde entra y sale la sustancia bruta y luego la elaborada al interior del tronco. Por un tercer y último nivel, la solución de sustancias disueltas en el aire libre por ramas y hojas en la parte más alta. Cercana al sol, su fuente energética se libera en forma de oxígeno.

El árbol, además de cumplir con su debido proceso biológico, traspasa los límites materiales e inmateriales, convirtiéndose en un símbolo característico que comprende las actividades propias fundamentales en el desarrollo del alma humana. Una imagen del árbol está cargada de significados que forman una especie de puente imaginario, cordón umbilical que vincula a todos los seres de forma inmediata con esa primera matriz, que es el universo. Ahí se ratifica la verticalidad como un valor propio de la imaginación, en forma de espíritu sólido que, como carácter intuitivo, estrecha cada vez más los lazos entre las especies vegetales y animales con la humana. Una estructura arquetípica es el árbol, como una dirección de sueños. El árbol es un objeto integrador.

Un ejemplo práctico: los reptiles, conservan de las raíces su movimiento reptante, como un instinto de arrastrarse, reflejado en el cuerpo producto de la transformación influida por su relación con el medio. Los lleva a reaccionar de alguna manera frente a una determinada situación. Este comportamiento también evoluciona como un hecho latente y que hace parte de la realidad. El sentido de conservación es algo que se renueva y en ello radica el verdadero sentido de la vida, cuando se enfrenta a la muerte.

El árbol congrega en una sola dinámica los cuatro elementos: el agua permite que la savia circule a través de los conductos vegetales; la tierra integra a las raíces como una extensión nerviosa de su cuerpo; germinan también los frutos aéreos en épocas primaverales del año, cuando se doran o enrojecen los frutos; y algo ocurre cuando las aves migran en cada estación, para trastearse de un lugar a otro dejando abandonados sus nidos cuando los meses de incubación han terminado.

Los árboles sintetizan una sola energía para desempeñar diversas funciones vitales, con autonomía para mantenerse activos; fabrican su propio alimento para otorgar las condiciones necesarias del medio ambiente. El aire entra en los pulmones; cada respiro, el mundo ingresa transparente y puro al pecho. El soñador se va integrando a la

grandeza del espacio sideral, la respiración dinamiza el fuego renovador del mundo, que entra y sale del pecho. La ensoñación cósmica arde con ímpetu, arcos de luz guindan suaves recuerdos alrededor del corazón cuyo centro está ubicado la casa natal.

En la casa natal se encuentran acumulados los tesoros estremecidos de los años mozos, que abren las puertas de un paraíso imaginario donde se albergan ideales, los que se suman a la anticipación cósmica de la libertad; naufragan a través del cielo, el soñador es partícipe en la reconstrucción de la ensoñación cósmica.

El sembrador dispone las mejores semillas en el soberado, para que le lleguen directamente los rayos del sol, y así adquieren una mayor estabilidad antes de ser depositadas bajo tierra; concentran el calor suficiente que les permite adquirir una óptima maduración. En las chozas, era esta una práctica muy común entre los agricultores.

Los recuerdos surgen cuando se está mirando hacia el techo, se lo contempla mirando al cielo, a través de él; los recuerdos se hacen aptos para la cosecha del presente, donde cobran vida.

La casa revela estados psicológicos complejos en cada uno de sus niveles, que se modifican de tal manera que se entrelazan unos y otros haciendo más difícil determinar dónde termina el límite de otro.

Un perfil psicológico habita en cada caja apilada y la intimidad se predispone sólo al interior de un objeto en particular; por eso permanece bajo llave, y con su solo giro, de inmediato hay un intercambio de lo exterior a lo interior; el alma logra traspasar al umbral de la realidad. Los estados anímicos son intercambiables debido a que se multiplican en el grado de complejidad entre uno y otro, en cuyas acciones directamente influyen en lo material a través de la imagen que va tomando representaciones fragmentadas al establecer una relación de alternancia con el recuerdo.

De este modo el árbol edénico viene a generar un centro de concentración vertical que une a la tierra con el cielo. Las plantas que retoñan traen consigo la renovación del espacio proyectándose en cada ser vivo. Al sintetizar una fuente de conocimiento puro, al interior cada parte integra los componentes de la savia. En lo subterráneo se acogen los primeros brotes; vida y muerte coinciden al encontrarse momentáneamente bajo el suelo. La tierra forma una unidad al conducir la savia de las raíces al tronco y, a su vez, hacia las ramas, que la desdoblán en una fuente de energía cinética al contacto con la luz solar.

En su conjunto, el árbol sublimizado se convierte en energía vital y eje antropocósmico, ya que encarna al símbolo estableciendo un orden yuxtapuesto entre bóvedas celeste y terrestre. En el interior de algunos árboles, se da lugar a la gestación de criaturas míticas, como son ninfas y faunos que el hombre les precede. Ahora, estas primeras semillas alcanzan un alto nivel de maduración cuando están dentro de una fruta dulce y

jugosa. Esta síntesis alude a la forma redonda que reúne fuerzas sexualmente opuestas conjugándose en la circularidad de la fruta. Es un verdadero manjar celestial que crece sobre la faz de la tierra, al brindar (al cosmos) el don de la inmortalidad.

Bachelard se enfoca en la verticalidad que caracteriza al árbol, como la imagen edificadora y primigenia fundada dentro de la casa. Siendo, al igual que el árbol, una figura que representa los tres niveles de la psique humana ligados de abajo hacia arriba, también el árbol sostiene una relación dinámica semejante, pero de un nivel más elevado, entre cielo y tierra, luz-oscuridad, confianza-miedo, consciente e inconsciente. A la casa natal se le confiere, por otra parte, un valor arquetípico, que entrega experiencias subjetivas y secretos oníricos, con cargas energéticas polarizadas.

La casa representa una estampa que puede convertirse en el nido propicio para la ensoñación, con el riesgo de aprisionar en escrupulosos valores geométricos, que impiden el libre florecimiento de las imágenes. Las casas retratadas en cuadros que adornan las paredes, para ser contempladas como aquellos mundos liliputienses que hacen parte de su unidad cósmica, logran que aquellos rincones capten la atención de la memoria. Al recordar se trae al presente la forma de ser y vivir en el pasado al reencontrarse con los dobles: el yo y el no-yo. Los dos comparten un mismo recodo, que encarna dos seres a la vez, el visible y el invisible, que reflexionan juntos cuando empieza y termina la existencia, estando allí arrinconados y desprotegidos.

Una ontogénesis muchas veces comparte un lugar contradictorio, cuyos entes luchan inalcanzablemente, reemplazando temores por fortalezas. El uno acompaña al otro, mientras los dos se indagan e intercambian reflexiones mutuamente. El camino hacia la voluntad no deja de reconocer su doble polaridad, que sube y baja por un camino enroscado difícil de transitar.

En rincones que colindan con el techo arañas y golondrinas anidan sus huevos, que conforman un cordón umbilical invisible con el microcosmos, del cual se mimetiza creando un fuerte vínculo fraterno. El desarrollo conjunto, tanto visible como invisible, dinamiza una doble imagen de la misma casa, tanto en su construcción física como en los espacios de ensoñación. Obedece a una transposición de polaridades contrarias, arriba y abajo, dentro o fuera.

Delante-detrás, adentro-afuera, izquierda-derecha y, sobre todo, arriba y abajo, que son, en la casa: sótano y buhardilla, representan los estados dinámicos y opuestos del alma humana. Además de ser fórmulas abstractas, también son parte de una instancia real e imaginaria, en la cual se distinguen dos aspectos que, en un principio, se mantienen de una manera contradictoria y ambigua en el habitar del espacio onírico y cósmico. La rectitud del árbol es fundamental ya que se ve como eje del mundo, quien determina las relaciones entre cumbre y sima, cuyos frutos redondos son garantía de una renovación cíclica, donde el árbol toma su figura edénica que ayuda a equilibrar las cargas entre ecosistemas: aéreo y terrestre. El soñador participa en la elaboración de la sustancia

portadora de profundidades dichosas, en cuyas mieles fueron recompensadas con las fortalezas de la gran madre naturaleza.



Figura 30. La palma triste.

“¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano
horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmares”¹⁰⁷.

El signo vertical del árbol encuentra varias interpretaciones antropomórficas. Por ejemplo: un tronco firme que conduce los manantiales femeninos en su interior en representación de una imagen fálica. Por otra parte, en el interior de los árboles son intervenidos por lo general por una especie de matriz primordial, semejante a una cueva en la que nace el principio del fuego vital que está oculto y que en su interior se extrae por una acción de frotamiento constante.

Se hablaría de un doble simbolismo sexual del árbol, que lo ratifica nuevamente como imagen expositora del ciclo inicial de la vida que no termina solo con la muerte física.

¹⁰⁷ JARAMILLO, Barba Jacob para hechizados, p. 21.

Específicamente, hablando del árbol, se refiere al recogimiento de los frutos que brindan a los seres vivos un reconocimiento dentro del cosmos. Esta asociación deja como resultado al símbolo que infinitas veces cambia de visión acerca del mundo.

El poeta está presente en cuerpo y alma por cielo, mar y tierra, dinamizando la imagen. De ahí surge una inversión de las imágenes: el ramaje desempeña el trabajo de las raíces y viceversa (las raíces el de las ramas). Ahora, la vida germina en el cielo para alzarse hacia la tierra.

El simbolismo derivado de su forma vertical transforma, acto seguido, ese centro en eje, pues el árbol recto conduce de una vida subterránea hacia el cielo; así, se comprende su asimilación a la escalera o montaña, como símbolos de relación ascendente más generalizada entre los tres mundos: inferior, ctónico e infernal; el central o de la manifestación; superior o celeste: “Cuando el primer hombre, al aparecer en el mundo desea saber por qué está allí, se acerca a este árbol gigantesco cuya cima atraviesa el cielo... Ve entonces en el tronco del árbol maravilloso... una cavidad donde se muestra hasta la cintura una mujer que le hace saber que ha venido al mundo para ser el ancestro del género humano”¹⁰⁸.

El dinamismo del árbol guarda una extraña similitud con lo humano. Y es como el benjuí que brota de la cálida corteza en combustión con el fuego de la voluntad humana. El origen animal de los hombres primitivos relacionados con un devenir del viejo árbol. Del quinto elemento proviene la raza humana que renace de los árboles. Lugares perfectos para crear un hogar, puesto que proveen a los seres vivos de todos los bienes que puedan necesitar; su cuerpo entero ayuda a elaborar la sangre de la inmortalidad desde el momento en que la raíz los absorbe.

La savia que circula a lo bajo y alto del tronco conduce la síntesis obtenida hacia las hojas; estas últimas se encargan de transformarla en oxígeno que se respira y colma a las entrañas del mundo. Impulsada hacia las alturas que elevan al árbol a la categoría de bosque, donde se hallan las naciones antiguas protegidas por la corteza, al dejar caer la resina, abren paso a la legión de hombres emergentes que poblarán al mundo.

De principio a fin, el árbol resume el ciclo transformador del cosmos, de la raíz a las hojas donde se concibe al nido, junto con sus huevos y pájaros. El carácter supremo del árbol alcanza a extender su savia vegetal por los dos confines del mundo. Aquel símbolo dinámico de los elementos agrupados concentra la sustancia vital y evolutiva mediante el fuego; el cuerpo cambia según su estado de ánimo, absorbiendo su glucosa como la principal fuente de calor.

La síntesis es un proceso que jamás termina, porque el benjuí siempre emana del tronco y su calidez entraña la madera. Una quintaesencia, resaltada por los rayos del sol, deja signos pasados; se reúnen en algún instante del presente para impulsarse hacia el futuro.

¹⁰⁸ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 121.

El árbol ha preestablecido el signo que forja el valor emergente de la voluntad humana y el tronco sirve para acunar la unidad cosmológica de manera armónica. Forjada a partir de sus centros nerviosos, los nidos prolongan esta unión con el mundo a través de la continuidad de bosques, arribando hacia su próxima etapa, la vastedad como otro valor que se ha conferido a la imaginación.

El árbol encarna la figura sintética que sirve de eje dinamizador de la sustancia vertical, la savia materia de intimidad representado por el árbol entero, y el poeta se convierte en la sangre que permite infinitos ensueños; recostado al pie del árbol, logra introducirse en épocas remotas que cuentan el nacimiento de seres mitológicos surgidos del vetusto tronco.

“El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino
perennemente, sin decirles nada...”¹⁰⁹.

Entonces, la imagen del árbol ha preestablecido una relación arcaica entre distintos organismos vivos y los hombres descendientes del mismo linaje arbóreo; aves y serpientes generan un constante devenir de mundos aéreos y terrestres que encarnan a sus correspondientes elementos: aire y tierra. En dicha imagen radica su poder de transfiguración afirma la figura doble de los padres; el roble adquiere esa esencia ambigua del árbol mítico que encierra el principio del eje cósmico.

El soñador asume el impulso vegetativo del árbol y sus funciones naturales; a través de la fotosíntesis se manifiesta como una actividad ensoñadora: “el ensueño vegetal es el más lento, el más reposado, el más reposante”¹¹⁰, donde sus frutos comparten la sustancia de la felicidad pura y las flores brotan en emociones e ilusiones humanas. La imaginación se encarna en la vegetación, puesto que en la raíz se preparan los extractos dinamizadores para unir cielo y tierra para albergar especies animales, bajo las disposiciones de la materia.

El valor arquetípico del árbol radica en que su imagen conjunta conforma un ciclo de transmutación terrestre y aéreo, integrándose mutuamente a sus secretos oníricos, con demasiada intensidad; por eso Bachelard se ha centralizado en la imagen del árbol, porque éste es el primer símbolo y, a la vez, representa todas las actividades biológicas llevando a cabo la sustancia como un producto directo del ensueño vertical; es, de esta manera el viejo árbol inaugurador de una unidad síquica que comparte en la imaginación su actividad cósmica, cuyo espacio se compone de dos niveles; abajo están las raíces y arriba, donde se hallan las ramas, se mantiene el modelo de eje cósmico que

¹⁰⁹ JARAMILLO, Barba Jacob para hechizados, p. 21.

¹¹⁰ BACHELARD, El aire y los sueños, p. 251.

congrega la potencia de los elementos y conforma a un quinto elemento, el hombre convertido en el verbo del árbol.

“El atomismo del lenguaje conceptual reclama razones de fijación, fuerzas de centralización. Pero el verso tiene siempre un movimiento, la imagen se vierte en la línea del verso, arrastra a la imaginación como si esta creara una fibra nerviosa”¹¹¹.

Las múltiples extremidades o ramificaciones, que vienen de un mismo tronco, ayudan a equilibrar las fuerzas gravitacionales, tanto de las ramas como de las raíces ancladas en el suelo, atravesando el tronco hasta que las ramas se sujetan hasta el cielo donde habitan formas de vida alada como los pájaros. Las nubes forman cadenas montañosas y ramificaciones simbólicas concordantes con los diversos estados anímicos relacionados con el ciclo renovador del universo, que se instituye como una ley natural de vida.

La raza humana desciende de los designios de la madre naturaleza: cielo y tierra, Adán y Eva, en cuya stirpe se forman virtudes oníricas, pertenecientes a la unificación de fuerzas opuestas y que paradójicamente se reconstituyen uno a otro de manera simultánea. Entre los dos van creando lazos indestructibles con el universo, de cuyo árbol la naturaleza establece el devenir de la gran madre. La casa aguarda el secreto cuya esencia es femenina, y transcurre, suavemente, en un talismán que protege el bienestar de su intimidad, por ser objeto de un legado de vida. En ella se recogen los frutos del cosmos soñado, en el que el alma rebosante se entrega a la plenitud de un sueño infinito. En el renacimiento de la primera imagen en el tiempo perdido, en el espejo arcano vasto de la ensoñación, el sentido de tiempo y espacio se invierten en favor de las pretensiones del soñador: “...un árbol tiene al cielo por cima, y a la tierra por pie o tronco”¹¹².

En el recuerdo de infancia se contempla el follaje exquisito del paisaje soleado, mientras la tierra se eriza, y el pasto, lentamente, se aparece a los pies del árbol fresco. En su copa llena de hojas alegres, se preparan ilusiones que las hacen volar. El alma danza en los paraísos celestiales del sueño; volando se atraen los nutrientes imaginarios del árbol. A la aurora la pintan libremente manadas de pájaros cantantes invisibles en el horizonte; entre la obscenidad de la montaña opaca, el verde solar reconoce que la labor maternal es fundamental para la agronomía de la ensoñación.

La savia vertical, conducida desde el interior hacia el tronco indica el paso del primer al segundo conducto. De la corteza del viejo árbol brota el benjuí cálido como la sangre, y el oro que comunica, fácilmente, la llegada del destino que le espera. Según la teoría de la imaginación bachelardiana; quien se duerme al pie del tronco, sueña que su cuerpo se reduce de tamaño, para admirar mejor universos miniaturizados que guardan una proporcionalidad invertida, siendo testigos de la milagrosa fotosíntesis. Sueños líquidos y minerales mezclados por las acciones conjuntas de la raíz y el tronco. La fruta cumple con su voluntad aérea y, al mismo tiempo, el soñador adquiere una visión global de este microcosmos.

¹¹¹ BACHELARD, La poética del espacio, p. 20.

¹¹² BACHELARD, *op. cit.*, p. 271.

Los sueños colmados de felicidad son la imagen que se convierte en sustancia que activa los recuerdos amados. De los árboles más viejos nacieron jóvenes doncellas y mancebos que llevan en sus genes el carácter de ambigüedad que se reconoce al interior. La salida proyecta un miedo que genera angustia al estar rodeado por las complejidades del universo, estando expuesto a negarse o afirmarse como ser.



Figura 31. Hermandad.

“El soñador es entonces el simple fenómeno del empuje vertical del árbol; solo tiene el pensamiento de estar de pie dentro de su cuerpo mirando hacia otra parte”¹¹³.

Arriba sólo se escucha el murmullo del cielo; aire, palabra que empieza con A de arco iris, que el soñador usa como puente para unir distintos territorios imaginarios. Sin necesidad de encerrarse físicamente, significa también saber liberarse de los miedos y angustias propias. La madera sólida antes era un fluido sanguíneo vegetal y ahora toma la forma de objetos que perpetúan el ciclo de transmutación de la sangre por el cosmos. Cunas, canoas cuyas dulces cascadas yacen en la oscuridad de su sangre subterránea.

El árbol compone una generación arcaica del refugio, en cuyos ramajes se sostienen los cielos y raíces que van a la tierra, y en su tronco se encuentra el ahuecado vientre.

El devenir unisexual del cosmos propicia el redondo fruto del fuego femenino que anima al espíritu del cuerpo (ánimus).

El cielo mira a la tierra, mientras los poetas se inspiran en ella para calmar sus ansiedades. Como si en sus versos se oyera un atisbo de su voz, gritan, rompen el

¹¹³ BACHELARD, *op. cit.*, p. 257.

firmamento en un camino hacia el infinito. El vacío de la palabra busca el recuerdo del nido amado; el brillo del pan, el calor del corazón alegre. El deseo infantil aplaca las confusiones del alma, recorriendo con una vela encendida en la mano para combatir a esos fantasmas.

Un árbol, cuyas raíces lo fortalecen para que su crecimiento sea firme. Las ramas abiertas entrelazan sus fibras al viento para enraizarse verticalmente con las nubes, para abrazar las dichas del más allá, que los espera. Una imagen repetida tiene como epicentro el recuerdo que colindaba con la huerta. Un especial asombro invade los aromas del campo en que se mezclaba perfecto, con la semilla ardiente y latente, el deseo de fertilidad.

En su interior, el alma del aire se humedece en la pared, formando expresiones faciales al parecer humanas; el sudor de sus pieles pigmenta el tiempo y el olvido que las roe. Una fumarola amable, los leños calcinados por rojo fuego y el amor, engendran los más exquisitos rubíes adornan los árboles genealógicos. La mirada, un soplo transparente que acaricia las nubes aglomeradas de la mente como si fueran pinceles que dibujen constelaciones de un pequeño mundo que recorre los senderos bifurcados de la memoria. La remembranza de mamá que guarda alguno de sus tesoros, bajo la sombra o la tapa de aquel misterioso baúl. Hoy será el momento propicio para que la niña robe, por primera vez, las llaves y descubre que allí siguen intactas las joyas, cartas, fotografías y papeles viejos. Lo mejor de todo fue haber encontrado, en un rincón, el pasado que tanto amaba.

“Otros en cambio, por fin, saben como por instinto, que el árbol es el padre del fuego; sueñan infinitamente en esos árboles cálidos donde se prepara la dicha de arder: en los laureles y en el boj que crepitan, en el sarmiento que se retuerce entre las llamas, en las resinas, materia de fuego y luz, cuyo aroma quema ya en los ardientes estíos”¹¹⁴.

Por un acto revelador de magia pura, la puerta y la gran ventana siempre estuvieron abiertas y el calor de la imaginación derriba las murallas y deja en libertad ecos secretos. La hierba soñolienta despega las risas bulliciosas de las niñas corriendo unas tras otras. La hermana mayor sube al árbol de capulí, mientras las demás, ansiosas, esperan abajo el manjar rojizo, aguardan cerca del árbol, por si acaso en la escalera al cielo da un mal paso.

La casa concede al hombre la posibilidad de habitar nuevamente en una felicidad central de la seguridad íntima. Un privilegio para los que añoran un techo protector. Contemplar, volver a habitarla a través de una proyección de aquella existencia futura, asegura el porvenir, sintetiza las esencias del afuera y del adentro, asegurando el tiempo pasado en la eternidad ensoñadora.

Las cosas habitan el regazo cálido de la eternidad ensoñadora, y, permanece el reposo en esa matriz primordial de la madera. Este encierro delimita la sustancia de la cual están

¹¹⁴ BACHELARD, *op. cit.*, p. 254.

hechas las cosas que surgen, por obra del fuego creador, desde un útero primordial a los objetos que nacen sin cesar en la ensoñación.

3.1 UN SENTIDO EVOLUTIVO ENSOÑADOR

El tiempo en el reposo es un cuerpo desprovisto de encierro; un cuerpo en reposo habita un tiempo perdido. Las imágenes recuerdan un punto ciego en el tiempo, renacen las cenizas y la profundidad de la memoria aumenta en su descendimiento. Se constituye el doblamiento del ser, originado por el cosmos.

Soñar es lanzarse a la búsqueda de tiempos perdidos que brindan la verdadera tranquilidad del alma, aunque para ello se tenga que volver a habitar el primer rasgo angustiante de la vida y del drama humano. La cinemática de los sueños en la casa natal produce la resonancia con presencias del pasado. La imagen relaciona un estado onírico; un aspecto del inconsciente espiritual sublimado de formas infinitamente poéticas.

La imaginación hace que las ensoñaciones poéticas se agrupen en los valores sólidos de la casa y realicen una creación fenomenológica con las formas y contenidos cercanos a la realidad. La poesía recopila los principios de imágenes. Las disposiciones ontológicas, parten del surgimiento de las formas primitivas esenciales capturadas dentro del influjo elemental de las imágenes cósmicas concebidas desde el principio de la casa natal. Se revelan las dualidades humanas, gracias a las visiones dobladas de los ensueños. Al calor del hogar se fortalecen las ilusiones de un mundo ideal; por eso, a él, siempre hay que volver.

El lugar privilegia una familiaridad con el mundo, que permite su realización mediante la articulación en el transcurso de lo subjetivo a lo objetivo a través del verbo “habitar”. Sin lugar a dudas, la casa natal potencia la sicología del dinamismo de su naturaleza cósmica. La casa antigua se llena con imágenes poéticas, representadas en las polaridades invertidas. El árbol edénico pertenece a una inmensidad del bosque; se conforman follajes silvestres en toda su extensión, alcanzan a formar relaciones que compiten en altura para obtener el don sagrado de la luz.

Así como el árbol fabrica su propia fuente de conocimiento a través de la clorofila, las ideas provienen de una corriente intuitiva; para que las ideas tomen forma, las raíces del árbol toman los nutrientes de la tierra; la imaginación le da una forma a la materia en el terreno de la ensoñación; los nutrientes recogidos por los tentáculos de la raíz, son conducidos internamente por el tronco, que se encarga de transmitir la información de los nutrientes que se transforman en savia elaborada a través de ramas y hojas. Este proceso tiene como finalidad la conformación de una primera síntesis del conocimiento. Las ideas son intuitas como una acción generada por entendimiento. Los frutos representan la realización de las ideas que han pasado de la raíz al tronco y éste, a la vez, emite por las hojas, y las ramas, de uno u otro modo, se han unido para conformar los frutos como la materialización de su conjunto armónico. El fruto, es entonces, la materialización de la idea en una corriente intuitiva, impulsada por la savia.

El símbolo del árbol expresa un devenir de la casa; cada piso refleja en lo mayor de su existencia los auténticos valores transformadores de la verticalidad, que representan en cada una de sus partes componentes del árbol cósmico; desde la raíz, hasta el tronco y los frutos, serían los hijos que provienen de la unión de fuerzas masculinas y femeninas dadas en el lecho íntimo que reúne las fuentes síquicas que mueven el fuego simbólico. Sus voluntades emergen desde la imaginación, estableciendo las condiciones síquicas del ser humano para un orden cosmológico.

“El árbol no es sólo de este mundo, ya que poza en el más acá y sube hasta el más allá. Va de los infiernos a los cielos, como una vía de comunicación viva”¹¹⁵.

El árbol de capulí, nadie sabe de dónde vino, ni quién lo sembró. Con certeza se puede decir que siempre estuvo ahí; enterrado en el fondo de la memoria. El único testimonio de los recuerdos más cercanos de la vida. De ramas curvas y salientes. Brazos delgados y muy fuertes, a pesar del peso adicional que tendía a aguantar su rojo brillo; rojo, casi tan oscuro como la sangre de los padres que, al fin, pudo conservar tantos sueños y esperanzas juntas en ese techo amado.

Sin apartarse del árbol, y de su gran altura descomunal, lo mejor de él eran sus frutos vestidos de color vino; se destacaba aún más el verde exquisito de su pulpa, tan curiosa, por cierto, ya que las hojas finas del árbol eran de un tono verde oscuro. El árbol, en que cualquier espécimen se quería subir para estar cerca de Dios o porque las gallinas, al atardecer se subían a las ramas para dormir. Los días, por ese tiempo, eran más largos y la vida no servía para nada más que jugar. Los niños, que vivían al lado de la casa, seguro mandados por alguna mamá, pedían al hermano mayor que trepara la tapia, con cuidado, subir y coger en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de capulíes, que estaban en la parte colindante al patio de su casa.



Figura 32. El árbol de capulí.

¹¹⁵ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 119.

Alguien, al interior de la casa, dejaba entreabierta la cortina, como señuelo. Los niños echaban un brinco y se escabullían rápidamente, como ardillas. A veces parecía que otros niños pequeños los ayudaban a recolectar en canastas, porque el que subía se los metía en el bolsillo de su delantal o se ponía un saco grande para guardar los capulíes.

Eran demasiado recursivos, hacían impensables peripecias hasta que pronto se iba haciendo de noche para ir a cenar. Un día, quizá en una tarde, el árbol se movió dando enfurecidas sacudidas, que no parecían causadas por el viento. Los vecinos amenazaron con cortarlo, porque un niño decía haber caído por tomar los frutos de muy arriba.

Aunque el árbol nunca lo cortaron al contemplarlo ahora en la adultez, no es tan grande, ni frondoso, ni mágico; el árbol de la infancia se desvaneció para siempre con el pasar de los años y al verlo todos los días florecer indiferentemente en el patio. La evocación de esos tiempos, frente a la contemplación del estado actual del árbol, es un destierro edénico.

3.2. NIDOS Y PÁJAROS



Figura 33. Un sorprendente hallazgo.

“Las aves del cielo reposando sobre las ramas del árbol son, además, los estados superiores del ser y todos los estados en su conjunto están vinculados entre ellos por el tronco del árbol”¹¹⁶.

El mundo aéreo, anudado por los pájaros que comparten y preparan la morada caliente, que llevan una por una las ramas secas que sus picos alcanzan a recoger al lugar predestinado para llevar a cabo su propia obra de arte, como un milagro de la naturaleza. Los pájaros en pareja recolectan por turnos, las ramas sustraídas de algún lugar secreto. Los dos, tanto padre como madre, han adornado el nido con algunas plumas suyas, cuyo

¹¹⁶ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 118.

despojo sirve para que el polluelo, en los primeros días de nacido, no perciba su ausencia. Debido a que, el nido reemplaza por momentos la presencia de los padres. El hijo siente la redondez cercana a un tierno abrazo, suave y cálido, de sus padres. Percibe el latido de sus pechos reunidos bajo una misma corona de infinitos suspiros. Los polluelos se acurrucan mejor debajo de su madre en busca de la temperatura corporal ideal, suficiente para mantenerse abrigados y a salvo.

“El pájaro dice Lawrence- no es más que la hoja más alta del árbol, palpitante en las alturas del aire, pero tan firmemente adherida al tronco como otra hoja cualquiera”¹¹⁷.

De tal manera, su propio plumaje parece haberse extendido hacia este centro hueco del universo, para que el huevo madure en lo alto de un árbol o del techo de una casa. La pájara reposa sobre un par de huevos, para cuidarlos, mientras el plumaje de su cuerpo los calienta y de este modo sentir que incluso éste ayuda a darle forma a la cáscara, que luego se transformará en pájaro.

La pájara permanece abrigándolo; pasados unos días, luego de haber roto el cascarón, ella recolecta ahora las semillas o algún grano de arroz que guarda entre su buche y que luego se encarga de conducirlo hasta el pico. Al pasar los días, juntos, padre y madre, lo van dejando solo hasta que aprenda a volar.

La pluma se constituye como material genético que establece un lazo afectivo inquebrantable entre árbol, nido y pájaro. El entramado de la mayoría de los nidos posee un extraño poder imaginario, en que el amor maternal se adhiere con el macho y crea un lugar donde estas dos fuerzas se complementan una a la otra, ya sea como una extensión viva del vientre materno, que el macho no posee, y viceversa. El poder vertical propio de toda masculinidad. Por lo anterior, el huevo sobresale como un símbolo proyectado de dichas fuerzas anímicas, que logra exteriorizarse. El nido es el cofre donde se conciben los tesoros más misteriosos del universo. A diferencia de los mamíferos, cuya simbiosis acontece en las entrañas de la madre.

Dos pájaros valientes se enfrentan a los vientos helados que turban la tranquilidad del refugio, mientras que otras especies animales dependen de las cortezas para formar un hueco (madriguera) esperando a que pase la época más fría del año. Los nidos conceden un tesoro invaluable y, a la vez, otorgan un mundo complejo al árbol frondoso de la vida, germen que permanece oculto. Con fervor materno, unidos, los pájaros preparan el lecho en un lugar seguro y cálido para recibir a su pichón; ellos se encargan de buscar alimento y abrigo durante largas y frías noches; ambos desarrollan su propia fuerza materna, en que se trasmite mutuamente ese sentimiento de amor y entrega.

“El nido es sin duda, para el pájaro, una morada suave y caliente. Es una casa para la vida: sigue cobijando al pajarillo que surge del huevo. Para el pájaro que sale del huevo el nido es un plumón externo antes que la piel desnuda reciba su plumón corpóreo”¹¹⁸.

¹¹⁷ BACHELARD, El aire y los sueños, p. 263.

¹¹⁸ BACHELARD, La poética del espacio, p. 126.

La pájara está lista cuando llegue la inesperada visita de un extraño; defiende a sus crías, sobre todo cuando un depredador acecha sus huevecillos. El movimiento lento o rápido del enemigo puede llegar a distraerla, dejando fatales consecuencias. Los pájaros actúan de manera preventiva y por eso sus nidos están ubicados en las partes altas, que impiden el acceso de especies enemigas.

El canto de las aves generaliza al mundo con un sentimiento alegre que llama a los miembros de la misma parvada; también les da sosiego a los polluelos; a veces están en silencio para no despertar sospecha alguna entre ciertos depredadores; hechizan almas con sus dulces melodías. Como se ha venido describiendo, la vida en el nido, desde el punto de vista de las aves, las convierte en tejedoras, andariegas y guardabosques que preservan la fauna.



Figura 34. El arte de hacer nidos.

“... Más alto aún, y más alto,
Desde la tierra saltas,
Cual nube de fuego;
Profundo hiendes el azul,
y aun cantando te remontas y remontándote no dejas
de cantar.
... Ruido de vanales chaparrones
Sobre la titilante hierba,
Flores que la lluvia
Todo lo que jamás ha sido
Alegre, y claro, y fresco, tu música supera”¹¹⁹.

Para dichas ensoñaciones cósmicas, su organización se renueva a través del ensueño, donde se unifican fuerzas aéreas y terrestres, que se armonizan dentro de una misma unidad central, predeterminada bajo un ideal que el soñador persigue estando en su casa natal.

¹¹⁹ CHEVALIER, Diccionario de los símbolos, p. 84.

El nido y sus huevos sedimentan un cúmulo de ensueños que se visualizan siguiendo un instinto de conservación materno, con un espíritu aventurero, que hace parte de la naturaleza migratoria exclusiva en algunas especies avícolas; es por eso el nido constituye la síntesis más pura de las voluntades aéreas y terrestres unidas sobre un eje de vida. Así la imagen del nido se transforma por completo en un órgano viviente en todo sentido, ya que el embrión se presenta como la realización de un deseo a través del sueño, y los nidos actúan en el mundo del árbol como tejido o rincón del universo que mantienen integrada la unión de ese microcosmos. Allí se inician las primeras organizaciones vivientes, donde diversas clases de animales coexisten junto a las vidas humanas. Las ramas se convierten en un rincón donde se instalan las primeras estructuras habitantes, en moradas enramadas por una bandada de aves. El nido vendría a ser una especie de umbral sobre el cual se sostiene la vieja casa, y en su centro se acumulan los primeros antecedentes de la humanidad.

En el interior del rincón se hallan las sombras vivas; compartiendo el mismo techo con los anteriores habitantes de la casa, retornan en un instante de ensueño como una chispa incandescente del espíritu. También el nido resume el poder creador del ánimo femenina y masculina; se unen para dar vida estando sobre la copa más alta, donde al fin se reconoce su esfuerzo y valor.

“Con el sótano como raíz, con el nido en su techo, la casa oníricamente completa es uno de los esquemas verticales de la psicología humana”¹²⁰.

Estos aventureros por naturaleza, que palpitan a través del cielo, ratifican la realización en las alturas de un deseo elevado. La tierra por entero es cómplice en sus largos viajes, donde el deseo de volar aumenta; mientras el sueño florece hasta tomar dimensiones astronómicas. De los nidos, su polvo expide un licor de ensueño. Las aves más pequeñas se pierden en un punto del horizonte; a veces descansan por un rato sobre las campiñas para buscar alimento; con su canto y el vuelo sintetizan al mundo debajo de sus alas.



Figura 35. El nido humano.

¹²⁰ BACHELARD, Gastón. La tierra y las ensoñaciones del reposo. México: Fondo de cultura Económica, 2006, p. 122.

‘Pintar primero una jaula
con la puerta abierta,
pintar después algo bonito
algo simple, algo bello,
algo útil para el pájaro.



Figura 36. Un trabajo de dos.

Apoyar después la tela contra un árbol
En un jardín, en un soto,
o en un bosque esconderse tras el árbol.
Sin decir nada, sin moverse.
A veces el pájaro llega en seguida
Pero puede tardar años
antes de decidirse.
No hay que desanimarse
Hay que esperar
Esperar si es necesario durante años
La celeridad o la tardanza
En la llegada del pájaro
No tiene nada que ver
Con la calidad del cuadro.
Cuando el pájaro llega, si llega
observar el más profundo silencio
esperar que el pájaro entre en la jaula
y una vez que haya entrado
cerrar suavemente la puerta con el pincel.

Después borrar uno a uno todos los barrotos
cuidando de no tocar ninguna pluma del pájaro.
Hacer acto seguido, el retrato del árbol,
escogiendo la rama más bella para el pájaro,



Figura 37. El vuelo del inmigrante.

Pintar también el verde follaje
Y la frescura del viento,
El polvillo del sol
y el ruido de los bichos de la hierba en el calor estival
y después esperar
que el pájaro se decida a cantar.
Si el pájaro no canta, mala señal,
Señal de que el cuadro es malo,
Pero si canta es buena señal,
Señal de que podéis firmar.
Entonces arrancadle delicadamente
una pluma al pájaro
Y escribid vuestro nombre
En un ángulo del cuadro”¹²¹.

3.3 LA GENEALOGÍA DEL POETA

Haciendo muchas veces de mineros, los poetas a diario descubren tesoros incalculables de gargantas infernales y subterráneas, con la esperanza de que en la oscuridad de las cavernas se albergue algún trozo de fortuna.

El aire genera un impulso invisible sobre el mundo y, transmitido a través del viento, penetra en la materia viva movilizandolos órganos vitales del cuerpo. El aire que entra

¹²¹ [PRÉVERT, Jacques](http://files.bibliotecadepoesiacontemporanea.webnode.es/200000093-43c8744c27/Jacques%Prevert.pdf). Poemas de Jacques Prévert.
<http://files.bibliotecadepoesiacontemporanea.webnode.es/200000093-43c8744c27/Jacques%Prevert.pdf>, p. 41-42.

al interior de los pulmones genera una acción renovadora en el ser humano; el aliento genera un impulso anímico que admite el descubrimiento de un porvenir.

El poeta también hace parte activa en la creación de un universo corporal y anímico. La voluntad del alma humana siempre desea volar, para presenciar de cerca el esplendor del planeta; al igual que los pájaros, los poetas desarrollan sentidos demasiado agudos, como la percepción; esto explica cómo el dinamismo de las especies se une para generar una transformación aérea sobre el mundo terrestre, y viceversa.

La poesía impulsa un movimiento biodiverso que expresa un estrecho parentesco en cuanto a aquellos rasgos complejos entre animales y vegetales, comprendidos por el hombre a través de su perspectiva poética.

El pájaro sobredimensiona la vasta extensión territorial y sus habitantes forman pequeñas comunidades, donde ellos albergan el don celestial de la existencia. Se aprecia con facilidad la belleza entre menos perceptible sea ante el ojo humano; los demás sentidos actúan para objetivarla, sin pretensiones racionales. Todo principio admite la sencillez para contemplar con atención al universo engrandecido. Durante el ensueño, se vive el instante presente de la imagen poética, en cuanto a la relación entre ser equivale a su proyección en el universo y éste se halla implícito como espacio.

Ahora, el tiempo que vive el ser en el ensueño evoca recuerdos del pasado que actúan por el instante. Al imaginar, el soñador traspasa las líneas geográficas que lo separan del universo; al vivir en un presente, las imágenes se transforman, lentamente. En el tiempo del reloj, el sueño dura poco en realidad, pero fue suficiente para generar su transformación.

En el soñador, mientras descansa, el alma continúa despierta; con los párpados cerrados, con su imaginación pinta un paisaje en acuarela, extrayendo los colores de la savia arbórea que se mezcla con la dulzura del arroyo. Las aves cantan para invitar a la integración de varios elementos que le dan a la imagen un carácter duradero y, al mismo tiempo fugaz. Múltiples colores le imprimen un brillo único a cada forma, generando movimientos de luz y sombra en sus colores, para lograr una ambientación o contexto en el que se reúne en un mismo lugar.

El cuadro parece trastornar fibras internas del observador y evoca, en parte, la intimidad que integra su propia alma con el cuerpo. La pintura se traslada en un mismo cuadro, cargada de sensibilidad y pensamiento, cuya materia se inspira en el dinamismo hormonal de la imaginación, al imponerse un determinado estado anímico ante el público.

El aire es un elemento purificador porque alivia las angustias físicas y mentales y en cada suspiro se aproxima a la grandeza del universo; el soñador viaja a través de cielos y mares del mundo, a bordo de su propio barco.

“A partir de ese reposo en el bienestar de una imagen, el escritor nos lleva a un cosmos de descanso en expansión”¹²².

La imagen poética puede hallarle un carácter doble de lo corpóreo frente al fenómeno síquico, generando un nuevo ser, producto de un lenguaje poético, el ser doble con múltiples contrariedades. La imaginación creadora le confiere al poeta el destino constructor de su propia morada ontológica en el universo; con un disparo fue impulsado por el arco y la cuerda; el poeta sale como flecha, que atraviesa por el viento hacia un lugar desconocido y lejano; arco y cuerda ejercen las acciones de la imaginación, que queda libre en cuerpo y alma, a través de la imagen poética.

El poeta-soñador confiere una apertura imaginaria como un impulso creador de un futuro inmediato mediante el órgano sonoro del lenguaje, la palabra. El poeta, en gran parte, contribuye a la formación de su monumento arquitectónico; al hacerse responsable de la realización del universo, es consciente de que el hombre continúa labrando infinitas posibilidades.

Por eso la ensoñación depende más de los recuerdos que de la memoria, porque en los primeros se consolida por vez primera la realización dinámica de la conciencia creadora. Los mundos imaginados van surgiendo de la intimidad estimulante para el alma soñadora; la tinta revela las aspiraciones cosmológicas en la escritura; en silencio, el poeta suspira en la privacidad del techo amado. La inspiración es tan poderosa que el poeta impregna sus representaciones en lectores como si fueran parte de esos escondites donde se oculta algún secreto que ahora, está al descubierto: “La ensoñación poética es una ensoñación cósmica. Es una apertura hacia un mundo hermoso, hacia mundos hermosos. Se concede al yo un no-yo que es el bien del yo; mi no yo. Ese no-yo mío hechiza al yo del soñador: los poetas saben hacérselo compartir. Para mi yo soñador, ese no-yo-mío me permite vivir mi confianza de estar en el mundo”¹²³.

La apertura es positiva cuando una acción de la voluntad humana se haya expandido en el cosmos soñado, que evoca, al principio, la figura como una representación emblemática que se trae a la memoria de manera simbólica. La poesía es una fuente de transformación hacia el símbolo; al restablecerse dentro del contexto del ensueño creador condensa las acciones del fuego.

De la prehistoria emerge una forma paroxística avivada por el frotamiento de dos maderos; el fuego engendrado se ofrenda ante la aprobación del dios de los cielos. Al final, el sol se les presenta para culminar con el rito de la creación por medio de un rito sexual que anteriormente se llevó a la emanación del benjuí que brota del tronco.

Se celebra la unión de fuerzas contrarias que, al final, logran conciliar sus diferencias en el lecho sexual: “Viendo tanta vegetación, tal exuberancia de palmas verdes salir del

¹²² BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 290.

¹²³ *Ibid.*, p. 28.

corsé escamoso de un tronco rudo, considero ese hermoso ser del sol como una sirena vegetal, como la sirena de las arenas”¹²⁴.

El ánimo de los poetas empieza con una visión personalizada sobre el espacio creado a partir de su intimidad y la casa es, entonces, ese lugar ideal en que encuentra un refugio cálido y de inspiración. Recoge durante los días lluviosos, noches de frío intenso que sacude tejados y maderos. Se reúnen las familias alrededor de la fogata, junto a esa fuente de unión fraterna, cuya intimidad crea un círculo inquebrantable que comunica con otras casas arrinconadas en cualquier confín del mundo.

“Entonces un ojo de poeta es el centro del mundo, el sol de un mundo”¹²⁵.

Espacio y tiempo se conjugan al evocar el alma poética; las joyas dentro del cofre cobran un valor de inmensidad, ya que en su interior generan los más bellos misterios de la vida. Los secretos cobran una enorme grandeza, porque adquieren un significado especial para las vidas y así las imágenes de la casa son las piedras preciosas más valiosas porque brillan más en los lugares más incógnitos de su intimidad; por ello los poetas las aprecian, porque estas resplandecen con mayor intensidad en medio de la oscuridad. En la soledad cada individuo se aborda a sí mismo y descubre qué tan cálida o fría puede estar su alma cuando se dejan enclaustrados por muchos años los temores inconscientes.

El poeta provee una generosa perspectiva cosmológica, al convertirse en una expresión de su naturaleza creadora, donde el ser proyecta un mundo de ensueño por medio de la imagen poética. En un mundo soñado, donde todavía no hay una sociedad, solo los imaginarios proporcionan formas de vida futura.

Entonces, las ensoñaciones del ánimo traen al presente estados arquetípicos anteriores en la vida del ser humano, como lo es la infancia, que vendría siendo como una especie de estado preconsciente y prerracional, donde reina el principio de la ambigüedad. Específicamente, se relaciona con el simbolismo del andrógino, en el que se conservan múltiples complejidades y estados psicológicos del sujeto sometidos a diferentes estados oscilantes.

Esta característica en el individuo está íntimamente ligada con la idea sobre la dualidad del ser que genera contenidos y comportamientos tanto masculinos como femeninos, una especie de ángel caído. El lenguaje echa sus semillas en una conciencia imaginada donde esa feminidad esencial, latente e inconsciente, mediante el símbolo actúa.

El poeta ayuda a edificar un mundo exteriorizado de imágenes primigenias, habitando nuevamente en su casa natal; el soñador vuelve a la raíz donde tuvo su primer contacto con el universo y se encuentra con ambos seres en el regazo de su antigua morada y, en su soledad, el soñador prefiere soñar con ella, donde el yo inconsciente se presenta de

¹²⁴ *Ibid.*, p. 56.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 277.

manera espontánea en cualquier instancia del presente para cambiarlo todo. El soñador intercambia evocaciones por medio de versos; un ser siempre quiere estar en sus lugares amados; el poeta ofrece una fenomenología renovada del universo mediante la ensoñación.

“¡El pasado del alma está tan lejos! El alma no vive siguiendo la corriente del tiempo y encuentra su reposo en los universos que la ensoñación imagina”¹²⁶.

Gastón Bachelard, a partir de la ensoñación poética, origina un estudio amplio y detallado sobre el origen del universo y del hombre, desde el ensueño poético, como un estado auténtico que fortalece y complementa el estudio filosófico. Esto contribuye la gestación de nuevas formas del pensamiento que propician también una constante actividad que conlleva a su continua evolución.

Los sucesos dialécticos provocados por la ensoñación transcurren de manera espontánea; por lo tanto, su acción renovadora se adjudica a los comienzos de la imaginación creadora. En las obras que Bachelard dedicó al estudio de la ensoñación, manifiesta los cuatro elementos (fuego, agua, aire y tierra) a partir de la imagen poética, dado que éstos se abren a otros espacios y temporalidades. El alma percibe realidades que la rodean, desplegando su resonancia onírica adecuada a un mundo extenso e infinito. El poeta es un fenomenólogo y filósofo porque en su actividad de pensamiento diario descubre algo nuevo: la misma imagen que se renueva, hasta encontrar para ella su verdadera esencia, siendo capaz de reconocerse entre las múltiples contradicciones de su mundo interior.

Las imágenes poéticas proporcionan ese fuego, que rebasa las fórmulas del lenguaje y de la metáfora, como el factor emergente para la construcción y renovación de territorios inexplorados; a estos el pensador debe viajar para investigar a profundidad sus vastos y fértiles territorios para llenarse de nuevas herramientas que le generan una riqueza de conocimiento. Así se logra reforzar la dialéctica fina del afuera y del adentro, que permite alcanzar las profundidades secretas del hombre en el movimiento mismo de apertura al exterior, pues, el soñador está presto a acogerse al mundo mediante la imaginación poética, mejor el ser se puede encontrar a sí mismo.

Al concentrar en la presencia de las cosas es posible descender a las profundidades del propio ser. Es claro que la poesía, en su conjunto, expresa el dinamismo del espacio soñado; el hombre se encuentra en las cavernas íntimas, ecos que en lo oscuro resuenan con voces primigenias del yo inmerso en ensoñaciones.

“El poeta escucha y repite. La voz del poeta es una voz del mundo”¹²⁷.

Las ensoñaciones cósmicas son realizaciones creadas por el poeta, en las que se intensifican estados síquicos mediante un principio onírico. La imagen poética adquiere un carácter de novedad, de donde surge un nuevo ser apto para habitar en un mundo fabricado por el lenguaje. Así como el poeta habla desde el umbral de sus ensoñaciones

¹²⁶ *Ibid.*, p. 30.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 283.

cósmicas para comunicar una condición del hombre primitivo a partir de imágenes y que, más adelante, se refiere al símbolo como manifestación del carácter evolutivo hacia un lenguaje escrito, por medio del uso, la palabra habla del mundo bajo los términos del lenguaje.

El símbolo es una producción síquica de la imaginación expresada mediante un lenguaje poético con propósitos de ensoñación y creación literaria; un ser interior se proyecta hacia afuera revelando su verdadera condición humana como sujeto y objeto. Involucra formas y contenidos sin fin de mundos miniaturizados que se evocan; es por ello la imagen poética retoma un estado primigenio del ser.

Al dar una interpretación subjetiva, la imagen visual desencadena una evocación más allá de una sensación; activa en el soñador una emoción que trasciende de la imagen visual: se extrae el sonido, su textura, sus olores y sabores. De esta manera, el recuerdo se vuelve a reunir en una nueva unidad celular formada en la memoria. Cuando la felicidad se evoca estando adentro, se integra en una imagen de intimidad.

La fenomenología denota una psicología profunda, relacionada con un concepto amplio acerca del ser. Al crear su propia colección de imágenes, la intimidad del hombre se cultiva en las sombras, estando a solas. La poesía encarna, en cuerpo y alma, el lenguaje de la intimidad y los valores que coinciden con la ensoñación transformadora del poeta, que habita en lo profundo; al cultivar un primer semillero fenomenológico, los pequeños detalles descritos cobran envergadura al ser transformados una y otra vez en mundos más evolucionados.

La resonancia realiza una reconstrucción del espacio por medio de cada uno de los objetos evocados que lo componen; los recuerdos aumentan el signo de la llama viviente, a medida que el aire refresca la memoria. Al referirse a la declamación, se constituye una expresión, donde la voluntad poética cumple su labor fundamental a través del lenguaje, que exterioriza un primer fenómeno de la voluntad humana. En la ensoñación poética, el alma toca al verso; el río es un poema donde se fecunda el germen en la tierra; igualmente, la voluntad del poeta nace de la síntesis de los elementos y confiere a la casa como espacio primordial de la ensoñación cósmica.

El ánimo es el arquetipo femenino que habita en cada poeta; significa la representación de sí en el momento en que desempeña una labor estética, en cuanto utiliza a la imagen poética como un recurso literario para su realización humana. La esencia vital de la existencia humana está en el alma.

La relación del poeta con el mundo es, en primer lugar, ontogénica, ya que se basa en un estado primitivo de la intimidad; la esencia de la poesía tiene un ánimo femenina, porque por ella se expresan las naturalezas humana y subjetiva, que son constituidas por el inconsciente al desencadenar en lo imaginario. Este doble carácter del alma humana se refleja en su ánimo femenina y animus masculino, de los cuales el poeta vendría a ser la materialización que une ambas fuerzas con características complejas.

El poeta deviene de la síntesis vegetal que asciende de manera vertical hacia su evolución. Proveniente de las ensoñaciones terrestres, se manifiesta el ánimo de algún modo; engendra al lenguaje y su lengua materna, donde cada letra y sucesivamente las sílabas se transforman en palabras: “Hay palabras en las cuales el femenino impregna todas las sílabas. Toda palabra son palabras para la ensoñación, pertenecen al lenguaje del alma”¹²⁸. Las palabras acentúan antagonismos masculinos y femeninos en el lenguaje, que influyen en la división de géneros literarios, en los que se marca una línea divisoria que diferencia un estilo literario entre uno y otro.

La palabra femenina convoca un sinfín de evocaciones en la imaginación y provoca varias emociones, al tiempo que amores pasajeros que no se consumaron y que, en alguna medida, surgen, nuevamente, desde las profundidades del alma.

Las semillas son ideales que se fertilizan en palabras, en cuya esencia conservan su femineidad porque se han incubado en el nido del lenguaje, que luego, con el vuelo de las palabras, se convierte en pájaros: “pero amarlas íntimamente, por sí mismas, con las lentitudes de lo femenino nos lleva al laberinto de la naturaleza íntima de las cosas”¹²⁹.

La naturaleza ensoñadora del lenguaje adquiere una clara representación de intimidad femenina que coexiste por acción de una imagen poética. Causa un eco acompañado de voces femeninas que suavizan el fluir de la lengua, cambiando el sentido por razones idiomáticas, concernientes a escrituras que se fusionan con el género masculino.

Las palabras y las cosas se determinan según como se las nombra, pero, en el fondo, permanece oculta su faceta singular de género. Las palabras, en una lectura poética, fluyen fácilmente, amenizadas dentro de su matriz ensoñadora, en la que se retorna al principio, para crear de nuevo al mundo, donde las vocales actúan como órganos independientes y conforman una estructura dinámica en el lenguaje. Teniendo como principio arquetípico a la casa natal, estrechan su lazo dialéctico con el universo, grande - pequeño, dentro - fuera.

La casa natal se manifiesta ante el soñador como conciencia primitiva surgida del cosmos imaginario donde su mirada se fusiona con el exterior y se combina con la fuerza inmaterial del recuerdo para formar la imagen. Dentro de la casa, las cosas se sueñan nuevamente, dentro del espacio tienen vigor en la memoria. La casa soñada brinda la fuente de la juventud eterna del alma que se complementa con el cosmos, y donde la intimidad es necesaria para fecundar ensoñaciones futuras.

Entonces, ¿se podría hablar de géneros literarios en términos rígidos? Para Bachelard existe una visión ambigua con respecto a los géneros literarios, cuyo eje se extiende para formar híbridos con los que se da paso hacia nuevas formas o subgéneros con estilos literarios diversos. La imagen literaria no tiene género, pero si se habla en términos

¹²⁸ *Ibid.*, p.51.

¹²⁹ *Ibid.*, p.53.

subjetivos, al poseer un carácter de intimidad responde a un estímulo anímico que interactúa con los impulsos femeninos de vida.

La intimidad conserva su naturaleza femenina y ensoñadora, entendida como una fuente vasta de conocimiento sobre un cosmos poético que posibilita la inversión del lenguaje hacia el pensamiento, producto de la acción renovadora entre animus y ánima.

Para un animus que manifiesta su feminidad, en el fondo su carácter de intimidad recobra su sentido cósmico a través de la palabra y descubre al yo poetizador que habita en su interior, donde el alma se refugia en una habitación; en la cocina, opera el motor espiritual del cogito femenino.

En las ensoñaciones femeninas, la poesía emerge de las profundidades esenciales del lenguaje. El devenir del ensueño cósmico permanece en el poeta. Para ello, se requiere del ensueño profundo para pensar, como poetas y filósofos, dos facetas de la misma moneda. El lenguaje, pilar fundamental para obtener un conocimiento profundo que traspase el principio ontológico del ser, que universalmente encuentra certeza en sí mismo.

Lo femenino alude al yo poetizador que habita en el interior del ser humano; es un agente que hidrata al mundo, haciendo que sus formas vivas se transformen; pertenece a su naturaleza viva, a un yo real que altera el origen de la especie humana.

La ensoñación es, por lo tanto, una manifestación del ánima que se expresa a través de la palabra, resalta la naturaleza femenina y el dinamismo que fluye en el alma del soñador que, con su dominante voluntad aérea, suaviza el caos reinante del universo. El poeta representa al lector en su tronco, como sustancia anímica.

“Una hoja es el vicio, dos hojas son un árbol, todas las hojas son, apenas, una mujer”¹³⁰.

El lenguaje poético tiene un origen maternal, que posee el don de la fertilidad gracias a que la esencia femenina da vida a la ensoñación. Al soñar las palabras, aman la intimidad y el laberinto de las cosas. Como también existen imágenes andróginas, que van de una palabra a otra, se transfieren mutuamente y su esencia se transforma de femenino a masculino.

Todos estos ejemplos hablan sobre una misma cosa equivalente a la estructura y movimientos del árbol en que, gracias a la antítesis, la esencia femenina hace que sus transformaciones participantes de un hecho significativo varíen en sus formas. Sin embargo, su profundidad onírica sigue siendo femenina, aunque afuera el mundo trascurra por instantes cortos de tiempo.

¹³⁰ MUTIS, Álvaro. La mansión de Araucaima. Bogotá: La oveja negra, 1982, p. 10.

La ensoñación está en peligro porque produce desconfianza; la palabra masculina disfrazada de una falsa feminidad es producto que con el uso excesivo deforma su verdadero origen; por ejemplo: lo masculino por naturaleza pierde cierta fuerza y poder, mientras que lo femenino gana en gracia y encanto; entonces, en el dinamismo que otorga los espacios y lenguajes, se da origen a un ser andrógino, el soñador nativo que inevitablemente habita en todos los hombres como un producto combinado por ambas procedencias. En el lenguaje se llega a tomar una conciencia creadora y la poesía determina las acciones de los hombres y a partir de esa extraña y salvaje complejidad a la cual fue arrojada y, al mismo tiempo, atada a este mundo más allá de la muerte, la ensoñación se obtiene de la posibilidad de alcanzar la inmortalidad y la libertad que anima a los dos géneros humanos.

El sistema lingüístico se esfuerza como proveedor de encanto femenino hallado en las palabras. Con las vocales nacen las palabras como órganos que articulan ideas y pensamientos y contribuyen al funcionamiento interno del discurso, donde la esencia materna tiene una justificación para el desdoblamiento de entidades múltiples.

Se puede llegar a afirmar que la casa es el lugar donde se forma primero al niño como un poeta, quien sueña, y a la vez, es creador de su propio reino imaginario; una especie andrógina permanece en su interior, gobierna todas las manifestaciones femeninas, como el amor maternal y la intimidad, que encuentran un punto neurálgico en la ensoñación, se disuelven las durezas y las contrariedades genéricas que pueden dar origen a un ser sin género.

Estas fuerzas quiméricas se convierten en sustancias alquímicas que fortalecen al espíritu humano al estar manejadas por la conciencia creadora, porque estas dos se unen a tal punto de mezclarse mágicamente en una sola poción que, por acciones imaginarias, puede llegar a conseguir una expresión única y especial.

En el lenguaje poético, se expresa esa intimidad propia de la feminidad, que sutilmente se sugiere; en la tonalidad en la que se ha situado en cada frase, funciona dentro de una estructura armónica y clara que, en el momento de leer, se intercambia verso tras verso entre lector y escritor. Entonces, la casa es lenguaje en la medida en que se construye palmo a palmo una profundidad onírica, y se logra mantener un orden estético del universo.

Una intimidad andrógina porque se unen la fuerza y el poder que emanan todo lo masculino y se valoriza aún más si conserva su rasgo femenino. Por decir algo, cuando se aprende a escribir y a leer, se unen letras, luego sílabas, palabras y, finalmente, oraciones utilizando artículos que anteceden a cada sustantivo (el, una, la, uno, unos, unas), se van intercambiando según el significado y contexto que se quieran dar. Con esto se pretende llegar a que las palabras, al ser unidas, se acomodan a una primera exposición de origen andrógino, al cual los seres humanos estuvieron dispuestos, sea como hombre con contenidos inconscientes femeninos, y la mujer con contenidos inconscientes masculinos.

¡Oh tú espíritu mío!, te mueves ágilmente
Como el buen nadador se mece en libertad
Surcando alegremente la azul inmensidad,
Una indecible dicha gozando virilmente.

Tú que, al igual que alondras, elevas tus ideas
Y el cielo matinal en un vuelo saludas,
Comprendes sin esfuerzo, sobre las cosas feas,
El habla de las flores y de las cosas mudas.

V...

Y, ¡ay!, vosotras mujeres, pálidas como cirios,
corrompidas, roídas, que un día fuisteis lirios,
y ahora arrastráis la herencia de la maternidad
y las deformaciones de la fecundidad”¹³¹.

Se duerme mejor, a veces, cuando la memoria se baña en la laguna de los recuerdos amados que generan el ápice mínimo de vida. En el sueño, el yo poetizador resurge de la semilla en lo profundo del ensueño, un ser que renace luego de caer en tierra con la furia de un rayo, que rompe el suelo a través de las grietas donde la voluntad de los vegetales y demás seres vivos puebla al planeta tierra para elevar el ánima silenciosa de una mujer solitaria.

En la ensoñación nace un cogito distanciado, libre, que modifica una sustancia síquica. Se convierte en una sustancia química de las ensoñaciones positivas. El ser menos ser busca imágenes de un más ser con un bienestar ontológico. El soñador se reconoce a sí mismo como una sustancia activa para el pensamiento.

El cogito de la ensoñación unido a la imagen es inmediato e ilumina a una conciencia dormida. El poema encuentra resplandor a través de una imagen central creada por el soñador. La imagen ejerce como el centro axiomático de su cogito. El cogito de la ensoñación deja sus frutos para nutrir con sus poderes femeninos y redondos, de su ánima, para manifestar su belleza astral, soñando con una lengua futura sin géneros.

“El cogito de la ensoñación se imaginaría así: sueño el mundo, por lo tanto el mundo existe como yo lo sueño”¹³².

La ensoñación concede seres inmemoriales, sin historia, y las visiones sobre un mundo futuro. Los mundos real y soñado se compenetran juntos para equilibrar a las partes con el todo, la casa con el universo viviendo uno para el todo.

La lectura es un medio de comunicación entre el yo y sus yoes soñados. El contenido de los libros es una fuente soñadora síquica y anímica de la imaginación. La sobriedad, característica eficaz de la elocuencia, sirve como herramienta para la vida espiritual de la imagen.

¹³¹ BAUDELAIRE, Las flores del mal, p. 33-36.

¹³² BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 238.

El arquetipo de la casa es un valor fundamental, porque el valor como tal no tiene un objeto; no existe sin la imaginación del hombre, dado que los valores humanos se concentran en las imágenes de la casa. El arquetipo forma de sí un carácter subjetivo, que posee una forma compleja a través del símbolo, converge del yo central de la intimidad y cambia durante el transcurso de la subjetividad a la objetividad.

El yo aéreo vuela de manera onírica para integrar, en sí mismo, recuerdos del pasado con las proyecciones futuras, integra por un instante presente. La casa onírica concibe las proyecciones de un microcosmos, que establece a la casa natal como la anímica condición del recuerdo, y potencializa los fenómenos de una poética pura.

El poeta, como el ave, mantiene su ascenso positivo hacia su no-yo. La caída positiva advierte un despertar hacia la conciencia imaginante que altera el sentido de su verticalidad, en cuyos polos se sujeta por el xilomorfismo del árbol, que se sostiene por la raíz, tronco y rama. La quintaesencia que brota del tronco es la misma que eleva el carácter del soñador a un superyo poético.

El poeta descubre la verdadera esencia femenina de su lenguaje, su cogito soñar para pensar se trasmuta en un fruto andrógino (Jung) del árbol cósmico, o en un ser sin género; como lo definió Bachelard, animus y ánima son dos sustancias que proceden del mismo árbol que engendró a los hombres primitivos. La poesía estudia al ser humano mediante la imagen como un órgano reflector de su propia alma y por medio de símbolos mantiene oculto su verdadero carácter anímico. Las ensoñaciones del lector se viven mejor en compañía del escritor, pero se entrecruza con fuerza el destino anímico de ambos, se intercambia en la obra.

En el fondo se aloja la semilla arquetípica de la vida que recae en el niño, donde se inician las primeras etapas del imaginario. El gran antes en que la vida da comienzo a la batalla psicológica del poeta reúne la fuerza inicial de todos los elementos sintetizados por el hombre y crea reservas expectantes de alegría, la poesía logra convocar a los recuerdos.

El pequeño pueblo de Champaña para Bachelard, equivale a todo lo vivido en su pasado, recuerda a su madre y su infancia en el campo. Vuelve a ser un poeta que habita en ese umbral donde se encuentra ubicado el superyo (cogitatum) de la ensoñación cósmica, que edifica su propio conocimiento filosófico basado en una experiencia poética sustentada basada por imágenes de un Super Yo que pertenece a la totalidad del universo.

Los valores poéticos coinciden con la fuerza del alma ensoñadora, y la poesía sería, entonces, una forma en que el hombre puede comunicarse libremente con el universo externo. La ensoñación crea lazos que van a perdurar; entre soñador y mundo se enfrentan con valentía y sin restricciones. Los sueños ayudan a sobrepasar los límites de la realidad y de la misma imaginación, ayudan a que se fortalezcan los lazos filiales con el creador de dichos universos. En el lecho de la ensoñación se forjan los futuros poetas

y en ese momento el soñador pasa a tomar el espacio creado por el poeta como una especie de flor que va abriéndose lentamente al mundo. Ahora la ensoñación ha sido poetizada y el soñador se ha transformado en un poeta.

La conciencia poética, desplegada por la voluntad, le da tonalidad al no yo, cuya procedencia se radica desde la intimidad, que ha engendrado un lenguaje que se retransmite al leer. El poeta, con su imaginación, reconstruye la sustancia invisible donde la voluntad femenina reposa sobre la tierra que ha engendrado en su totalidad a los seres vivos del mundo.

Si la ensoñación establece una conexión directa con el lenguaje poético, el recuerdo se renueva en el presente y los anima cuando la masa fría de la memoria entra en contacto con el aceite caliente; el fuego de los recuerdos entrará en contacto con el aceite caliente y vuelve el molino que tritura la espiga dorada. La masa vuelve a ese mismo color original, conmemorándose así un sin fin de metamorfosis anteriores; Jung, a modo de conclusión sobre la unión de animus y ánima reunidos, que son esencia de un mismo arquetipo: la vida.

3. 4 LAS CASAS EVOCADAS EN LA INFANCIA



Figura 38. Primeros pasos.

Bachelard siempre ha buscado retroalimentar ante todo sus ensoñaciones de infancia por medio de fenómenos sobrecogedores que se dan en la inmensidad íntima de la naturaleza, en los que se crean paisajes deslumbrantes por la imaginación de obras humanas que recorren de la reja hasta el jardín en la parte posterior de la casa. Pero la ensoñación no se limita a una simple dilatación de la percepción por medio de un onirismo espacial. La poética manifiesta su intimidad a través de los objetos que se componen en el tejido de la memoria, que se evocan dentro del espacio onírico y que enriquecen el presente con los recuerdos del pasado.

La intimidad adquiere sus propiedades oníricas en el espacio, partiendo de las materias, formas y movimientos del afuera, pero también, en su interior, las imágenes arcaicas pueblan la memoria con los recuerdos de infancia. En resumen, imaginar conlleva la percepción y la mantiene en un estado de solidaridad en la memoria, que genera un impulso, sobre todo en el cuerpo, al igual que las ensoñaciones permanecen en constante actividad al seguir los movimientos del cuerpo con sus gestos y ritmos.

El cuerpo recorre a pie, atravesando los ritmos cambiantes. De la misma manera, el hombre que trabaja con materias sueña que sabe cómo manejar unos estados de introversión que desencadenan hábitos y ensoñaciones pasadas.

Son estos estados oníricos en los que de cuerpo presente, se permite regresar y unir con el alma de la casa natal que habita en cada individuo, con los ojos cerrados, siguiendo automáticamente el camino con el tacto. “Pero allende los recuerdos, la casa natal está físicamente inscrita en nosotros”¹³³. En su interior se forma un conjunto de hábitos orgánicos. El cuerpo, donde quiera que se encuentre, siempre puede despertar las imágenes que surgen del exterior y participar de su resonancia en tiempo presente.

Por esto Bachelard relaciona el poder de la ensoñación con los recuerdos, que son proyectados a través de la imagen. En primer lugar, la memoria afectiva se encarga de establecer cuales son esos vínculos que se dan en la intimidad de aquellos espacios que han sido importantes en un momento determinado de la vida –incluyendo la infancia– como el eje cofundador del signo transformador de recuerdos antiguos, felices o dramáticos, vinculados íntimamente con los ritmos cíclicos del tiempo, semejante al de las estaciones.

Por ejemplo, la intimidad de la casa tiene relación con el concepto de familiaridad, que también se liga con ese sentimiento de fidelidad con el propio terruño, que tiene como antecedente a la casa natal. Bachelard atribuye su relación con el bosque a los relatos familiares que lo nutrieron de remembranzas ancestrales.

“Cuando la dialéctica del yo y del no-yo se suaviza, siento las praderas y los campos conmigo, en el con-migo, en el con-nosotros. Pero el bosque reina en el antecedente. En tal bosque que yo sé se perdió mi abuelo. Me lo han contado y no lo olvidé. Sucedió en un antaño en que yo no vivía. Mis recuerdos más antiguos tienen 100 años o algo más”¹³⁴.

Por otro lado, esta intimidad, que tiene a la imagen poética por objeto, se remonta a la casa natal como un eje cósmico del tiempo arcaico, donde se encuentra libre de proyecciones y vínculos demasiado accidentales de la vida, que retornan, alquímicamente, a su quintaesencia, que confiere valores al espacio. La infancia es otra manifestación latente del antecedente de un ser previo, que habita en un cosmos infantil. El conocimiento de un ser previo que aparece como producto de las ensoñaciones de infancia que se revelan los países más profundos del alma secreta. Un mundo pequeño o

¹³³ BACHELARD, La poética del espacio, p. 45.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 226.

grande afecta más, en cuanto es visible a través de la mirada de la infancia; no del niño que fue, sino del niño que vela, de manera inmemorial, en cada soñador que se libera de los saberes pesados que abruman su mirada.

“En el vasto mundo del no-yo, el no-yo de los campos no es el mismo que el no-yo de los bosques. El bosque es un antes-yo, un antes-nosotros. Respecto a los campos y las praderas, mis sueños y mis recuerdos los acompañan en todas las épocas de las labranzas y de las cosechas”¹³⁵.

Bachelard privilegia a la casa onírica, ya que libera a la casa natal de sus rasgos autobiográficos, para entregar su imagen primordial, esencial y arquetípica. Se reconoce como núcleo del alma humana a la infancia inmóvil, pero siempre viva y escondida fuera de la historia. Disfrazada de historia cuando se relata; pero podrá ser real en esos momentos de iluminación o, mejor dicho, en los instantes de su existencia poética. Por esta razón se habla de la infancia en términos que pasan de la intimidad a la inmensidad que remite al origen del cosmos.

La riqueza de las ensoñaciones materiales se arraiga de tal manera en la memoria, pues se percibe una suerte de intimidad desde la profundidad temporal. La ensoñación no se limita al contenido presente sino que se dilata hasta reactivar viejas imágenes arquetípicas que le proporcionan una dimensión nueva que rebasa el presente. Lejos del encierro que brindan los estrechos recuerdos individuales, la ensoñación se remonta a un recuerdo intemporal, inmemorial, que les permite a las realidades inmediatas alcanzar una fenomenología transubjetiva. De manera tal que el objeto, lejos del aislamiento, aquí y ahora, incluso con la aureola de las imágenes pasadas; accede al ser profundo, liberado de sus encierros y pesadez. El lector que lee posee de nuevo al niño que habitó en su interior, evocando el fuego primigenio que retorna a ese momento en que tuvo que respirar el primer aroma del mundo pasado y que queda en la palabra silencio.

“Los grandes soñadores saben, pues, respirar el pasado”¹³⁶. “El olor en su primera expansión, es así una raíz del mundo uno, verdad de infancia. El olor nos entrega los universos de infancia en expansión”¹³⁷.

Se ha entrado a analizar el arquetipo con respecto a la infancia y al origen de la vida poética que dan testimonio de la existencia humana en el mundo. La ensoñación aumenta en su nivel de profundidad; en la melancolía acerca del pasado, que vive en medio de la ensoñación, causa un estado de equilibrio, donde la tierra natal, la casa, dejan marcado un olor peculiar activa los recuerdos.

Fenomenológica del ánimo, nace en la nación de la infancia; el niño: el ser privado por naturaleza, personal, original, genuino, extraordinario. El hombre: pertenece a la experiencia dada por una sociedad, ya es de propiedad del común o, como dijo Jung de conocimiento público, cotidianidad, genérico.

¹³⁵ *Ibid.*,

¹³⁶ BACHELARD, La poética de la ensoñación, p. 210.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 212.

Ahora la voluntad se encamina, es esa sustancia de la felicidad que, con su poesía encaminada al cielo de su conciencia creadora, y guiada por el impulso de una voluntad ensoñadora, se convierte en ápice de las ensoñaciones felices. La ensoñación poética tiene como destino la toma de una conciencia expresada por la poesía.

“Los recuerdos de olores a la infancia huelen bien. Un olor a pan caliente invadió una casa de mi juventud. El flan y la hogaza vuelven a mi mesa. Las fiestas se asocian a ese pan doméstico. El mundo alborozado festeja el pan caliente. Dos pollos en el mismo espetón se asaban en el hogar al rojo”¹³⁸.

El poeta recrea a través de la casa natal como un primer mundo, rincón y centro dentro del gran árbol cósmico, el máspreciado en su comarca, y el sabor de sus exquisitos manjares que transportan a la concepción de una vida inmemorial. El calor produce una vida que vibra junto a la felicidad del soñador. Al recordar cómo era el olor de la madera genera un gran signo de bienestar en su interior, se comprueba que la felicidad existe cuando los recuerdos toman la forma del corazón para tejer su nido en el techo. La infancia tiene la forma de una casa que ilumina al corazón humano para renovar su ciclo vital. Soñando se puede apreciar mejor el inmenso panorama que brindan cielo y tierra. Los frutos redondos evocan ese símbolo de renovación de los ciclos naturales, que son extendidos por un cosmos poético; el alma se acerca a los profundos inicios de un mundo imaginado.

Además, en la fruta se presenta una dialéctica de fuerzas contrarias; desde su interior permite hablar de un sincretismo redondo que unifica esos recuerdos a través de los olores; también habla de la casa como fruto del cosmos.

Todo soñador disfruta de un ensueño cósmico; al morder alguno de sus redondos frutos, se abre la llave de un mundo inconmensurable que el ojo abarca, sólo si se observa con atención al cosmos como si se fuera un ser omnipresente.

“Entonces la felicidad refluye desde el mundo hacia el fruto”¹³⁹. La infancia anónima, estando en el presente, se añora más que la soledad infantil. La soledad primera de la infancia deja marcas imborrables. La infancia es solitaria y por eso se recuerda mediante los ensueños que tiene el soñador. La memoria se aleja de la razón en el momento en que tiene contacto con la imaginación que alienta alquímicamente al espíritu; dualidad que germina desde el núcleo del alma humana que gira en torno a la infancia, como los planetas alrededor del sol; esta es una fuerza vital que el niño verbaliza en las manifestaciones del fuego, entusiasmo e ilumina. Ese instante de luz se concentra al concebir un verso o una imagen bella. Surge una nostalgia que brota como un germen en el interior; esa belleza que deja una herida profunda, un dolor que anda por la sangre y quema en el pecho. Sólo el niño tiene la libertad de soñar con tranquilidad, por eso se añora síquicamente a la infancia que va a perdurar eternamente

¹³⁸ *Ibid.*, p. 217.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 264.

en los recuerdos: “Soñamos mientras recordamos. Recordamos mientras soñamos”¹⁴⁰. La mirada del niño es tan gigantesca como su alma cuando se trata del mundo; hambriento, ansioso por saber sobre el origen de todo cuanto le rodea, para el niño el mundo es un lugar terrorífico, que debe aprender a combatir, por eso en medio de la ensoñación se recurre a su imagen para encontrar la raíz de la existencia; asimismo, se da la manera menos traumática para entregarse al mundo sin complicaciones, alma y mundo unidos propician una apertura a lo inmemorial. El fuego de la infancia reanima con calor intenso el doble poder unido con el presente, un alma que está vigente dentro de la casa en la cual su imagen revive aquellos hechos y valores psicológicos del pasado; hallar el oro en las minas del recuerdo puro: “El alma que sueña es una conciencia de soledad”¹⁴¹. “La memoria sueña, la ensoñación recuerda”¹⁴².

El cosmos infantil antecede al ser del presente y se anticipa a su destino futuro, no por la sociedad, sino en la ensoñación de una historia que se reinventa solamente en ella, porque permite cruzar más allá de su límite, donde se impone una nueva ontología del no ser, a pesar de su ensimismamiento, pues el yo soñador derrota sus propios temores; un mí no yo al menos alcanza a vislumbrarse sobre una superioridad olímpica.

El ser adentro siempre está dispuesto para el conocimiento, un jardín en el que los suspiros respiran el perfume sutil de las flores. La fuente ontológica brinda ensoñaciones, donde los nombres se intuyen detrás de la oscuridad que se imagina a puertas del ensueño cósmico donde el soñador unido en cuerpo y alma, presente y pasado, le da ánimo al sentimiento convergente del universo literario, y recorre el camino ontológico del soñador.

El ensueño se anticipa al futuro y en él se bebe de la fuente de la infancia para prolongar un final que se está seguro que vendrá; el recuerdo y la ensoñación le dan trascendencia al hecho donde lo psicológico se fundamenta en fábulas soñadas que se construyen durante ese estado de soledad, en el cual el niño se sumerge en sí mismo y de manera intuitiva se lleva a cabo en su propia fantasía una autocreación cósmica que tiene su antecedente.

Se vive un existencialismo poético, habita en el fondo del alma un ser que sueña con llegar hasta la cima, poder alcanzar el infinito a primera vista. La fenomenología de la ensoñación cabe en las infinitas probabilidades otorgadas por la imaginación; el instante concibe a la felicidad en un tiempo discontinuo de la ensoñación que hace que una imagen quede por siempre abierta en el presente del abismo donde sucede al mismo tiempo comienzo y final en la ensoñación; las imágenes se disponen de modo natural al encarnar el valor imprescindible para una relación de libertad y confianza plena en el instante de la ensoñación, el universo creado poéticamente; toda labor de análisis se

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 154.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 157.

¹⁴² *Ibid.*, p. 39.

lleva a cabo desde el principio de una verdad en que se puedan redefinir al conocimiento en general.

“Si la palabra análisis debe tener un sentido tocante a la infancia, es necesario decir que se analiza mejor mediante poemas que mediante recuerdos, mejor mediante ensueños que mediante hechos”¹⁴³.

La palabra soñada provoca, en el ser, una necesidad de apertura inmediata al origen del ser; al rastrear los vestigios pasados del no ser, se anima a conservar su naturaleza en la medida en que sea consciente dentro y fuera. En un invernadero, las imágenes conforman los referentes de algo conocido, el soñador y su ensoñación encarnan el deseo vivo de la voluntad que, durante su recorrido, descubre las profundidades en sí mismo, reuniendo formas síquicas que se anticipan con naturalidad. Con esto la apertura se aprovecha para fomentar la creación de un cosmos soñado sostienen los principios evolutivos universales e históricos; contribuye a que las imágenes estén dispuestas de manera que toda la composición del lugar sea concebida como polo legítimo del mundo.

La primera idea adquiere, en su investigación, una explicación coherente sin perder la chispa del instante donde empieza a concebirla y que cambia según el recorrido discursivo en que tiene que superar el vacío de significado en el cual peligró a mitad de camino su verdadera ontología, en que la ensoñación abre las probabilidades para el conocimiento de otros mundos infinitos.

Desde antes, la imaginación ha preparado el terreno más fértil para que las ideas alberguen el contenido que abastece desde adentro y se comunica con todas las ramificaciones lingüísticas por medio de las palabras. En la ensoñación, permanecen vibrantes en el recuerdo, donde el tiempo transcurre más lento y largo, busca una hoja y la tinta para mantener un sentimiento vivo que deviene de la memoria, dejando algún pretexto para regresar, para ocupar ese lugar vacío en la mesa para que las fantasías se inspiren en el paisaje, y se acostumbren a los aromas del mundo que van aumentando el volumen de sus latidos. En ese hogar que se inspira, el aire huele a felicidad. El corazón vive de sueños al alba, allí donde el alma está alegre, surca el silencio de los ríos, vuela hacia el océano azul del cielo y de aire, el ser se llena con su magnífica humedad que se apodera del espíritu humano, encuentra un doble sentido existencial al vuelo cuando el rayo quema las alas, la conciencia despierta y, mientras tanto, el poeta revela en sus excursiones la fuente del poder anímico, transmutado en conocimiento universal, exaltado a través de la ensoñación.

El intenso deseo de la ocupación íntima, retenida en los lugares y objetos, Bachelard la trata desde el punto de vista fenomenológico y poético, y la utiliza para sustentar su teoría sobre el análisis de la imagen. La lectura es la fuente de inspiración pura y cercana a la casa natal, y, se evocan vivencias infantiles dentro de esos remotos laberintos de la memoria. Partiendo de casas animales, las conchas de caracol, los

¹⁴³ *Ibid.*, p. 190.

inalcanzables huevos en el nido, las moradas eternas, se conmemora el sentido natural de la casa esencial que guarda un rasgo particular y universal, habitación, biblioteca, cajón, baúl, libro que enciende las gamas nostálgicas del corazón; si, existe un ápice de felicidad en cada “rincón del mundo”¹⁴⁴.

En este caso, la casa permanece como el primer núcleo fundamental donde cada huésped asume un fuerte lazo con la profundidad que ata al soñador con el primer mundo que lo ha formado como un sujeto de la intimidad. La casa protectora y cálida; núcleo vital del universo. El topoanálisis abre la posibilidad de la imaginación para extenderse en los sueños. Las personas viajan espontáneamente a la primera casa de la infancia como un punto de reunión del presente, pasado y porvenir. Sueño e imaginación son los combustibles esenciales para la movilidad del pensamiento humano. La imaginación es elemental porque aglutina las experiencias del soñador fuera y dentro de la casa. Bachelard asume la ensoñación como la experiencia íntima con los mundos objetivos y subjetivos, entendidos a partir del fenómeno de la imaginación, como el trabajo alquímico que sostiene a todas las comunidades sincréticas del cosmos. Lo privado se torna universalidad y, al revés, pero con sentido distinto para términos de intimidad e inmensidad. Sin embargo, sustentan la resonancia poética que tiene como epicentro a la casa natal, donde poeta y lector son dos ánimas que se encuentran en un mismo cuerpo de ensueño.

Dialéctica de yuxtaposición entre el hombre y universo, reside a partir de la conservación de la individualidad y, por lo tanto, de la estabilidad subjetiva. El estar adentro, en el interior del mundo, hace posible la construcción verdadera del universo objetivo como si se mirara a través de un mismo espejo, elemento de la ensoñación. El afuera está cercano a lo universal, en el más allá del ser. El no-ser. El tiempo del hombre y el espacio de la ensoñación se abren para quien desea perseguir sus ensueños internos y resuenan las voces del poeta, cantan las palabras que sostienen la voluntad del lector soñador.

Lo íntimo se acerca rápidamente al universo que, a su vez, crea imágenes para el corpus poético universal. El topoanálisis recoge los lugares e indicios florecientes de la imagen poética; el estudio del habitar se encuentra adherido en el hombre, y los mundos en el universo, que se narran mediante una serie de hechos e impresiones que muestran emociones, sensaciones propias de la sensibilidad. Valores revelados de una intimidad perdida; aquellos escombros de la memoria están en esos recuerdos, en cuyas imágenes poéticas se manifiestan, de algún modo, los primeros valores íntimos que tiene guardados cada persona y que la casa unifica.

“Creemos a veces que nos conocemos en el tiempo, cuando en realidad sólo se conoce una serie de fijaciones en espacios de la estabilidad del ser; un albergue, sinónimo de felicidad, habita un ser que no quiere transcurrir, que en el mismo pasado va en busca del

¹⁴⁴ BACHELARD, La poética del espacio, p. 34.

tiempo perdido, que quiere “suspender” el vuelo del tiempo. En sus mil alvéolos, el tiempo conserva el tiempo comprimido. El espacio sirve para eso”¹⁴⁵.

Más adelante reafirma lo anterior diciendo: “Y todos los espacios de nuestras soledades pasadas, los espacios donde hemos sufrido o la hemos comprometido, son en nosotros imborrables”¹⁴⁶. La intimidad humana se manifiesta en la soledad. El encierro implica un estado de meditación que reconforta las vicisitudes de la vida. La privacidad tiene la potestad invulnerable de la confianza que se incrementa cada vez que la felicidad encuentra el vínculo que tiene con la imagen natal del hogar y aparece repentinamente.

La soledad deja cicatrices incurables, y con el viaje a la experiencia íntima indeleble que, al recordar, se abre de nuevo a las grietas de sus pesares, anclada en el fondo del cuerpo y del alma, componen la casa que simboliza la intimidad oculta; el cofre que recolecta las melancolías y los secretos que guarda el corazón.

La dialéctica de la intimidad se relaciona directamente; en el capítulo VII de la poética del espacio, habla acerca de la noción “miniatura”¹⁴⁷, la reserva subjetiva e individual del habitante, la luz prendida de una casa, signo que ilumina la presencia del morador, quien tiene el privilegio de servirse de ella. No dejan de circundar los murmullos, las voces que contienen el fuego de las lamentaciones. Igualmente, un espacio geométrico se compone de extensión ontológica; se proyecta hacia un plano exterior del universo.

A los ensueños se accede sin llaves, y se llega al tejido conjuntivo del tiempo, que deshace los hilos de la intimidad y despega las raíces ajadas del pasado. Lo que se fue es la razón del presente; los recuerdos acuden a la suma total de la imagen, la casa; los sueños omnipresentes transitan el cuerpo de lo entrañable, curan las cicatrices dejadas a través de los años, recuerdan ese mundo amado de alquimias en el que la cerradura anhelaba el refugio cálido de las palabras.

La ensoñación poética da forma a las sustancias de los cuatro elementos, hasta que cada objeto va adquiriendo materia por la palabra y se va materializando en la poesía como una fuente exuberante de simbolismos que producen un eco en la memoria: “La ensoñación poética es una ensoñación cósmica. Es una apertura hacia un mundo hermoso, hacia mundos hermosos. Le concede al yo un no yo. Ese no-yo mío hechiza al yo del soñador; los poetas saben hacérselo compartir. Para mi yo soñador, ese -no-yo-mío- me permite vivir mi confianza de estar en el mundo”¹⁴⁸.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p.38.

¹⁴⁶ *Ibid.*,

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 184.

¹⁴⁸ BACHELARD, La poética de la ensoñación, p.28.

3. 5 EL PRINCIPIO DE GRANDEZA



Figura39. Philosopher's desk, en: <http://www.uelsmann.net/>.

“El hombre de la lupa suprime – muy simplemente- el mundo familiar. Es una mirada fresca ante un objeto nuevo. La lupa del botánico es la infancia vuelta a encontrar. Presta de nuevo al botánico la mirada amplificadora del niño. Con ella, vuelve al jardín, en el jardín où les enfants regardent grand [donde los niños ven grande.]”¹⁴⁹ .

Bachelard identifica a la miniatura con un albergue de la grandeza, una puerta estrecha que abre al mundo. El fuego representa las ensoñaciones con la casa natal, correspondiente a las voces concéntricas de la infancia.

La mirada del ensueño extiende los teoremas que limitan el saber científico; allí las ensoñaciones dinamizan el inconsciente, afirma que al igual que el instante se descongela y libera de la prisión del tiempo, en el sueño del filósofo-científico, se limita en el fuego, elemento químico que actúa por medio de la imaginación; el alma del soñador se proyecta a través de él, lo contempla extasiado, atraído, aspira los rumores del leño, las llamas que cubren al soñador en sus brazos; el calor brinda ardiente amor materno, el calor funde al pensamiento en un ensueño del bienestar, ese mismo que lo conduce al infinito manto estelar. El niño, el poeta y el anciano, unidos alrededor, remueven las briznas y las cenizas dentro de un mismo fuego.

La infancia corre apresurada a su nuevo encuentro, en el beso, el abrazo de esos lugares; el amarillo del día combina extraordinariamente con el rojo del amor incondicional, juntos crean la atmósfera ideal para la felicidad. El soñador es un verdadero pensador,

¹⁴⁹ BACHELARD, La poética del espacio, p. 191.

porque sabe cómo equilibrar la belleza del instante con la nostalgia; las ánimas que habitan en los sueños felices mantienen en el presente el fuego de los pasados juntos; a pesar de las amenazas exteriores, se empeñan en alejar a la imaginación del pensamiento. El amigo del fuego infantil, le gusta contemplar el aire comprimido en la fogata; la sonrisa conectada con el corazón, recrea los recuerdos amados, con aquella emoción del primer día; ayer y hoy, cercanos, la voluntad con que las partes de esa niñez retornan a la realidad esencial que se lleva a cabo por el fuego de la voluntad humana, que impulsa a la vida, donde surgen todas las formas de la naturaleza.



Figura 40. Fantasma.

“Para el niño que goza mapas y estampas, sé
Que el universo es igual a su apetito.
¡Ah, qué inmenso es el mundo a la luz del quinqué!
A la luz del recuerdo, se hace tan pequeñito!”¹⁵⁰.

La casa trasforma en un solo espíritu la fuerza y la dulzura del espacio onírico, reúne los antepasados en el sueño, que renacen en el núcleo central, un refugio seguro de la soledad. La evolución determina la voluntad de vivir, cambia según los deseos que se impulsan del soñar.

El soñador es promovido hacia el techo del universo como el cometa que hiere el cielo con el viento en su contra, y, durante el recorrido, va cortando suspiros, como una piedra que al caer rompe el agua y sus ondas duermen plácidamente en el fondo del océano.

¹⁵⁰ BAUDELAIRE, Las flores del mal, p. 246.

El poeta es un artesano de imágenes entrañables evocadas en las cuevas con sonidos vacíos e inconscientes que trascienden del alma a la corporeidad. El vuelo onírico hace que germine la riqueza ensoñadora de las imágenes, que van escalando la altura de la tierra amada, la casa en las profundidades, donde se concibe un tesoro de ensoñaciones del ser humano. La primera casa, cuyo centro de intimidad sostiene los valores en los sueños aéreos, donde se aprende a caer antes de volar, y se sintetiza el universo dentro de la casa al mismo instante. Se establece siempre una conexión íntima a partir de la infancia, que surge frente al espejo, y se puede llegar a establecer, a través de la imagen, al fantasma que habita en todos inconscientemente, está íntimamente ligado a las fuerzas cósmicas y se enfrenta de forma dramática; el niño representa un estado primitivo y, con ello, asume su propio lugar en un mundo de fantasías y va creando vínculos afectivos a través del juego.

La infancia se deposita en la mayoría de las personas, como una miniatura del ser interior, felicidad y soledad donde se forja la profundidad del alma, que guarda la esperanza de una imagen ideal. Bachelard refuerza este hecho con el simbolismo de la casa soñada que, dentro del hogar, se amarra al sueño que conduce al bienestar intuitivo; la voluntad del poeta se proyecta hacia un futuro en el lector y contempla, nuevamente, la pureza generada por la intimidad. Las casas ascienden a la ensoñación cósmica que el soñador ha establecido desde la niñez, donde se articula la intimidad con la imagen poética inmersa en la totalidad del espacio.

En este sentido, Bachelard define al topoanálisis como: “el estudio fenomenológico sicológico sistemático de los parajes de nuestra vida íntima”¹⁵¹. El topoanálisis constituye un sistema fenomenológico elevado del pensamiento hacia el nivel poético; explica a la imaginación como un fenómeno de la ensoñación. La filosofía habla de un ser ontológico, que origina metafísicamente la acepción particular del mundo externo y sus generalidades, por lo cual el soñador de las palabras y las imágenes es el habitante que se transporta al mundo idealizado, el cual proyecta una existencia síquica en cuanto a su ocupación espacial en función del espacio onírico.

Por el contrario, Bachelard invierte el fin de la filosofía teleológica y concede el vuelco importante al concepto del espacio kantiano; rearma las estructuras científicas para confeccionar un enfoque distinto al estudio fenomenológico, tomando como base la imagen poética, que apunta a una forma pedagógica personal que asume el hecho importante que tiene el estudio de los fenómenos, tanto síquicos-cosmogónicos como ontológicos. Las formas geométricas del espacio redondo, cuya resonancia marca ese sello característico de la sonoridad ensoñadora, convocan, con más intensidad, la complejidad de los recuerdos y la imaginación: “la entrada en la casa miniatura, evoca las casitas de cartón de los juegos infantiles: “las miniaturas” de la imaginación nos devolverán simplemente a una infancia, a la participación en los juguetes, a la realidad del juguete”¹⁵².

¹⁵¹ BACHELARD, La poética del espacio, p. 38.

¹⁵² *Ibid.*, p. 185.

CONCLUSIONES

La casa natal es un cuerpo de ensueño y, a la vez, un polo a tierra que sostiene el sentido vertical de la sicología humana en su ascenso y descenso, que son axiomáticos. La casa natal es un espacio viviente producido por el sincretismo entre imaginación y ensoñación. El soñador es el único arquitecto de casas que, a la vez, las habita y son su propia morada para construir su nación ideal, cumpliendo con su función de intimidad; desde la raíz, el poeta obtiene su propio bálsamo de ensueño donde está impresa la imagen espectral de un microcosmos que absorbe la esencia de la materia y deviene del rincón al nido que, a su vez, se mantiene como una unidad viviente de la casa natal (dentro) con la casa onírica (afuera).

Tal como lo dijo Paul Valery en uno de sus versos: “Hay que vivir para edificar la casa, y no edificar la casa para vivir en ella”¹⁵³.

El anterior ensayo, más que un trabajo filosófico, en el fondo, es un toponálisis, que surge como producto de un exhaustivo análisis fenomenológico de las formas de habitar que el hombre adopta como constructor de simbologías y que adquieren vida propia a través de una imagen literaria, al describir el estado evolutivo del ser en su propio devenir existencial; allí nacen pensamientos híbridos entre sicología existencial y fenomenología; Bachelard las adopta como su método filosófico y de investigación profunda, mediante el cual experimenta estadios oníricos e imaginarios del alma humana. A lo lejos, la casa natal y onírica conserva vivos sus valores e ideales sincretizados dentro de una sola casa soñada, colmada de imágenes, sólida sobre los terrenos de la ensoñación.

En un estado de ensoñación, la casa refleja, al igual que frente a un espejo: la imagen; son muchas las interpretaciones que surgen frente a ella, ya que propician un infinito enfrentamiento de subjetividades en el espacio y se multiplican, a tal extremo que ambos estados, real e imaginario, terminan por unificarse en un mismo corpus universal. En esa sola imagen, el pasado está presente a través del espejo. El reflejo de “nosotros” rodeados por la realidad de los objetos tiene una raíz en lo imaginario, que muestra que la realidad tiene otra cara imaginaria; en el cuerpo están presentes miedos y temores que hacen parte de la vida y son importantes para la existencia inmediata, en los que el espejo renueva aquellas ruinas psicológicas e íntimas, cuyos fantasmas del pasado llegan a cobrar vida en el presente a través del espejo.

La intimidad siempre busca refugio, y se convierte en un agente de la construcción psicológica más verdadera y cercana a lo real. La casa natal, entonces, se sostiene bajo el amparo de una fuerza materna, encargada de su transformación, fundida al calor del horno, donde todas las sombras otorgan su testimonio real frente a los objetos. Su voluntad trasciende para armonizar todo, mientras los pulen con sus manos curtidas por

¹⁵³ BACHELARD, La poética del espacio, p. 141.

años de arduo trabajo casero. En su centro, la casa tiene en el fondo una esencia femenina, que anima y renueva todo lo vivo que habita en su interior.

El alma humana es una fuente inagotable de símbolos representados a través de los sueños y su inconsciente brinda esa primera cosmovisión, que ha contribuido en gran parte a gestar infinitas representaciones simbólicas que se adaptan, ampliando el campo de investigación filosófica, y se extienden hacia diversas formas del conocimiento.

En la casa natal, se fundan los primeros valores e imaginarios que representan a cada uno de los elementos que son renovados por el dinamismo de la vida.

En el mundo del ensueño el hombre participa activamente en la reconstrucción ontológica de sus antecedentes. El mundo pertenece a la imaginación, habita dentro de cada ser y su sustancia anímica es infinita cuando se transmuta hacia otros seres para hacerlos vivir. El alma del mundo es tan infinita que su vastedad puede llegar a abarcar la totalidad, que, a su vez se compone de microcosmos infinitos. Así la materia del ensueño es inmensa cuando los ecos atraviesan a lo largo y ancho de la tierra, cuya alma es redonda al tomar forma de frutos astrales y terrestres. El hombre, en sus ensueños, puede cumplir el máximo deseo de volar, para así penetrar en las profundidades del cielo y la tierra.

Lo infinito es un estado anímico inherente que surge como una posible explicación del principio del antecedente o arquetipo, que adquiere su formación en el alma humana, por lo cual implica la realización de sus aspiraciones existenciales, que hablan sobre su pertenecer al mundo. La imaginación le presta sus alas al no yo poético que habita en el interior para crear mundos de ensueño infinitos, de donde surgen universos renovados. En la imaginación se constituyen los primeros estadios ontológicos del ser, el soñador es el artífice de mundos soñados y la vida se constituye de instantes. La materia del firmamento se manifiesta como el presente del instante.

La ensoñación respira para vivir en el mundo; el poeta lo respira, pinta sus formas por medio de aromas que extraen la esencia de sus componentes, se inspira en estos ensueños para conocer sus secretos e intimidades; el aire que el poeta aspira sirve como inspiración para la creación de sus mundos infinitos; el poeta aspira el aire del mundo y exhala un alma clara, invisible y pura que atraviesa las formas con que los cuatro elementos moldean los cuerpos de los seres vivos. La piel del cielo se extiende como un doble espejo, uno para el día y otro para la noche, donde las estrellas abren sus pétalos por el firmamento y el alma de un sueño brilla, sol, luna, suelo, mar y viento.

El alma se confina a la primera imagen de la casa natal, donde se concentra todo tiempo: pasado, presente, futuro, y comparte un antecedente histórico y mítico. La casa natal, a pesar de estar destruida, sigue viviendo en el movimiento constante de los recuerdos, que toman su corporeidad onírica en ese lugar maternal donde el niño encuentra refugio y protección.

BIBLIOGRAFÍA

BACHELARD, Gastón. La poética del espacio. México: Fondo de cultura económica, 1957. 279 p.

_____. La poética de la ensoñación. México: Fondo de cultura económica, 1982. 324 p.

_____. La intuición del instante. México: Fondo de cultura económica, 2002. 137 p.

_____. El aire y los sueños. Bogotá: Fondo de cultura económica, 1993. 327 p.

_____. El psicoanálisis del fuego. Madrid: Alianza, 1966. 194 p.

_____. El agua y los sueños. México: Fondo de cultura económica, 2003. 293 p.

_____. El derecho de soñar. Madrid: Fondo de cultura económica, 1997. 288 p.

_____. La tierra y las ensoñaciones del reposo. México: Fondo de cultura económica, 2006. 375 p.

BARTHES, Roland. Fragmentos de un discurso amoroso. Bogotá: Siglo Veintiuno, 1985. 254 p.

BAUDELAIRE, Charles. Las flores del mal. Madrid: EDAF, 1968. 317 p.

BLAVATSKY, H.P. Glosario Teosófico. Bogotá: Ediciones Universales, 1999. 903 p.

BORGES, Jorge Luis. Obra poética. Madrid: Alianza, 1975. 447 p.

BOCHENSKI, I. M. Introducción al pensamiento filosófico. Quito: Hermes, 1997. 90 p.

CARROLL, Lewis. Alicia en el país las maravillas: Alicia en el país del espejo. Bogotá: Ediciones Universales, 1994. 195 p.

CIRLOT, Juan Eduardo. Diccionario de símbolos. Barcelona: Labor, 1981. 468 p.

CHEVALIER, Jean. Diccionario de los símbolos. Barcelona: Herder, 1988. 1107 p.

DONOSO, José. Casa de campo. Barcelona: Seix Barral, 1978. 498 p.

- _____. Cuentos. Santiago de Chile: Alfaguara, 1998. 336 p.
- _____. El obsceno pájaro de la noche. Barcelona: Seix Barral, 1988. 543 p.
- DOWNING, Christine. Espejos del yo. Barcelona: Kairos, 1993. 370 p.
- EVANS, Dylan. Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós, 1997. 217 p.
- FACIOLINCE ABAD, Héctor. El olvido que seremos. Bogotá: Planeta, 2007. 567 p.
- FERRATER MORA, José. Diccionario filosófico. Tomo I. Buenos Aires: Monte casino, 1972, p.
- GRAVES, Robert. Los mitos griegos 1. Madrid: Alianza, 2001. 501 p.
- HEIDEGGER, Martín. Tiempo y ser. Madrid: Tecnos, 2001. 105 p.
- HUSSERL, Edmund. Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo. Madrid: Trotta, 2002. 173 p.
- JARAMILLO ESCOBAR, Jaime. Barba Jacob para hechizados. Medellín: Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, Concejo de Medellín, Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, 2005. 132 p.
- JEAN, Georges. Bachelard, la infancia y la pedagogía. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2000. 197 p.
- JUNG, Carl Gustav. Arquetipos e inconsciente colectivo. Buenos Aires: Paidós, 1970. 182 p.
- KANT, Emanuel. Crítica de la razón pura. Tomo I. Barcelona: Orbis, 1984. 255 p.
- VAN LYSEBETH, André. Tantra el culto de lo femenino. Barcelona: Urano, 1990. 349 p.
- MUTIS, Álvaro. La mansión de Araucaima. Bogotá: La oveja negra, 1982. 42 p.
- MISRAHI, Alicia. El lector de Edgar Allan Poe. Barcelona: Océano, 2002. 320 p.
- POE, Edgar Allan. Cuentos Completos. Traducción Julio Cortázar. Madrid: Alianza, 1992. 330 p.
- POE, Edgar Allan. Cuentos extraños y maravillosos. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1973. 103 p.

PROUST, Marcel. Por el camino de Swann. Tomo I. Bogotá: La oveja negra, 1982. 451 p.

WALDENFELS, Bernhard. De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología. Paidós, 1992. 191 p.

ELECTRÓNICOS

HEIDEGGER, Martín. El principio de identidad, en: www.philosophia.cl/Escuela Universidad ARCIS. 21/06/2009 13:24:57 p.m.

ESQUIVEL, Laura. Como agua para chocolate, en: www.e-libro.net, 2001, 95 p. 26/09/2011. 9: 35:15 a.m.

PIZARNIK, Alejandra. Poesía obra completa, en: http://sergiomansilla.com/.../pizzarnik_alejandra_poesia_completa.pdf. 371 p. 14/08/2012. 3: 30 p.m.

PRÉVERT, Jacques. Poemas de Jacques Prévert, en: [http:// files.bibliotecadepoesia contemporanea.webnode.es/20000093-43c8744c27/Jacques%Prevert.pdf](http://files.bibliotecadepoesiacontemporanea.webnode.es/20000093-43c8744c27/Jacques%Prevert.pdf). 53 p. 02/09/2012. 5:35 p.m.

WUNENBURGER, Jean-Jacques. Gastón Bachelard y el topografía poética, en: www.crim.unam.mx/.../4_Gaston_Bachelard_topoanalisis_poetico.pdf. 12/05/2010 16:45 p.m.

FÍLMICOS

FATHY, Saafa. De otra parte, en: http://filosofiaurugyaya.ning.com/group/documentales/forum/topics/dailleurs-derrida-un-film-de?xg_source=activity

FATHY, Saafa. Dailleurs-derrida ,1999.

AUGUST. Bille. La casa de los espíritus, 1993.

ARAU, Alfonso. Como agua para chocolate, 1992.

MAYOLO, Carlos. La mansión de Araucaima, 1986.